

A man and a woman are lying in a colorful striped hammock, smiling and looking at each other. They are outdoors in a lush, green forest with mountains in the background. The man is wearing a dark beanie and a light-colored jacket, while the woman is wearing a dark sweater and a red shawl. The hammock is suspended between a tree trunk on the left and another point on the right. The overall atmosphere is peaceful and romantic.

KATE DAWSON

*El momento
perfecto*

Índice

[Título](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Nota de la autora](#)

[Capítulo 1. Una larga espera](#)

El momento perfecto

Kate Dawson

© Kate Dawson

Portada: Kate Dawson

1ª Edición: septiembre 2019

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo la sanción establecida por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

Capítulo 1

No era la primera vez que se le quemaba la salsa de los espaguetis. Lexie sabía que no era una gran cocinera y no era algo que la preocupase en exceso. Al principio, cuando Owen y ella llegaron a Roxheaven todo era emocionante y el hecho de no saber cocinar no parecía molestar a ninguno de los dos. Solo tenían dieciocho años y lo único que les importaba era poder estar juntos. Y el bebé, claro.

Lexie apagó el fuego y se giró para mirar a sus dos hijas que jugaban al Rumikub sentadas en el suelo. Megan fue la excusa que necesitaron para huir de un pueblo que los asfixiaba y de unas familias que amenazaban con separarlos para siempre. Y ahora Megan tenía ya doce años y una larga melena negra igual a la que ella llevaba atada en una alta coleta.

Lexie era hermosa y lo sabía, a pesar de aquellos diez kilos que la alejaban de tener el cuerpo de una modelo de bañadores. Nunca se sintió acomplejada con su cuerpo. Estaba rellenita, sí, pero sus carnes eran apretadas como las de una deportista. Corría todos los días, pero lo hacía por placer y no se exigía demasiado. Además, le encantaba comer y disfrutaba de ello tanto con su marido como con sus hijas. Sonrió al pensar en Owen, resultaba sorprendente que siguieran queriéndose como el primer día después de catorce años.

—Mamá, ¿vas a venir? Te toca.

Amy era la benjamina de la casa, acababa de cumplir ocho años y tenía la frescura y seguridad de los niños que se saben en el epicentro emocional de una casa. Todos la querían. Era alegre y divertida, enormemente cariñosa y siempre parecía feliz.

Megan no era así. Quizá fuese por el hecho de ser la primera o porque sus padres eran demasiado jóvenes e inexpertos cuando ella nació. La cuestión es que Megan era la más madura, la responsable, la que se preocupaba por todo y de todos.

—¿Se te ha vuelto a quemar la salsa? —dijo acercándose a su madre y cogiendo la cuchara de madera para meterla en la sartén—. No te preocupes, mamá, yo la arreglo.

—Acabo de darme cuenta de que soy una madre increíble —dijo Lexie poniéndose las manos en la cintura y mirando a su hija con expresión asombrada—. ¿Te das cuenta? Estoy consiguiendo que seas una persona tremendamente eficiente, capaz de arreglar una salsa chamuscada y de encontrar las llaves cuando se esconden en el cajón de los cargadores. Todo es obra mía.

—Te queremos, mamá —dijo Megan riendo.

—¡Eres la mejor madre del mundo! —Amy se unió a su hermana.

—Tenéis que dejar de hacer eso —dijo Leslie fingiendo enfadarse.

—No sé a qué te refieres. —Megan tenía una expresión inocente.

Lexie la señaló con el dedo y luego a su hermana.

—¿Creéis que no me he dado cuenta? Siempre que me decís que me queréis mucho luego coreáis que soy la mejor madre del mundo. Sé que pretendéis burlaros de mí, pero debéis saber una cosa, señoritas sabiondas, soy la mejor madre del mundo mundial y algún día os llevaré hasta Richmond y os dejaré abandonadas en la puerta de una casa para que conviváis con otra familia y lo comprobéis vosotras mismas.

—Mamá, tengo doce años, sé perfectamente cómo regresar a casa desde Richmond.

—¿Ah, sí? —Lexie frunció el ceño y fingió desconcierto—. ¿Y de Fredericksburg?

—Tengo un móvil con GPS —dijo Megan.

—Mmmm. Tendré que pensar en otro plan —dijo poniéndose la mano en la barbilla como si estuviera pensando en algo maléfico.

—Anda, déjame arreglar la salsa, mamá —dijo Megan.

Lexie se apartó para dejarla trajinar. Era increíble que con doce años fuese más experta en la cocina que ella misma. Y no solo en la cocina. Era Megan la que se apuntaba las fechas en las que había algo importante, ya fuese la visita al dentista de Amy o la reunión de su madre con alguna maestra. Llevaba un exhaustivo control de todo aquello que a su madre se le olvidaría seguro.

Pero había algo, aparte del físico, en lo que Megan y Lexie se parecían: las dos eran unas artistas. Lexie trabajaba haciendo álbumes personalizados

para eventos especiales y los hacía realmente bien. Su capacidad para innovar, para imaginar y plasmar en papel y cartulina su creatividad era eminentemente notable. Casi tan notable como el de su hija con la guitarra española.

Lexie observaba atenta como Megan cambiaba la salsa a una cazuela dejando la parte quemada en la sartén. Después lavó una hoja grande de lechuga, la introdujo en la salsa y tapó la cazuela con la tapa de cristal.

—La dejaremos ahí hasta que se enfríe —dijo la niña con una sonrisa—. No te preocupes, mamá, estará deliciosa.

Lexie acarició su cabello con ternura preguntándose qué había hecho para merecer dos hijas como las suyas.

—Quería acabar el álbum del pequeño Arthur y se me ha ido el santo al cielo —se excusó.

—No pasa nada, mamá, papá siempre regresa hambriento cuando sale con la bici y a nosotras nos gustan mucho tus espaguetis. ¿Verdad, Amy?

—¡Claro! Pero venid de una vez, que me estoy aburriendo.

Lexie y Megan regresaron con la impaciente Amy y se sentaron sobre la alfombra frente a la mesita de centro.

—Mamá, ¿por qué Megan no tiene uno de esos álbumes de nacimiento? —preguntó la pequeña.

Lexie miró a su hija mayor expresión culpable.

—Cuando yo nací mamá aún no sabía hacerlos —se adelantó Megan con una enorme sonrisa—. Papá y mamá me tuvieron muy jóvenes.

—Deberías hacérselo ahora —siguió Amy convencida—. Guardas un montón de cosas de cuando nació en esa caja de cartón que tiene topitos.

Lexie la miró asombrada.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Se me cayó encima el día que estaba buscando mi regalo de cumple.

Lexie abrió la boca y los ojos desmesuradamente.

—No me gustan las sorpresas, mamá —explicó la pequeña—. Aguanté siete años, fue lo máximo que pude contener mi curiosidad. Al llegar a los ocho decidí que no tenía por qué seguir aguantando convencionalismos estúpidos. Se supone que todo esto de celebrar cumpleaños y recibir regalos es algo emocionante y divertido. Pues bien, para mí es más divertido así.

Su madre la miraba sin saber qué decir.

—Pero eso es como hacerse un *spoiler* a uno mismo.

—¡Exacto! —dijo Amy sonriendo—, veo que lo has entendido. ¡Me

encanta saber lo que va a pasar en una serie antes que nadie!

Lexie y Megan se miraron y soltaron una carcajada.

—Mira que llegas a ser rara —dijo su hermana mayor.

Amy siguió sonriendo.

—Venga, mamá, te toca, pon lo que sea de una vez.

Lexie recordaría aquel momento en incontables ocasiones. Lo reviviría una y otra vez como el instante justo en el que su mundo era perfecto. En ese momento tenía a dos hijas adorables, una bonita casa en un buen barrio de Roxheaven y un amante esposo al que le gustaba montar en bici tres veces por semana.

Cuando llamaron a la puerta estaban poniendo la mesa. Se sintió confusa al ver a aquellos dos agentes de policía en la entrada de su casa. Megan estaba junto a ella y Amy había ido al baño a lavarse las manos. Enseguida pensó que Owen se había caído de la bici y lo imaginó magullado, sujetándose el brazo roto mientras lo trasladaban al hospital en ambulancia. Pero cuando los agentes hablaron de un accidente de tráfico los miró confusa.

—Creo que se confunden, señores, mi esposo ha salido con su bicicleta...

Uno de los agentes le mostró algo que llevaba en la mano y Lexie reconoció la cartera de Owen. La cogió con mano temblorosa. ¿Aquella mancha oscura era de sangre?

—Tiene que acompañarnos, señora.

Lexie miró a Megan y su hija se abrazó a ella con fuerza.

—Cuida de tu hermana —dijo al tiempo que cogía el bolso colgado del perchero—. Id a casa de Jack y Charles. Llevaos los espagueti.

Pensó que la llevaban al hospital, pero fueron directamente a la morgue. Owen había sufrido un accidente mortal cuando conducía su coche por la carretera que va de Marion a Roxheaven. Había bebido. Mucho.

Cuando Lexie volvió a casa era de madrugada. Caminó hasta el salón y se sentó en el sofá con el bolso sobre las piernas. Todo estaba en silencio. No recordaba que nunca hubiese habido tanto silencio en su casa. Miró a su alrededor como alguien a quien han teletransportado a una realidad paralela. Seguía sin comprender qué había ocurrido.

Cuando vio a Owen tumbado en aquella fría superficie le flaquearon las piernas y, si no llega a ser por aquel agente que la sujetó a tiempo, se habría dado un buen golpe contra el suelo.

«Sí, es mi marido», había dicho cuando fue capaz de hablar. Después la sacaron de allí y la sentaron en un banco colocado contra una pared, de manera que podía apoyar la cabeza para tratar de que la habitación dejara de dar vueltas. Aquellos agentes hablaron y hablaron durante unos interminables segundos que a ella le parecieron horas. Los oía, pero no podía entender lo que decían. Era como si estuviesen hablando en un lenguaje incomprensible a pesar de que era capaz de reconocer las palabras de manera aislada. Accidente, velocidad, alcohol...

Cuando les preguntó por su bici la miraron confusos. Había una bicicleta en el maletero, dijeron.

Dejó el bolso sobre el asiento y se reclinó contra el respaldo del sofá apoyando la cabeza y cerrando los ojos. Aquello no podía estar pasando, no podía ser que Owen ya no estuviese.

Las lágrimas fluyeron sin que hiciese nada por contenerlas. Lentamente se tumbó formando un ovillo y se dejó arrastrar al pozo de la angustia, la desesperación y la tristeza. Debía dejarlo salir todo de golpe ahora que estaba sola, que no tenía que preocuparse por las niñas. Después tendría que ser fuerte. Por ellas.

Miró a sus hijas desde la cocina. Megan hablaba con la señora Fisher y mantenía una estoica actitud. Amy estaba sentada en la butaca preferida de Owen, con las manos apoyadas en sus rodillas y una expresión ausente. Su padre había tenido una bonita ceremonia en la que ella había leído unas sentidas palabras y Megan había tocado una triste canción con su guitarra.

Lexie también había hablado, a pesar de que constantemente se le quebraba la voz y tenía que parar para recuperar la serenidad. Habló de lo mucho que se amaban, de la sinceridad que siempre habían compartido, del maravilloso marido y padre que fue y de lo mucho que iban a añorarlo.

Pero había algo de lo que no había hablado. Y en ese instante, mientras miraba a sus hijas, que trataban de sobrellevar aquel trágico momento con estoicismo, las preguntas regresaron a su mente de nuevo. Preguntas que no habían dejado de torturarla desde que supo que Owen había muerto. ¿Por qué mintió? ¿Adónde había ido aquella tarde? ¿Por qué conducía bebido? Pero iba a tener que aceptar que nunca conocería la respuesta de aquellas preguntas. Al menos eso creía ella.

—Mamá, ¿puedes bajar un momento?

La voz de Megan le llegó desde el piso de abajo. Tenía la ropa de Owen esparcida sobre la cama y trataba de colocarla en las cajas que Jack y Charles le habían traído para que empaquetara sus cosas. Ellos se habían ofrecido a llevárselo todo y donarlo a una ONG. También se ofrecieron a ayudarla, pero Lexie creía que era algo demasiado íntimo y que debía hacerlo sola.

Bajó las escaleras y frunció el ceño al ver a una desconocida en medio del salón. Debía tener unos veinticinco, pero Lexie no podía apartar los ojos de aquellos preciosos zapatos con un tacón altísimo.

—Es una amiga de papá —dijo Megan.

—Soy Ruby Hembling —dijo la mujer tendiéndole la mano.

—Oh, encantada —susurró Lexie respondiendo a su gesto—. Pero siéntese, por favor. ¿Le apetece tomar algo? Con este calor lo mejor sería una limonada. Megan, ¿podrías prepararnos una y ponerle mucho hielo? Estoy asfixiada.

Megan asintió y salió del salón dejándolas solas. Lexie se fijó entonces en las profundas ojeras que rodeaban los ojos hinchados de su visitante. Debía apreciar mucho a Owen.

—¿De qué conocía a mi marido? —preguntó.

—Nos conocimos hace un año en el hospital en el que trabajo como enfermera, en Marion —respondió la mujer con expresión fría y serena—. Un coche golpeó a Owen cuando iba en bicicleta y lo tiró a la calzada.

Lexie asintió al recordar el accidente. Menudo susto se llevó al verlo aparecer con todas aquellas vendas en brazos y piernas.

—¿Usted lo atendió? —preguntó sintiéndose repentinamente agradecida.

La enfermera asintió lentamente con la cabeza.

—¿Y siguieron en contacto?

La enfermera volvió a asentir.

—Owen me buscó en Facebook e iniciamos una amistad.

No supo por qué, pero Lexie sintió de pronto una mano fría que le atenazaba la garganta.

—Sé que nada de lo que diga le parecerá creíble —dijo Ruby Hembling y acto seguido buscó en su bolso y sacó el móvil—. Mejor que lo escuche a él.

Lexie la miraba confusa, sin entender la situación. Y entonces escuchó la voz de su marido y su expresión se paralizó.

«Claro que voy a hacerlo, te lo he prometido y no faltaré a mi palabra.

Jamás te he mentido Ruby, desde el principio fui sincero contigo. Esta noche hablaré con ella y le explicaré la situación. Lexie es una buena persona, estoy seguro de que comprenderá que no hay más solución que el divorcio. Nunca aceptaría estar con un hombre que ama a otra mujer, es demasiado orgullosa para soportarlo. Nadie tiene la culpa, simplemente ocurrió».

Hasta la última gota de sangre abandonó el rostro de Lexie. Giró la cabeza y sus ojos se clavaron en los de Megan que miraba a Ruby con incredulidad. La niña miró a su madre y la compasión que Lexie vio en los ojos de su hija la traspasó como una flecha.

Capítulo 2

—¿Una prueba de ADN?

Charles miraba a su amiga con expresión de incredulidad mientras Jack servía el pato a la naranja que había preparado para comer.

Lexie mantenía una serenidad que erizó el vello de sus amigos. Había dejado que las niñas fueran a pasar el día a casa de Caroline, la mejor amiga de Megan, que tenía una enorme piscina en su jardín. Así podía contarles toda la historia sin que sus hijas tuvieran que enterarse. De momento.

—Está embarazada de cuatro meses y quiere que su hijo lleve el apellido de su padre.

—¿Y no podía haberlo dicho antes de que lo incineraran? —Jack se sentó frente a ella y desdobló la servilleta para ponérsela sobre los pantalones de lino color *beige*. Jack solo utilizaba ropa de lino o de algodón egipcio.

—No supo del accidente hasta que ya era demasiado tarde. Por eso se presentó en mi casa. No quiere nada de dinero ni tampoco pretendía hacerme daño gratuitamente. Lo único que quiere es poder contarle a su hijo quién era su padre sin avergonzarse. Y supongo que también le explicará que era a ellos a quien había elegido.

—Eso dice ella —dijo Charles visiblemente enfadado.

—Ya os he dicho que escuché la grabación.

—¿Quién graba algo así? —Charles no quería ceder.

—No lo grabó —dijo Lexie apoyándose contra el respaldo y mirando la comida sin apetito—. Fue un audio que él le envió cuando estaba parado en un semáforo. Tenemos que aceptar que soy completamente estúpida, chicos, no me di cuenta de nada. Y no es porque no tuviese señales que me advertían de que algo pasaba, las tenía. Yo diría que eran señales luminosas. No recuerdo cuándo fue la última vez que disfruté del sexo. Lo poco que lo hacíamos parecía más un *checking* de control que algo en lo que interviniese la pasión.

Los dos hombres se miraron incómodos. Lexie captó esa mirada y sin

poder contenerse rompió a reír a carcajadas.

—Seguro que pensabais que éramos como vosotros —dijo entre risas—. Estáis locos el uno por el otro, no hace falta que os avergoncéis. Un día se lo comenté a Owen y él me dijo que los gais eran más apasionados que los heteros, pero que el amor era otra cosa, no solo pasión y sexo. Me sorprendió porque él antes era muy apasionado, pero pensé que tenía razón, porque yo también. En fin, estoy divagando. La cuestión es que Ruby me ha pedido que cuando nazca el bebé quiere hacer las pruebas de ADN cotejándolas con mis hijas para determinar oficialmente que son hijas del mismo padre. Me ha dejado claro que solo me lo pedía por cortesía, pero que si me negaba no dudaría en buscarse un abogado.

—Zorra —dijo Jack sin cortarse un pelo.

—Le he dicho que sí, que puede contar con ello. —Lexie cogió la botella de vino blanco y llenó su copa de nuevo.

—No comes nada y bebes demasiado —dijo Charles—. No has tocado el pato y es tu plato favorito.

—Cuando vino Ruby estaba con las cosas de Owen —siguió Lexie ignorando la preocupación de su amigo y sin soltar la copa de vino que sostenía en su mano—. Cuando he vuelto a la habitación todo estaba esparcido por la cama y las butacas. Sus camisas, sus pantalones, su ropa interior. Me he quedado de pie mirando todo aquello como si fuese un monstruo que quisiera devorarme. No he podido tocar nada.

—Has hecho bien en enviar a la niñas con Susan —dijo Jack—, lo pasarán bien y no tendrán que ver cómo su madre mete toda esa ropa en bolsas de basura.

—No voy a meterla en bolsas de basura —dijo negando con la cabeza.

—¿No estás enfadada? —preguntó Charles incrédulo.

—¡Claro que estoy enfadada! —dijo ella poniéndose de pie, pero sin soltar la copa de vino—. Estoy furiosa. Me siento frustrada, engañada y tremendamente furiosa. ¿Cómo ha sido capaz de morirse sin dar la cara? ¿Cómo ha podido hacerme algo tan espantoso?

—Hombre, no creo que ese fuera su deseo —musitó Charles.

Lexie lo miró irritada.

—Si haces algo así debes saber que puedes morirte. Que yo sepa Owen no pensaba que fuese inmortal. ¡Han estado juntos un año! ¿En ese tiempo no tuvo un momento para sentarse conmigo y decirme: «cariño, me acuesto con otra»?

—Está claro que no vamos a comer —dijo Jack poniéndose también de pie—. Vayamos al salón. Charles, trae los pastelitos que hay en la nevera.

—Y el vino —añadió Lexie—. O algo más fuerte. Necesito emborracharme.

Cuando entraron en el salón Lexie corrió hasta el sofá y se dejó caer cuan larga era, con el brazo que sostenía la copa estirado por el lado contrario al respaldo.

—Tendré que contarle a mis hijas que van a tener un hermanito o hermanita —dijo mirando al techo—. Que su padre se buscó otra mujer porque yo ya no era la mujer de su vida. La estrella de su cielo. La luz de su... ¡Oh, mierda!

Charles colocó la bandeja de dulces sobre la mesita y Lexie se sentó para mirarlos con admiración.

—No entiendo cómo puedes hacer cosas tan increíblemente apetecibles —dijo observando cada uno de los diminutos pastelitos—. Están buenos, pero al verlos siempre piensas que estarán aún más deliciosos.

—Vaya. —Charles parecía decepcionado.

—Fíjate en este —dijo cogiendo uno que parecía tener la Torre Eiffel de chocolate sobre una base cremosa dentro de un diminuto cono de galleta crujiente—. Seguro que está buenísimo, pero su sabor no podrá competir con su belleza.

—Cómetelo —dijo Charles con evidente malhumor.

Lexie se encogió de hombros y se lo metió entero a la boca cerrando los ojos para disfrutar del dulce momento. Los diferentes sabores se combinaron creando una explosión de sensaciones.

—¿Y? —preguntó su amigo con la misma agria expresión.

Lexie abrió los ojos y lo miró con una sonrisa.

—Increíblemente delicioso —dijo.

—Pero...

Su amiga no dijo nada y Charles apretó los labios. Jack le puso una mano en el hombro para transmitirle su cariño, sabía lo frustrado que se sentía con eso, pero no era el momento de pensar en él.

—Ha dicho increíblemente delicioso —musitó—. Lexie tiene cosas en las que pensar, Charles y necesita nuestra ayuda.

—Tienes razón —dijo el otro y después de suspirar fue a sentarse junto a ella—. No te preocupes, Lexie, no estás sola. Pase lo que pase, nos tienes a nosotros y a las niñas.

—Tendrás que pensar qué vas a hacer con la tienda de bicis —dijo Jack sentándose también—. Supongo que la venderás.

Lexie asintió.

—Sí, la venderé, no sé nada de bicis y tampoco me atrae llevar una tienda. Me gusta lo que hago y querría seguir haciéndolo.

—Por supuesto —dijo Jack sonriendo—. Cada día hay más clientes que nos solicitan uno de tus álbumes. Precisamente ayer me decía Charles que quizá deberíamos empezar a vender por Internet.

—Así podríamos vender a otros Estados —afirmó Charles—. A Jack y a mí no nos va eso de vender por Internet, pero estoy seguro de que a ti no se te daría mal.

Lexie cogió otro de los pastelitos, esta vez uno que tenía una especie de tarta diminuta de fresa y se lo zampó de un bocado. Charles y Jack se miraron cómplices, sabían que a eso no se resistiría y ahora lo importante era que comiese algo, fuese lo que fuese.

—Bueno, ahora mismo tengo otras cosas en las que pensar —dijo ella—. Mañana iré a la tienda y veré en qué condiciones está. También me pasaré por el banco, hace mil años que no voy y supongo que tendré que firmar algún documento.

—Cuanto antes lo soluciones, mejor —dijo Charles—. Si quieres te acompaño.

—No hace falta —dijo Lexie abrazándolo con cariño y apoyando la cabeza en su pecho—. Sois geniales, chicos. No sé qué habría hecho sin vosotros.

La tienda estaba exactamente igual que siempre. Lexie sonrió al ver lo ordenado y meticuloso que era Owen cuando algo le importaba. Ojalá hubiese sido tan cuidadoso en casa.

—Mamá, ¿podemos dar una vuelta en nuestras bicis? —preguntó Amy dirigiéndose a la parte de atrás de la tienda donde su padre las guardaba.

—Claro, pero no os alejéis mucho y no salgáis a la carretera —dijo encendiendo el ordenador.

Las niñas salieron y ella se sentó frente al escritorio. Necesitaría un papel y algo con lo que escribir, por si tenía que anotar algún teléfono o pedido que debiese cancelar. Abrió el cajón del escritorio y se sorprendió al ver un

montón de cartas sin abrir. Las sacó con el ceño fruncido al ver que todas eran del banco.

—¿Su marido no le había dicho nada? —Alfie Butler era el director de su banco desde hacía ocho años y Lexie sabía que no era un hombre al que le gustase bromear—. Le hemos estado enviando requerimientos desde hace un año.

Lexie trataba de mantener la compostura y la sonrisa, aunque sentía las comisuras de sus labios como si fuesen de cartón.

—No debo haberlo entendido bien —dijo—. ¿Ha dicho que Owen pidió un préstamo que no ha pagado?

—Dos —dijo rotundo—. Dos préstamos, uno de ellos hipotecario.

—Nosotros cancelamos nuestra hipoteca hace tres...

—La volvió a hipotecar hace un año. Lo hizo para pagar las deudas que había contraído y sanear sus cuentas.

Aquello no estaba pasando. No era posible asimilar tantas noticias imposibles en solo unos pocos días. Lexie negaba con la cabeza mientras trataba de ordenar la información que recibía. El director del banco era consciente del precario equilibrio emocional de su clienta, pero no encontraba un modo de suavizar lo que debía comunicarle.

—Pediré que le traigan una infusión de tila —dijo tratando de sonreír afable.

Lexie lo dejó hacer, necesitaba tiempo para pensar. O no, porque cuanto más pensaba más angustiada se sentía. ¿Su casa hipotecada? Bueno, se dijo, no hay que asustarse, cuando venda la tienda pagaré el préstamo y empezaré de cero.

—Si quiere podemos esperar unos días más... —dijo el director volviendo a sentarse a la espera de la infusión—. Su marido acaba de fallecer, necesitará tiempo para asimilar la noticia.

—No se preocupe. Me temo que no será suficiente con unos días para eso. —Sonrió con tristeza—. Debo saber a qué me enfrento. Ya contaba con vender la tienda, no puedo encargarme de ella, no tengo ni idea de bicicletas y tampoco me interesa. Yo hago álbumes de fotos y recuerdos, ¿sabe?

El banquero trató de sonreír, pero solo fue capaz de hacer una mueca.

—Esperemos a que llegue la tila —dijo.

—Supongo que no será muy difícil vender una tienda y me imagino que

mientras tanto tendré que pagar la hipoteca... ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Esperemos a la tila —insistió el señor Butler.

Lexie se encogió de hombros. Estaba claro que el director del banco pensaba que era una pobre y débil mujer que necesitaba que la trataran con guante blanco. Claro que él no sabía con lo que ella había tenido que lidiar desde la muerte de su marido. Todos los hombres son iguales, se piensan que una necesita un caballero andante que las salve.

Cuando entró en la tienda Jack estaba atendiendo a una señora de cierta edad a la que trataba de venderle un joyero de piel de tres pisos y Charles terminaba de cobrar a una pareja joven que habían comprado un atrapa sueños. Atravesó la tienda y se fue directamente a la parte de atrás. Aquel fue su taller los primeros años, cuando aprovechaba los ratos en los que no había clientes para practicar sus creaciones. Ahora volvía a ser solo un pequeño almacén.

Se sentó en el taburete, el mismo en el que se había sentado tantas veces y se quedó allí, a oscuras. Esperando.

—¿Por qué no has abierto las cortinas? Esto está muy oscuro. Lo mantenemos así para que no se llene todo de polvo, pero si estás... —Charles se había vuelto a ella y se sobresaltó al ver una expresión de absoluta desolación en su rostro—. ¿Qué ha ocurrido?

Lexie dejó el bolso sobre la mesa de trabajo y soltó el aire de sus pulmones con un largo suspiro.

—Estoy arruinada —dijo al fin.

Soltar aquellas palabras sin ambages y sin florituras fue una liberación. No había nada que ocultar, nada que pudiese hacer para suavizarlo y tampoco quería. Toda aquella mierda no era suya y no quería tener que cargar con ella.

—He perdido mi casa, no tengo dinero y tampoco puedo vender la tienda. Las niñas y yo nos hemos quedado sin nada.

Charles sintió un golpe en el pecho y se tambaleó por la impresión. Cuando se hubo recuperado buscó una silla y la arrastró hasta colocarla frente a ella.

—¿Qué estás diciendo, mujer?

—He estado en la tienda y había un montón de cartas del banco sin abrir. La última advertía a Owen de que iban a desahuciarlos en una semana. El

banco se queda con todo, con la tienda y con la casa. No puedo sacar ni siquiera una silla. Nada.

—No puede ser.

—Pues es. —Lexie cogió aire con fuerza y lo soltó con un bufido—. Tengo que buscar un lugar para vivir...

—Por eso no te preocupes, vendréis a nuestra casa.

—Solo tenéis una habitación...

—Nos las arreglaremos. Las niñas pueden dormir en los sofás y a ti te pondremos una cama en la sala de ocio.

Lexie se sintió enormemente agradecida, pero era plenamente consciente de que esta vez sus amigos no iban a poder solucionar sus problemas. Cogió la mano de Charles y le miró con una sonrisa.

—No te preocupes —dijo su amigo con los ojos húmedos—, encontraremos una solución.

Lexie asintió y se puso de pie al tiempo que cogía el bolso para colgárselo.

—Tengo que ir a casa. Las niñas tienen que saber lo que pasa.

Charles la acompañó hasta la puerta. Jack los miró por el rabillo del ojo mientras la señora seguía dudando de si ese era el joyero que ella necesitaba. Cuando su marido atravesó la tienda rápidamente para regresar a la parte de atrás, supo que algo muy malo había pasado.

--Mamá, ¿estás despierta?

Lexie asintió con la cabeza, pero no se movió. Megan dejó la bandeja sobre la mesita.

—Te he preparado una infusión de lavanda —dijo la niña sentándose en la cama y poniendo su mano sobre el brazo de su madre—. No estés triste, mamá, todo se solucionará.

Lexie se sentó en la cama y miró a su hija con tanto amor que a la niña le dolió el corazón.

—He estado pensando y creo que tengo la solución —dijo Megan con una sonrisa.

—Estoy segura de ello —dijo Lexie cogiendo la mano de su hija.

—Podemos ir a vivir con el abuelo.

Su madre la miró con tal expresión de horror que no pudo evitar reírse.

—Cualquiera diría que te he dicho que vayamos a vivir con el diablo —

dijo la niña.

—¿Con el abuelo? No sabes lo que dices. Me echaría a patadas nada más verme.

Megan negó con la cabeza.

—Ya he hablado con él y dice que podemos irnos hoy mismo.

—¿Qué has hablado con él?

La niña asintió sin borrar aquella adorable sonrisa capaz de derretir los polos.

—Habló con él de vez en cuando.

—¿Hablas con el abuelo? —No podía asimilarlo.

—Sí. Y le llamé hace un rato, después de que hablaste con nosotros.

—¿Le has explicado nuestra situación? —preguntó Lexie horrorizada.

—No ha hecho falta —la tranquilizó su hija—. Solo le he dicho que papá ha muerto y que necesitamos un cambio de aires. Nos ha ofrecido su casa todo el tiempo que queramos.

Lexie se tapó la cara con las manos, no podía pensar con claridad. Casi se había tenido aliviada al escuchar a su hija darle una solución. Pero ¿su padre? No, imposible. Se marchó de River Place principalmente por él. Y porque era un pueblo demasiado pequeño. Y... Sacudió la cabeza tratando de ordenar sus pensamientos.

—Mamá —Megan la obligó a abrir los ojos y mirarla—, no tenemos más opciones. Amy está muy asustada, se ha encerrado en su cuarto y no ha dejado de llorar. Tiene miedo de que nos veamos en la calle. Ahora son vacaciones, aun falta un mes para que tengamos que volver al colegio. Durante este mes puedes pensar en otra solución.

—El abuelo es un hombre frío... no sé cómo os...

—Tranquila, mamá. Si estamos juntas estaremos bien. Es lo único que importa, ¿no crees?

Lexie miró a su hija con admiración, tenía una expresión confiada y segura que le resultó sorprendente. ¿Cómo podía tener tanta entereza con solo doce años? Extendió la mano y le acarició el cabello negro y liso.

—¿De dónde sacas esa fortaleza? —preguntó.

Megan sonrió más abiertamente y luego se abrazó a su madre apoyando la cara en su pecho.

—Solo quiero que estés bien, mamá. Si tú estás bien, nosotras también lo estaremos.

—Lo que pasa es que no querías dormir en el sofá de los chicos —bromeó Lexie.

—Es un sofá muy pequeño —dijo la niña sin apartarse—. Se piensan que aún tengo cinco años.

—Cuando tenías cinco años te encantaba dormir en ese sofá.

—No era por el sofá, era por el desayuno.

—Ya, las tortitas de Charles —afirmó Lexie—. Dios, podría comerme una docena de esas tortitas ahora mismo. Con mermelada de fresa. No, con chocolate. O espera, espera, con caramelo. Oh, sí, con caramelo, chocolate y mermelada de fresa.

Megan se apartó para mirarla.

—Vomitarías —dijo la niña.

—Yo jamás vomito —negó su madre—. Es asqueroso. Me parece una falta de respeto. ¿Cómo puede vomitar la gente? ¿Es que no se dan cuenta de lo desagradable que es?

—Nadie vomita por gusto, mamá —dijo la niña con aquella sonrisa que se le ponía siempre que su madre hacía eso.

—¡Uy, que no! Eres demasiado inocente. La gente hace cosas muy raras. Una vez escuché que había un pueblo en Kentucky en el que no te permitían vivir si no pesabas más de ochenta kilos. ¡En serio! No me mires así. Allí todos están gordos.

—Estás loca.

Lexie le acarició el pelo y después le plantó un beso en la cabeza.

—Te quiero mamá —dijo Megan abrazándola de nuevo.

—Y yo a ti, tesoro.

Capítulo 3

River Place era un pueblo de cuento. La carretera que llevaba hasta él trascurría por la costa y las niñas le pidieron que detuviera el coche en algún recodo del camino para contemplar el mar un momento y hacerse fotos.

—Está bien, pero cinco minutos —dijo saliéndose de la carretera y aparcando en un descanso.

Megan y Amy corrieron hacia la arena sin quitarse los zapatos y Lexie se lamentó de que Amy se hubiese puesto aquellas zapatillas blancas y nuevas que ahora estarían llenas de tierra bajo la plantilla. Se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en el coche. No pensaba alejarse de las maletas y las pocas cosas que había podido salvar del desastre.

El paisaje la sacudió por dentro. Casi podía sentir a Owen junto a ella.

—En esa playa te di tu primer beso —dijo su marido.

—El segundo. Como siempre cambias la realidad. El primer beso te lo di yo, aquí también, pero ese fue un beso casto en la mejilla —dijo en un susurro—. Yo tenía doce años y por lo visto tú ya lo habías olvidado.

—Fue la noche en la que mi hermano se marchó para no volver. No lo he olvidado —había dicho él.

Lexie cerró un instante los ojos y suspiró. Dylan ni siquiera sabía que su hermano había muerto y probablemente nunca lo sabría.

—¡Niñas, vamos, no quiero llegar muy tarde! —No. No quería que su padre tuviera una excusa para criticarla, el día de su llegada.

Las dos hermanas corrieron hasta el coche y abrazaron a su madre que chequeó la lengua.

—¿Qué hacéis? No seáis ñoñas...

—Te queremos, mamá —dijeron las dos a la vez burlándose—. Eres la mejor madre del mundoooo.

—Sois horribles —dijo apartándolas—, os burláis de vuestra madre, no tenéis corazón.

Subieron al coche y se pusieron en marcha.

—¿Cómo es el abuelo, mamá? —preguntó Amy—. ¿Por qué nunca lo hemos visitado?

—River Place está muy lejos de casa —se excusó sin demasiado entusiasmo.

Realmente llevaban tres horas de viaje y todavía no habían llegado.

—El abuelo vive en una casa frente a la playa —explicó Megan.

—¿Tiene perro? —Amy aplaudió entusiasmada—. Siempre he querido tener un perro. Me encantaría que fuese un labrador, pero estoy abierta a que sea de cualquier otra raza.

—Siento desilusionarte, Amy, a tu abuelo no le gustan los animales —dijo Lexie arrugando la nariz—. Durante años le pedí que me dejase tener una mascota. Me daba igual si era un perro, un gato o una rata de alcantarilla, lo único que quería era que estuviese vivo y que se dejase querer. Claro que es posible que eso fuese lo que le asustase. Imagínate, ver a alguien queriendo a alguien. ¡Puag! ¡Qué asco!

Megan trazó círculos con su dedo índice en su sien mirando a su hermana. Amy se tapó la boca para ahogar la risa.

—Tranquila —dijo Megan a su hermana—, algún día tendremos un perro y será un labrador.

—¿De verdad? Lo cuidaré muchísimo, te lo juro.

«Lo único que Cameron quería era que me centrase en mis estudios —pensó Lexie—. Que fuese a la universidad y ganase mucho dinero. En ese orden. ¡Ja! Menuda sorpresa le di escapándome».

Miró a través del retrovisor y sonrió al ver a sus dos preciosas hijas sentadas detrás, riendo felices. No se sentía una fracasada, a pesar de todo. Ellas eran su mejor obra. Irrepetible y única. Nunca se sentiría fracasada mientras ellas estuviesen bien y fuesen felices como en ese momento. Y haría lo que fuese para conseguirlo.

—Aun así, tuve mi mascota —dijo en voz alta llamando la atención de las niñas—. Se llamaba Henry y era un perrito muy gracioso.

—¿Tuviste un perrito? —preguntó Amy sorprendida.

—Bueno, no era mío, al menos no solo mío —dijo engolando la voz—. Dejé que los vecinos creyesen que también era suyo. Le llamaban Doc, pobrecito. Yo siempre le decía que no se preocupase, que yo sabía que su nombre era Henry y que mientras yo lo supiese nada malo le pasaría. Porque

imaginaos que hubiese un peligro y que al pobre Henry estuviese a punto de atropellarlo un coche. Larry le gritaría: ¡Cuidado, Doc! Henry no sabría que lo llamaba a él y ¡chof!

—¡Mamá! —gritó Amy tapándose los oídos.

—No le hagas caso, tonta, no ves que es una de sus historias —dijo Megan riendo.

—¿Una de mis historias? —Lexie la miró por el retrovisor y le hizo una mueca de burla—. No sé a qué te refieres. Esto que os he contado es fidedignamente fidedigno.

Dos plantas de madera y un generoso porche. La casa era preciosa, tal como la recordaba. Un poco descuidada desde la última vez que la vio, pero preciosa. Las tres estaban de pie mirándola. Aún no habían sacado las maletas ni habían llamado a la puerta.

—Es muy bonita —dijo Amy—, parece una casa de cuento.

Megan miró a su madre y le sonrió para infundirle ánimo.

—Tiene un balancín —dijo Megan.

Lexie asintió.

—Es muy viejo, ya estaba aquí cuando yo nací.

—Al abuelo le gustan las plantas —dijo Amy—, tiene un montón de tiestos con flores.

Eso también era nuevo. Nunca hubo flores en la casa mientras ella vivió allí.

La puerta de entrada se abrió y la espalda de Lexie se estiró como un palo. Cameron Quennell no había cambiado apenas en doce años. Seguía teniendo una mata de pelo, que sería la envidia de cualquier hombre, de su edad y más joven, y aunque ya era completamente blanco seguía peinándolo de un modo descuidado que lo hacía parecer más atractivo.

—Ya estáis aquí —dijo acercándose a ellas—. Hola, Megan.

—Hola, abuelo.

—Hola, Amy.

—¿Me conoce?

Cameron Quennell torció ligeramente los labios en lo que para él debió ser una sonrisa.

—He visto algunas fotos tuyas y tu hermana me ha hablado de ti —

respondió.

Amy miró a Megan con el ceño fruncido.

—¿Has estado hablando con el abuelo y no me has dicho nada?

—Lo siento, Amy —se excusó su hermana.

La pequeña de las McWinnell se acercó a Cameron y lo abrazó como si con ello quisiera dejar claro que ella estaba incluida en aquella relación a dos que había mantenido su hermana y él. Lexie observó las dificultades de su padre para utilizar los brazos en aquella situación.

—Niñas, será mejor que saquemos el equipaje —dijo caminando hacia el maletero.

—¿No vas a decirle nada a tu padre, mamá? —Amy la miró sorprendida.

Sabía que no se llevaban bien, pero no había visto a su madre comportarse nunca de un modo tan frío.

—Hola, Cameron.

Megan le hizo un gesto a su hermana para que no hiciese ningún comentario y la niña se encogió de hombros.

—Hola, Lexie. Me alegro de verte —dijo tratando de sonreír de nuevo, visiblemente incómodo.

—No te molestaremos mucho tiempo. Solo será hasta que la situación se estabilice —dijo ella sin mirarlo apenas.

—Ya le dije a Megan que podéis quedaros todo el tiempo que queráis.

—Poco, te lo aseguro —dijo Lexie sin poder contenerse.

—Os ayudaré con las maletas —dijo Cameron.

La puerta de entrada daba directamente a la sala de estar. Lexie no creía que todo fuese a estar exactamente igual a como ella lo recordaba. Se fijó en la vieja chimenea de ladrillo y en la repisa sobre la que siempre había estado el retrato de su madre. Aquello era lo único que había cambiado en aquella habitación. La fotografía del dulce y sonriente rostro de Chloe Quennell había desaparecido.

Siguieron a Cameron hasta el piso de arriba.

—He pensado que las niñas podrían dormir en esta habitación, que está al lado de la tuya —dijo abriendo la puerta para que echasen un vistazo.

—¡Oh! —exclamó Amy entrando la primera—. ¡Es preciosa! Mira el papel de la pared, Megan, son faros.

Su hermana la había seguido y se acercó a la ventana para ver el exterior. Desde allí se veía la playa y se volvió hacia su abuelo con una enorme

sonrisa.

—Me encanta.

Cameron asintió satisfecho mientras Lexie observaba sorprendida. ¿Quién había decorado aquel lugar? ¿Dónde estaban los trastos que su padre había guardado allí durante años?

Cuando se dirigió a la otra puerta, la de su habitación no pudo evitar que le temblasen las piernas. Temía reencontrarse con sus viejos muebles y las paredes pintadas de verde. Aunque lo que verdaderamente la horrorizaba era la idea de reencontrarse consigo misma, prisionera en aquel lugar.

Fue Amy la encargada de abrir la puerta y Lexie no pudo disimular su sorpresa. Aquel cuarto no se parecía en nada a su antigua habitación. Era sencilla y espaciosa. El papel pintado de la pared tenía un dibujo discreto en un suave tono *beige* apagado. El suelo que era de madera oscura y robusta, como en el resto de la casa, destacaba con el color de las paredes. Habían colocado una cama grande con cabezal de madera de cerezo. La colcha era del mismo tono que el cabezal. Lexie miró a su padre desconcertada. ¿Desde cuándo Cameron Quennell sabía de decoración?

—Tuve que pedir ayuda —dijo justificándose—. Hace un año decidí que debía redecorarla, pero no sabía cómo, así que contraté a alguien.

Lexie asintió. Eso ya le cuadraba más.

—Supuse que no te importaría que desmontase tu antigua habitación. Después de todo te marchaste para no volver —dijo con un tono que a Lexie le pareció que estaba cargado de cinismo.

«Ahí está la primera estocada —se dijo».

—Bueno, instalaros tranquilamente —dijo Cameron caminando hacia la escalera—. A las ocho y media estará la cena.

—Si quieres ya la hago yo —dijo Lexie.

Su padre hizo un gesto con la mano dando a entender que se olvidara. Lexie siguió a sus hijas a su nuevo cuarto.

—¿Os gusta de verdad? —preguntó.

Amy se subió a una de las camas y dio unos cuantos botes sobre ella.

—¿Puedo quedarme con esta? —preguntó a su hermana.

Megan asintió para confirmarle que le daba lo mismo.

—A mí me gusta mucho —dijo la mayor—. Sobre todo las vistas. Ven, mamá, mira que bonito.

Lexie se acercó a su hija y le rodeó los hombros con su brazo. Amy no

tardó en unirse a ellas y su madre la abrazó también.

—¿Estaréis bien aquí? —preguntó sin apartar la mirada de aquel mar azul y brillante.

—Solo nos quedaremos durante las vacaciones —dijo Amy—. Luego tenemos que volver al cole.

Megan miró a su madre y le pidió silencio que no dijese nada. Lexie asintió ligeramente.

—Estaremos bien, mamá —dijo la mayor con dulzura.

Lexie sintió deseos de llorar al ver lo madura y dulce que era su hija con ella. Se separó de las dos y caminó hacia la puerta.

—Será mejor que deshagamos las maletas o esta noche tendremos que dormir en bragas —dijo tratando de sonar alegre.

Cerró la puerta de su cuarto y se quedó con las espaldas apoyada en ella mientras las lágrimas caían sin freno por sus mejillas. No podía creer que estuviese allí, en aquella casa. Estaba segura de que algún día volvería, pero no en esas circunstancias. Para ser sincera siempre creyó que volvería cuando su padre muriese, para su funeral. Pero Cameron Quennell estaba muy vivo.

—¿Podemos salir a dar un paseo, mamá? —Amy se moría por pasear por la playa de noche—. Esta noche hay luna llena, lo he mirado. Será muy bonito verla en el agua.

—Podéis salir, aquí no hay peligro —dijo su Cameron—. Hay algunos turistas, pero por suerte todavía no somos centro de atención de ninguna agencia de viajes, así que nos dejan bastante tranquilos.

—Podríamos ir al pueblo a tomar un helado —dijo Amy—. Quiero que me cuentes historias de cuando eras pequeña, mamá. Sabes que me encantan tus historias.

—Estaría bien, mamá —dijo Megan.

—Está bien. Venga, acabad de cenar y saldremos a comernos un helado y a dar un paseo.

—¡Bieeeeeen! —exclamó Amy dando palmadas—. Abuelo, si quieres puedes venir.

Cameron se sintió cautivo de aquellos grandes e inocentes ojos.

—Nnnno puedo, tengo que revisar un manuscrito antes de darle el visto bueno...

Amy frunció el ceño sin comprender.

—El abuelo es editor —le explicó Megan—. Publica libros que escriben otros.

—¡Ah! ¿Qué clase de libros?

—Novela de ficción —respondió Cameron.

—A Amy no le gusta mucho leer —explicó Lexie—, aún no he conseguido engancharla.

La niña arrugó la nariz.

—Me aburre mucho. Tengo que estar quieta en un sitio y leer palabras y más palabras. Uffff, prefiero salir a ver el sol y las nubes.

Su abuelo sonrió sin poder evitarlo y esta vez su sonrisa transformó su rostro en uno más amable y atractivo. Megan pensó que su abuelo debió ser un hombre muy guapo y que su madre se parecía a él.

—Pues otro día que no tengas que leer vamos a pasear contigo —siguió Amy—. ¿Verdad, Megan?

—Claro que sí.

—Recojamos la mesa y así podremos irnos —dijo Lexie poniéndose de pie y empezando a amontonar los platos para llevarlos a la cocina—. Tú no, Cameron. Tú has cocinado para nosotras, ahora nosotras recogeremos.

—De acuerdo —dijo su padre—. Entonces iré a mi despacho a trabajar un rato.

Lexie lo vio salir de la cocina con paso tranquilo. Es curioso cómo memorizamos incluso el modo de caminar de las personas con las que compartimos un vínculo familiar tan estrecho. Ver a su padre alejándose era un recuerdo afincado en su cerebro con persistencia.

River Place no había cambiado. La plaza seguía siendo exactamente igual con su glorieta en el centro y sus macizos de flores. Pasaron por la calle principal después de comprar un helado en la heladería Reynolds, que seguía siendo del señor y la señora Reynolds, aunque ahora eran un poco más viejos de como ella los recordaba. Miraron los escaparates de las tiendas cerradas y se detuvieron más de la cuenta frente a una papelería.

—Esto no estaba aquí antes —dijo Lexie tratando de ver el interior a través del cristal de la puerta.

—Ya sabes dónde puedes comprar el material para trabajar —dijo Megan sonriéndole.

—Y tus pinturas y lienzos. Allí al fondo veo una sección que te va a encantar.

—¿También hay acuarelas para mí, mamá?

Lexie sonrió al tiempo que asentía. Para ser sinceros debían reconocer que Amy no había heredado su vena artística, simplemente imitaba a su hermana porque la admiraba y quería ser como ella, pero dibujando era una negada. Lexie era de la opinión de que no se deben cortar las alas cuando están creciendo. No importaba que Amy aún no hubiese descubierto qué era lo que la apasionaba, si la dejaba probar, lo encontraría.

—Sí, mira, ¿ves aquella estantería del fondo? Está llena de cajas de acuarelas. Mañana vendremos a comprar alguna, ¿vale?

Megan miró a su hermana y las dos se volvieron hacia su madre.

—Nosotras pagaremos nuestras cosas —dijo la mayor—. A partir de ahora.

—No os preocupéis, no estamos tan...

—No, mamá —la cortó Amy—. Las dos tenemos dinero ahorrado y tienes que dejar que nos administremos.

Lexie podía escuchar el discurso de Megan ahí y miró a su hija mayor un poco seria.

—No me gusta que alecciones a tu hermana sin consultar conmigo.

—No la he aleccionado, mamá. Lo hablamos después de que nos contaras cuál era la situación y ella fue la que tuvo la idea.

—Ya.

—Es cierto, mamá —intervino Amy con expresión ofendida—. Ya sé que piensas que es Megan la que tiene siempre todas las ideas, pero no es cierto, yo también pienso.

—Pues claro que piensas —dijo su madre sorprendida—, no es eso lo que quería decir.

—Tienes que dejarnos ayudarte —dijo Megan—. Ahora estamos las tres solas y debemos apoyarnos en todo.

—También está el abuelo —dijo Amy.

Su madre la miró con semblante apático.

—¿Tan malo era para que lo quieras tan poco?

Lexie no pudo evitar un ¡Oh!

—¿Te pegaba? —volvió a preguntar la pequeña.

—¡No! —exclamó horrorizada de que pudieran pensar que era esa clase

de hombre—. Venid, vamos la playa y os contaré todo lo que queráis saber.

Sentadas en la arena y con la enorme luna vigilando en el cielo, Lexie cumplió su palabra y respondió a todas sus preguntas.

—¿Y fue después de que muriera la abuela?

—Eso me dijeron, pero yo no lo recuerdo, era demasiado pequeña.

—¿Y de verdad nunca te dio un abrazo o un beso? —Amy no podía creerlo.

Lexie negó con la cabeza al tiempo que le apartaba un rizo y lo colocaba detrás de su oreja.

—¿No te quería?

—No lo sé —dijo sincera—. Con él nunca se sabe lo que piensa o siente. Jamás lo he oído hablar de sus sentimientos en voz alta. Ni siquiera cuando yo estallaba, y le recriminaba que fuese tan frío conmigo, decía una palabra. Se quedaba de pie mirándome con indiferencia y después se daba la vuelta y se metía en su despacho.

—Al menos nunca te pegó —dijo Amy buscando algo a lo que agarrarse.

—Y procuró que no me faltase nada... material —añadió su madre.

—¿Y por qué te escapaste? —Megan lo dijo con delicadeza como si temiese que aquel fuese un tema demasiado delicado para tratar tan pronto.

Lexie suspiró. Nunca les había hablado de todo aquello a sus hijas y hacerlo estaba resultando mucho más liberador de lo que habría imaginado.

—Papá también vivía aquí —dijo Amy sin poder contener aquel deje ilusionado—. ¿Tenemos más abuelos?

—No. La madre de Owen murió poco antes de que nos escapáramos y su padre murió el año pasado.

—¿Podremos ver la casa donde vivió papá? —volvió a preguntar Amy.

Lexie asintió con la cabeza.

—Si queréis puedo enseñárosla.

—No importa, mamá —dijo Megan mirando a su hermana con enfado.

—No pasa nada —dijo Lexie sonriendo—, no vamos a dejar de hablar de vuestro padre por lo que ha ocurrido. Las parejas se rompen, eso no significa que deje de ser vuestro padre o que tengáis que dejar de quererle. Iba a divorciarse de mí, no de vosotras, no debéis guardarle rencor. Fue el mejor padre que se puede tener. No lo olvidéis.

Las dos niñas asintieron con la cabeza y durante unos segundos las tres se mantuvieron en silencio, cada una perdida en sus pensamientos.

Capítulo 4

El día amaneció precioso y el ánimo de Lexie se vio afectado por el paisaje que se veía desde su ventana. El océano es siempre un buen bálsamo para un corazón herido.

Cuando bajaron a desayunar, Cameron había preparado tortitas y parecía de buen humor.

—¿Qué tal habéis dormido? —preguntó al tiempo que depositaba cuatro tortitas en cada plato de sus nietas.

Lexie torció una sonrisa. Estaba segura de que era la primera vez que lo escuchaba decir aquella frase.

—Yo he dormido genial —dijo Amy sonriendo de oreja a oreja.

—Y yo —corroboró Megan.

Los tres miraron a Lexie deseando saber su respuesta.

—Muy bien. He dormido de un tirón.

Amy aplaudió con entusiasmo.

—¿Y tú, abuelo? ¿Has dormido bien? —preguntó la pequeña.

Cameron la miró y sonrió con sinceridad.

—Muy bien, gracias.

Lexie se dio cuenta de que tampoco recordaba habérselo preguntado jamás.

—¿Qué planes tenéis para hoy? —preguntó Cameron dejando el plato de las tortitas en el centro de la mesa antes de sentarse.

—Vamos a ir al pueblo a comprar algunas cosas —dijo Megan.

Cameron volvió a levantarse y fue a sacar algo de un cajón. Después regresó a la mesa y le tendió una tarjeta a su hija.

—¿Qué es esto? —preguntó ella sin coger lo que le ofrecía.

—Mientras estéis aquí quiero que paguéis con esto todo lo que compréis.

Lexie miró la tarjeta y vio que era de crédito.

—¡No! —exclamó asombrada—. Bastante es que nos comamos tu comida

y nos des alojamiento. No cogeremos tu dinero.

—No es mi dinero —dijo muy serio—. Es tuyo.

Lexie frunció el ceño, pero siguió sin coger la tarjeta, así que su padre la dejó al lado de su plato y se sentó a desayunar sin decir nada más. La situación había creado de nuevo aquella atmósfera de incomodidad, cargándose de un plumazo la buena sintonía que reinaba al comienzo.

—Mamá hace álbumes para fotos —dijo Megan como si necesitara explicarlo—. Necesita material para poder trabajar. No pudimos llevarnos casi nada de casa.

—Había unas personas vigilando todo lo que cogíamos y no nos dejaron coger más que lo imprescindible —intervino Amy—. Mamá les dijo que todo aquel material era para poder trabajar, pero no le hicieron caso y tuvo que dejarlo.

Cameron asintió mirando a sus nietas y luego se volvió hacia su hija.

—Puedes usar la buhardilla para trabajar —dijo.

—No importa, puedo trabajar en mi habitación...

—En la buhardilla tendrás más espacio —insistió Cameron—. Ya no está llena de trastos, me deshice de todo cuando reformé la casa.

Lexie lo miró entornando los ojos cuando él desvió su atención a las tortitas.

—¿Por qué? —La pregunta salió de sus labios antes de ser consciente de que iba a formularla.

Cameron levantó la mirada un instante, pero enseguida volvió a sus tortitas.

—En la mayoría de las tiendas tengo cuenta —dijo mirando a sus nietas—, así que podéis comprar sin preocupación.

—¿Eres rico, abuelo?

—¡Amy! —Su madre la miraba con semblante crítico.

—No pasa nada —dijo Cameron sonriendo—. No, Amy, no soy rico, pero tampoco tengo problemas de dinero.

«No como mi hija» —pensó Lexie dejando el tenedor en el plato. De repente ya no tenía apetito. Se puso de pie.

—¿Qué haces, mamá? —Megan miró su plato y luego a ella.

—Voy a subir a ver la buhardilla para ver si me sirve como despacho.

—Te servirá —dijo su padre sin mirarla.

—Pero acaba de desayunar primero —pidió Megan.

Lexie sonrió con dulzura y cogió una de las tortitas.

—Me la llevo. ¿Más tranquila?

La niña sonrió y asintió varias veces.

Lexie salió de la cocina y subió las escaleras hasta la buhardilla a paso ligero. Sabía que sería duro volver a casa y, sobre todo, estar con Cameron, pero solo llevaba un día allí y ya tenía los nervios como las cuerdas de un arpa y quería salir corriendo.

Abrió la puerta de la buhardilla y lanzó una exclamación de asombro. Los tres tragaluces dejaban entrar la luz de la mañana y bañaban la pared y el suelo realzando el color de la madera. Estaba completamente vacía excepto por una mesa compuesta por un cristal que se sostenía sobre dos robustos caballetes y que estaba situada en un lateral.

—En esa pared puedes colocar unas estanterías.

La voz de su padre la sobresaltó y dio un respingo involuntario al tiempo que se volvía a mirarlo con cara de susto. Cameron no se inmutó.

—No sabía para qué se utilizaría, por eso no la terminé de amueblar.

—Me apañaré tal y como está —dijo ella.

—Como quieras —dijo Cameron encogiéndose de hombros y girándose para marcharse.

—Antes no has contestado a mi pregunta —lo frenó su hija—. ¿Por qué decidiste hacer tantos cambios?

—Es mi casa —dijo él mirándola con desagrado—. Supongo que puedo hacer lo que me venga en gana cuando me venga en gana. No creo que tenga que darte explicaciones.

Ahí estaba la segunda estocada.

—Por supuesto —dijo ella tratando de contener su enfado.

—Siempre tienes que insistir. No importa si no te contestan, tú insistes —refunfuñó su padre mientras salía de la habitación.

Lexie estuvo unos segundos mirando aquella puerta cerrada con una amarga sonrisa. Las personas no cambian. Eso era algo que siempre había tenido muy claro.

Entraron en la tienda y el malhumor de Lexie desapareció como por ensalmo. El olor a papel, tinta y toda clase de objetos de papelería llenó sus fosas nasales y limpió su cerebro de un brochazo.

Las niñas se alejaron rápidamente, cada una atraída por sus propios

intereses y Lexie se quedó mirando los álbumes de papel decorado que estaban en un enorme expositor.

—No vas a dejarlo de ninguna manera.

—Estoy hasta la narices de que me obligues a hacer cosas que no quiero.

—Y yo estoy hasta las narices de que me obligues a obligarte.

Las voces desde la trastienda habían ido subiendo de tono y ya no podían ignorarlas. Lexie miró a sus hijas que escuchaban atentas. Amy tenía aquella pícaro sonrisa que demostraba que la situación le parecía divertida.

—Niñas —las llamó—. Vayamos a dar un paseo y volvemos un poco más tarde.

Las dos asintieron y se dirigieron a ella para salir de la tienda.

—Discúlpeme —dijo una voz tras ellas—. No se vayan.

Lexie se giró y se topó con unos ojos negros de mirada profunda y hostil que le resultaron vagamente familiares. Era muy alto, metro noventa por lo menos. De aspecto fuerte pero ágil, a juzgar por la soltura con la que se movía debía practicar alguna clase de deporte completo. Llevaba una camisa de cuadros en tonos ocres encima de una camiseta blanca y un tejabo claro del que solo veía una parte por encima del mostrador. El pelo largo y ligeramente ondulado, de un color castaño dorado que hacía resaltar aún más el negro de sus ojos. Sus manos se movían con suavidad, pero aun así su aspecto era rudo, quizá provocado por la dureza de su mirada.

—Problemas domésticos —dijo el hombre con indiferencia cuando Lexie se acercó—. Tiene dos hijas, así que imagino que puede entenderme.

Detrás de él había un joven con la misma mirada hostil y un claro enfado en su rostro.

—¿Están aquí de vacaciones? —preguntó el hombre.

—Algo así —dijo Lexie.

—Estamos en casa de mi abuelo —dijo Amy acercándose al mostrador sin apartar la vista de aquel chico tan guapísimo y que parecía muy enfadado.

—¿Y quién es tu abuelo, si puede saberse?

—Cameron Quennell —respondió Amy.

—¿Cameron es tu abuelo? —Levantó la mirada y la posó de nuevo en Lexie—. ¿Lexie?

Los dos se analizaron con mayor atención, aunque ella no conseguía desvelar su identidad por más que sus facciones le resultasen tan familiares.

—No te acuerdas de mí —dijo él torciendo una sonrisa—. Es normal,

apenas tuvimos contacto. Entonces Owen y tú erais solo unos niños. Soy Dylan, Dylan McWinnell.

Los ojos de Lexie se abrieron tanto que Megan temió que se le saliesen de las órbitas.

—Ese es nuestro apellido —dijo Amy frunciendo el ceño.

El hombre mostró ahora una tibia sonrisa y asintió.

—Vuestro padre es mi hermano —dijo.

—Entonces eres nuestro tío —dijo Megan.

—Así funciona, sí. —Dylan salió de detrás del mostrador para saludarlas. Megan estrechó la mano que le ofrecía y Amy lo hizo a continuación.

—Yo soy Amy —dijo la pequeña.

—Hola, Amy —respondió él—. Este es Will, mi hijo.

El muchacho se acercó y las saludó también. Lexie se percató del velo de tristeza que cubría su semblante y miró a Dylan preguntándose qué clase de padre sería con sus antecedentes.

—No sabía que hubieses vuelto. —Lexie se dio cuenta enseguida de que aquella frase era una absoluta estupidez. ¿Cómo iba a saberlo?

—La vida te lleva —dijo él a modo de respuesta—. ¿Mi hermano ha venido con vosotras?

Había hecho la pregunta con precaución, como si temiese que una simple frase arrastrase algún problema familiar imposible de detectar a simple vista. Lexie palideció consciente de que no sabía nada de la tragedia.

—Nuestro padre ha muerto —dijo Amy sin prevención—. Tuvo un accidente con el coche.

El rostro de Dylan sufrió una transformación evidente y sus manos se cerraron en dos poderosos puños. No dijo nada, tan solo se giró y cerró los ojos un instante. Will lo observó consciente de que acababa de recibir un fuerte golpe emocional. Se acercó a él y lo abrazó. Permanecieron un rato así, en silencio, mientras Lexie y la niñas se mantenían a una prudencial distancia.

Dylan se separó con suavidad mirando a su hijo y asintiendo con la cabeza para indicarle que estaba bien.

—¿Podrías encargarte de la tienda mientras Lexie y yo salimos a tomar un café? —preguntó.

—Claro, papá.

—Bien —dijo volviéndose hacia ellas—. Vosotras podéis elegir todo lo que necesitéis, Will os ayudará.

Megan y Amy asintieron. Dylan y Lexie salieron de la tienda y no dijeron una palabra hasta que estuvieron sentados en la cafetería. Cuando se acercó la camarera Lexie reconoció a Jessica, una de sus amigas de cuando iba al instituto.

—¿Lexie? —La otra la miraba sorprendida—. Me lo dijo Oliver Reynolds, pero no podía creerlo. ¡Eres tú!

Lexie se levantó y las dos se abrazaron.

—Me alegra mucho verte, Jessica. No sabía que siguieses viviendo aquí —dijo.

—Sí, chica. Me casé con Reece Elder, ¿te acuerdas de Reece? —Lexie asintió—. Tenemos tres chicos.

Jessica hizo un gesto con la mano señalando la altura de cada uno. El último debía tener un par de añitos.

—¡Ya verás cuándo se entere Holly! ¿Has ido a ver a Holly? —preguntó Jessica refiriéndose a la mejor amiga de Lexie.

—No he visto a nadie... aún —dijo, como si en algún momento hubiese tenido intención de ver a alguien—. No sabía que seguía viviendo en River Place.

—Uy, sí. Se casó con Harley Cook, ¿no lo sabías? —preguntó, a lo que Lexie respondió negando con la cabeza—. Tienen una casita en la plantación de Belinda, a un kilómetro más o menos de la gran mansión de los Cook. Estoy segura de que se alegrará mucho de verte. Casi nunca sale de casa, apenas nos vemos. —Bajó la voz y se inclinó hacia ella—. La madre de Harley no es muy fan suya, no quería que su único hijo se casara con ella y se lo hizo pasar un poco mal al principio. Hasta que tuvo a su primer hijo. Ahora tienen tres, dos niñas y un chaval.

Lexie sonrió para dentro. Estaba claro que hay cosas que no cambian a pesar de los años. Jessica seguía siendo la misma cotilla de siempre.

—¿Y tú? ¿Qué es de tu vida? ¿Owen y tú seguís juntos?

Ahí estaba de nuevo, en busca de información fresca.

—Owen murió hace una semana.

El rostro de su amiga empalideció y se tapó la boca para ahogar una exclamación.

—¡Oh, Dios mío! —dijo después de unos segundos—. Lo siento muchísimo. Os acompaño en el sentimiento... a los dos.

Dylan hizo un gesto con la cabeza.

—Gracias, Jessica.

—Dylan acaba de enterarse —explicó Lexie—, debo explicarle algunas cosas...

—¡Oh, por supuesto! Os tomo nota y os dejo tranquilos. Si necesitáis algo me hacéis una señal y vendré enseguida.

Cuando Jessica se marchó Lexie se volvió hacia Dylan.

—¿Trabaja aquí? —preguntó.

—No, esta cafetería es suya. Y Reece es el alcalde, no les va mal.

—Reece es de tu edad, ¿no? Creo recordar que erais amigos...

—Algo así. Pero no estamos aquí para hablar de Reece Elder ni de mí.

—No hay mucho que contar. Tuvo un accidente de coche y murió.

—Él... Antes de eso...

Lexie frunció el ceño confusa, no estaba segura de lo que quería saber.

—¿Estaba bien?

La camarera les trajo los cafés y Lexie sonrió a Jessica que se había quedado tras la barra. Cuando dio el primer sorbo vio que Dylan seguía esperando su respuesta.

—Yo creía que sí —dijo al fin con una sonrisa poco alegre—, pero al parecer, no del todo.

Una expresión preocupada cruzó el rostro de Dylan. Lexie se planteó dejarlo ahí, al fin y al cabo era su vida y no tenía por qué ir aireándola por ahí.

—Iba a pedirme el divorcio para casarse con otra mujer que está esperando un hijo suyo —lo soltó del tirón con un largo suspiro al final—. Yo creía que éramos felices, pero parece que no soy mucho más lista de lo que cree mi padre.

—Lo siento —dijo su cuñado y cogiendo la taza la llevó hasta sus labios.

—Yo también. —¿Por qué estaba siendo tan sincera con él? No recordaba haber cruzado una palabra con Dylan antes de que se marchara de River Place. Y no es que su mirada y su actitud fuesen las de alguien amable y cercano, precisamente.

—Cuando Will y yo vinimos a vivir aquí pensé en buscarlo...

—No volvisteis a veros desde la muerte de nuestra madre.

Dylan asintió pensativo.

—Yo no pude ir al cementerio —siguió Lexie—. Mi padre me estuvo vigilando todo el tiempo y no pude escaparme, pero sé lo que sucedió.

—Tu padre no quería que te acercases a los McWinnell —dijo torciendo una sonrisa—. Y no le culpo, éramos de lo peorcito de River Place.

«Sobre todo tú» —pensó Lexie.

—Sobre todo yo —dijo él mirándola a los ojos.

Dylan McWinnell era un pendenciero, siempre metido en broncas, siempre con problemas. Lexie le tenía miedo y jamás se acercaba a él ni frecuentaba ningún lugar en el que estuviese. Ni siquiera en el funeral de su madre supo comportarse. La policía tuvo que llevárselo para que no matara a golpes a su padre.

—Ahora tienes un hijo —dijo en voz alta al hilo de sus pensamientos.

Él sonrió de nuevo con aquella ironía en su mirada.

—Te resulta difícil de creer, ¿verdad? Tranquila, a mí también —dijo jugueteando con el sobre de azúcar sin abrir—. Will es lo único bueno que he hecho en la vida. Es un muchacho increíble y un virtuoso del piano.

—¡Qué maravilla! —exclamó Lexie admirada.

—Y no es amor de padre. Realmente tiene un don.

—Tendrás que enviarlo a estudiar a una buena academia.

—No quiere ni oír hablar de eso —dijo Dylan negando con la cabeza y con semblante claramente desilusionado—. Dice que quiere estudiar Física, que es lo que de verdad le apasiona. Insiste en que el piano es un *hobby*.

Lexie se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Pues que tu hijo es muy maduro si lo tiene tan claro.

—Pero se equivoca.

—¿Y eso cómo lo sabes? No tenemos una bola mágica que nos diga lo que nos depara el futuro. Ni a nosotros ni a nuestros hijos. Debemos dejar que ellos nos muestren el camino, no al revés.

—No estoy de acuerdo. Nuestra obligación es llevarlos por el camino que les conviene.

—No me extraña que esté «harto de que le obligues a hacer lo que te sale de las narices» —dijo parafraseando al muchacho.

Dylan frunció el ceño enfadado y Lexie pensó que bajo su aparente contención seguía teniendo el mismo carácter pendenciero.

—Es normal que los padres discutan con sus hijos —dijo ella apaciguadora—. Pero, si algo he aprendido como madre, es que a los hijos hay que escucharlos. Ayudarlos para que no se equivoquen, pero no forzarlos a

ser quienes nosotros queremos que sean.

—Tomo nota —dijo él.

—¿Qué opina su madre? —lo dijo sin pensar, un comentario convencional.

—Es difícil de saber, teniendo en cuenta que vive en Nueva York con su marido y sus dos hijos.

—Perdona, no debería haber preguntado.

—¿Por qué no? Preguntar es lo mejor cuando quieres saber algo. Mucho mejor que inventarse cosas. Keira y yo estuvimos un año y medio casados. Antes de irse me preguntó si quería quedarme con el niño, le dije que sí, firmó los papeles renunciando a la custodia y se fue para no volver jamás. Ahora se dedica a obras benéficas y a organizar exposiciones de arte. Nos envía una postal todas las Navidades con una foto de su feliz familia.

Lexie lo miró horrorizada.

—Pero Will...

—Nunca se las he mostrado, no quería que supiese que había salido perdiendo al quedarse conmigo.

—¿Y lo has criado tú solo?

Dylan asintió con la cabeza sin borrar aquel brillo irónico que bailaba en sus ojos.

—Resulta difícil de creer, ¿verdad?

Lexie dudó una décima de segundo, pero enseguida decidió que si ese era su juego jugarían en igualdad de condiciones.

—Pues lo cierto es que sí —dijo cambiando su rostro afable por uno mucho menos simpático—. El recuerdo que tengo de ti no da pie a pensar que eso pudiera llegar a ocurrir.

—*Touché* —dijo sonriendo ahora sin ironía—. Tus hijas, en cambio, son encantadoras. Exactamente como el recuerdo que tengo de aquella pequeña con trenzas que solía esperar a mi hermano en el camino de casa.

¿Ahora se iba a hacer el simpático? ¡Tarde!

—¿Hay una artista en la familia? —preguntó Dylan—. Parecía que tus hijas buscaban lienzos y pinturas.

—Megan —respondió Lexie—. Hemos ido a comprar pinturas y lienzos para ella y algunas cosas que yo necesito para mi trabajo.

—¿A qué te dedicas?

—Hago álbumes de fotos para ocasiones especiales. Bodas, bautizos, vacaciones...

—Scrapbooking. Está muy de moda.

—Unos amigos tienen una tienda de regalos y venden mis álbumes. Tengo un par de encargos para este mes y debería empezar a trabajar ya si no quiero retrasarme.

—¿Y Owen a qué se dedicaba? Me gustaría saber de él.

Claro, ahora, podrías haberte interesado cuando aún respiraba.

—Tenía una tienda de bicicletas —dijo en voz alta.

—¿Bicicletas? —Dylan no pudo disimular su sorpresa.

—¿Qué tiene de raro?

—Mi hermano nunca demostró el menor interés por las bicis, tenía dos manos izquierdas y no cogía una herramienta ni aunque se la encontrase en el plato.

—Pues ya ves. La gente cambia.

—No quiero inmiscuirme en vuestras cosas, pero si necesitáis algo las niñas y tú...

—No necesitamos nada, gracias —dijo ella cortante y sin sostenerle la mirada.

Dylan no insistió.

—¿Vais a quedaros todo el verano con Cameron?

Lexie asintió.

—Me temo que sí —dijo aún sin mirarlo—. Quizá más tiempo.

—Entiendo.

Ella lo miró con dureza. ¿Qué entendía?

Después de eso hubo una larga pausa en la que Dylan sopesó decir en voz alta lo que rondaba en su cabeza.

—¿Alguna vez...? —suspiró sin poder acabar la frase.

—No hablaba mucho del pasado ni de vuestra vida —dijo ella—, pero sí, a veces se acordaba de ti. Se preguntaba cómo sería tu vida y esperaba que estuvieses bien.

—Seguro que me imaginó mil veces tirado en algún callejón cosido a navajazos o en prisión —dijo con dureza.

—¿Y te sorprende? —Lexie se cruzó de brazos apoyando la espalda en el respaldo de su silla y mirándolo ya sin imposturas—. Eras un auténtico delincuente.

Dylan la miró también con su verdadero rostro y Lexie tuvo que reconocerse a sí misma que parecía un tipo de lo más normal cuando se

quitaba aquella máscara hostil.

—Yo era el mayor y fui el que se marchó, pero, como bien has dicho, mi vida era un desastre y no quería perjudicarlo, por eso no me decidí nunca a llamarlo ni traté de verlo.

—Owen tenía miedo de buscarte —confesó Lexie con sinceridad—. Temía lo que pudiese descubrir.

—Ya. —Dylan asintió al comprender—. Lo entiendo.

—Aun así, nunca se olvidó de ti. Siempre decía que eras un capullo insoportable.

Aquella frase hizo que Dylan sonriera sincero y Lexie se contagió de esa sonrisa.

—Una vez me contó cómo tu padre te rompió el brazo por interponerte entre ellos. A pesar de lo que todos pensaban de ti, él te veía como un héroe.

—Hasta que me fui. —La dureza volvió a su expresión y Lexie sintió un escalofrío al ver aquella mirada fiera en sus ojos.

—Volviste para el entierro de tu madre —dijo Lexie con precaución, consciente de que se metía en terreno pantanoso.

—No quiero hablar de eso —dijo él con brusquedad.

—Lo siento, no pretendía...

—Volvamos ya —dijo poniéndose de pie.

—Dylan —lo detuvo Lexie—. Vamos a tener que vernos a menudo, necesito mucho material para trabajar y no he podido traerme nada de casa, así que voy a ser una clienta asidua de tu tienda. Creo que deberíamos establecer unas normas de comportamiento que no afecten a nuestros hijos.

Él la miraba con los ojos entornados.

—¿No has podido traerte nada?

Lexie negó con la cabeza esquivando sus ojos y con ese gesto Dylan tuvo toda la información que necesitaba para saber que las cosas no le iban nada bien.

—Por cierto —dijo ella cuando ya estuvieron en la calle—. ¿Tendrías algunas cajas de cartón usadas que pudieras venderme?

Capítulo 5

Lexie utilizó las cajas como improvisadas estanterías. Como eran todas de la misma medida las apiló unas sobre otras y las unió con cinta de carroceros. Después las niñas las pintaron y decoraron a su gusto y colocaron las cosas que había comprado en la tienda de Dylan y Will.

—¿Entonces Will es nuestro primo? —preguntó Amy después de dar por bueno el corazón que había pintado en un lateral de una de las cajas.

—Sí —respondió Megan organizando los objetos pequeños en una caja de zapatos—. Papá y el tío Dylan eran hermanos.

—¿Cuando uno se muere ya no es hermano del otro?

—Claro que sí —dijo la mayor—. Yo siempre seré tu hermana.

—Entonces ¿por qué dices que eran?

—Es una manera de hablar.

—El tío Dylan no se parece a papá.

—Sí se parece —dijo Megan terminando de colocar los *washi tape* en la caja de zapatos—. Los ojos de papá eran más claros, pero si miras al tío Dylan cuando no se da cuenta verás que tiene algo que recuerda a papá.

—Pues yo no lo veo —negó la niña.

—Yo tampoco —dijo Lexie interviniendo en la conversación—. No sé dónde poner los papeles decorados. Pesan demasiado para meterlos en la estantería que hemos hecho.

—Podrías dejarlos en esa repisa, de momento —dijo Megan señalando un saliente de la pared que parecía un asiento.

—Tienes razón. Buena idea.

Megan se acercó a la mesa de cristal en la que su madre había ido dejando el material que pensaba utilizar para aquel trabajo.

—Es un álbum de nacimiento, ¿verdad?

Lexie terminó de ordenar los papeles y después se reunió con su hija.

—Así es.

—¿Y ya sabes si va a ser niño o niña?

Lexie negó con la cabeza.

—¿Y cómo eliges el papel y la decoración?

—Mis álbumes no se caracterizan por ser los típicos: niño azul, niña rosa. Antes de entregarlo los papás ya suelen saber si será un niño o una niña y entonces coloco los últimos detalles, los más característicos que identifiquen al bebé. Su nombre, incluso.

Megan pasaba las hojas del álbum que había escogido su madre para aquel trabajo. Era un conjunto de papeles con motivos marineros y los tonos eran azules, *beige* y dorados.

—Son preciosos, mamá —dijo admirada.

—Sí lo son —confirmó Lexie—. Combinarán muy bien.

—¿Has pensado en lo que te dijeron Jack y Charles?

Lexie se mordió el labio al pensar que solo tenía un rollo de *washi tape* con cenefa dorada y eso no iba a ser suficiente.

—Cuando vuelva a la tienda de Dylan para recoger lo que le encargué no puedo olvidarme de traerme otro de estos. ¿Por qué pondrán tan poco?

—Mamá...

—¿Qué? ¡Ah, sí, la propuesta de los chicos! Sí, lo he estado pensando, pero no tengo ni idea de cómo se hace una Web.

—Podrías preguntar al tío Dylan, seguro que conoce a alguien que sabe hacerlas.

—Oye, no es mala idea —dijo Lexie y le tocó la punta de la nariz con un dedo—. Eres una niña muy lista, no sé a quién has salido. Una vez oí decir a mi padre que nuestra familia era originaria de Irlanda. Quizá tengas algún antepasado druida. ¡Claro, de ahí que seas tan sabia e inteligente!

Megan se rio divertida.

—¿Te imaginas, Amy? ¡Megan, la maga!

La pequeña de la familia se acercó riendo a carcajadas.

—¡Haz magia, Merlina! ¡Pon más pintura en mi bote que se me ha terminado!

La vida en casa de Cameron Quennell fue un completo torbellino durante las siguientes semanas. Las niñas llenaban todos los espacios con su parloteo despreocupado y su risa sincera y su abuelo no tardó en acostumbrarse a escucharlas desde su despacho mientras leía o escribía sus notas sobre algún

manuscrito. Lexie se encerraba muchas horas en la buhardilla a trabajar, pero siempre tenía un rato para pasear con sus hijas, ir a la playa o jugar a algún loco juego que inventaban.

Las niñas aprendieron a distraerse sin la constante atención de su madre y solían visitar a su primo a menudo, de manera que pronto se hicieron amigos. Will fue entonces el encargado de enseñarles los secretos del pueblo. Los mejores sitios para nadar, el bar donde hacían la mejor hamburguesa...

—¿Adónde vas, abuelo?

Lexie y las niñas estaban jugando a cartas en el porche. Faltaban un par de horas para cenar y hacía una tarde muy agradable.

—Hay asamblea —dijo Cameron atusándose el pelo.

—¿Asamblea? —volvió a preguntar Amy—. ¿Qué es una asamblea?

—Pues es una reunión, que hacemos todos los vecinos para tratar los asuntos del pueblo.

—Mamá, ¿podemos ir? Porfa, porfa, será divertido.

—¿Divertido? —dijo su madre sin entusiasmo—. Divertido es comerse un bocadillo ¿Qué tiene de divertido ver discutir a la gente? Porque eso es lo que hacen en esas reuniones.

—Siempre dices que debemos aprender de lo que nos rodea —dijo Megan parafraseándola—. ¿No crees que una asamblea vecinal es un buen lugar para aprender?

—Dios mío, ¿por qué seré tan bocazas? Está bien. —Se rindió poniéndose de pie—. Amy, tú coge las palomitas del armario de la cocina y tú Megan, tres refrescos de la nevera.

—Lexie... —Su padre la miraba muy serio y Lexie no pudo aguantar mucho rato sin romper a reír a carcajadas.

—¿Habéis visto la cara de Cameron? —dijo entre risas—. Dios, ha sido un poema.

Las niñas se rieron contagiadas por su madre, pero sin saber muy bien qué era tan gracioso.

—Vamos a ver, Stuart, cierra la puerta que hay corriente de aire —dijo Reece Elder.

—¿Corriente de aire? —dijo Stuart con aspecto de no estar de acuerdo—. Aquí dentro encerrados nos vamos a quedar sin oxígeno.

—Reece es el alcalde —susurró Lexie a sus hijas, que estaban sentadas una a cada lado. Cameron se había situado tres bancos hacia delante. Lexie estaba segura de que no quería estar cerca de ella por si lo avergonzaba—. Íbamos juntos al colegio.

—¿Y quién es ese Stuart? —preguntó Megan en el mismo tono.

—Pues solo sé que antes tenía una cafetería y dos hijos, mellizos, unos años más pequeños que yo, por lo que solo los conozco de vista.

Estaban en una sala del ayuntamiento que siempre se había utilizado para esas asambleas. Lexie observó aquellas paredes pintadas de amarillo. Estaba segura de que no habían recibido una mano de pintura en los años que ella había estado fuera. Las sillas también eran las mismas y recordó a Owen sentado a su lado y cuchicheando, como hacía ella ahora con sus hijas, inventándose historias al hilo de lo que allí se discutía. Sintió una punzada en el costado al recordarlo y se dio cuenta de que no se había permitido pensar en su marido desde su muerte. No podía hacerlo porque ello supondría enfrentar lo que había descubierto.

Se sacudió de nuevo aquellos pensamientos y miró a sus hijas con una sonrisa pícaro.

—Deberíamos haber traído palomitas —susurró.

—Al abuelo no le habría hecho ninguna gracia —dijo Megan.

—Mamá, ¿cuándo empieza lo divertido? —preguntó Amy.

—Lo siento, cariño, pero aquí no pasa nunca nada divertido.

—Bueno, el tema a tratar hoy es el asunto del tulipero de *Sad plantation* —dijo el alcalde—. Como ya sabéis todos, hemos decidido abrir un camino directo a la playa desde lo que fueron las tierras de Belinda Hamilton...

—Yo no lo sabía —susurró Lexie—. ¿Y vosotras?

Las niñas negaron aguantándose la risa.

—¿Quién es Belinda Hamilton, mamá? —preguntó Amy.

—Belinda fue una mujer que llevó ella sola una plantación con más de cien esclavos —susurró Lexie.

—El tulipero se halla justo en medio del trazado del camino —siguió Reece—. Según la orografía del terreno ese es el único lugar en el que puede construirse.

—Claro, y no tiene nada que ver que esté al lado de la casa de Adam —dijo un vecino, que por su aspecto habría pasado perfectamente por un cantante de *rock* alternativo.

—Nathan, ya sabes que hemos hecho un estudio exhaustivo, tú estuviste presente en las reuniones... —dijo el alcalde.

—Yo no tengo ningún interés en ese camino, pero sería difícil hacerlo sin que estuviese cerca de mi casa —dijo un señor de pelo blanco y complexión fuerte.

—Ese es Adam Cook —dijo Lexie—. Es el hombre más rico del pueblo. Ahora las tierras de Belinda son suyas.

—La cuestión es que si seguimos adelante con el proyecto, el tulipero debe «extraerse» —sentenció el alcalde.

—«Extraerse», qué manera más suave de decir que van a talarlo —dijo Lexie en tono normal dándose cuenta demasiado tarde que había resultado audible para todos.

—Bienvenida, Lexie —dijo Reece provocando que todos se volviesen hacia ella—. Talarlo es una de las opciones, pero estamos aquí para dirimir si hay otras.

Lexie sonrió incómoda, pero no dijo nada.

—Dejarlo donde está —dijo una señora de aspecto agradable y cierta edad—. No pasa nada porque tengamos que sortear el árbol para llegar a la playa. No creo que a nadie le moleste.

—¿Dejar el árbol en medio del camino? ¿Eso propones, Cynthia? —Stuart no parecía estar de acuerdo en eso.

—¿Por qué no? ¿Qué importancia tiene? Será un camino para viandantes.

—Pero alguna vez podemos necesitar recorrerlo con el coche...

Cynthia sonrió con expresión irónica.

—¿Y cuál sería la urgencia que demandaría ese supuesto? —preguntó la mujer—. Es un camino para los vecinos que tienen sus casas en esa zona y para que los turistas que visiten el museo de la plantación y luego quieran ir caminando hasta la playa con comodidad. Adam va a ceder parte de sus terrenos para ello.

—¡Qué generoso! —exclamó Nathan—. Como si no fuera el más interesado en que se conecte el museo con la playa.

—Tú también podrás utilizar el camino, Nathan —intervino Dylan con tono autoritario—, tus tierras están al lado de las de Adam. Seguro que a tus hijos les encantará poder llegar a la playa sin tener que dar el rodeo que han dado siempre. Sobre todo con niños pequeños.

El otro se movió incómodo en su asiento consciente de que tenía razón,

pero no lo reconoció en voz alta y se limitó a no seguir discutiendo.

—Podría hacerse algo en ese punto —siguió Dylan—. La glorieta de la plaza es un ejemplo de eso. La plaza se construyó para no tener que derribarla.

—Bien traído —dijo Reece asintiendo—. Es cierto, en 1934 hubo una asamblea en el pueblo para tratar este tema, algunos vecinos querían derribarla para dejar más espacio a los coches. Hay constancia escrita de ello.

—¿Queréis que hagamos una plaza en medio del camino a la playa? —Stuart negó con la cabeza—. No lo veo.

—No tiene por qué ser una plaza —dijo Dylan—. Podríamos poner un columpio, un par de bancos. La gente podría sentarse a descansar o a leer...

Dylan dejó que la idea fraguase en la mente de sus vecinos.

—Bien, lo mejor será que votemos —dijo Reece tomando la palabra de nuevo—. Serán dos votaciones. En primer lugar, votaremos si se hace o no se hace el camino a la playa. Los que estén de acuerdo en realizar el trazado desde la plantación hasta la playa que levanten la mano.

Lexie levantó la mano con entusiasmo y sus hijas la imitaron.

—Lo siento, Lexie —dijo Reece mirándolas—, pero vosotras no vivís en River Place y no podéis votar.

Las tres bajaron el brazo con expresión de disgusto. El alcalde contó los brazos y anotó la cifra en un papel. Los dos secretarios hicieron lo propio después de contar ellos mismos.

Solo tres personas no levantaron la mano, así que el recuento fue muy sencillo.

—Bien, una vez aclarado el tema del camino y en vista de que vamos a realizar esa obra, ahora votaremos qué hacer con el tulipero. Los que estén por encontrar una solución que permita mantenerlo donde está, que levanten la mano.

Lexie volvió a levantarla y sus hijas también. Reece se puso las manos en la cintura, inclinó ligeramente la cabeza y las miró con expresión irónica.

—Solo queremos dejar constancia de que no queremos que «extraigas» el tulipero —dijo Lexie bajando la mano—. No vivimos aquí, pero él sí y desde hace mucho. Probablemente es más viejo que ninguno de nosotros. A saber todo lo que nos podría contar ese tulipero si entendiésemos su idioma...

Megan tiró suavemente de su vestido para que parara. Todo el mundo la estaba mirando con aquella expresión con la que la miraban las madres de sus compañeras cuando se ponía a dar una de sus disertaciones en medio de una

reunión del colegio.

—Vale, ya me callo —dijo Lexie bajando la voz para que solo sus hijas la oyeran—, pero que conste que estaba defendiendo al pobre tulipero porque él no puede hacerlo.

—Bien, voy a contar los votos a favor de mantenerlo —dijo el alcalde.

—No has cambiado nada. —Reece se acercó a saludarlas una vez terminó la asamblea.

—Bueno, estoy más gorda y menos ágil —dijo ella sonriendo.

—Siento lo de Owen —dijo poniéndose serio—. Jessica me lo contó.

Lexie asintió pero no dijo nada y dejó que unas décimas de segundo en silencio finiquitaran el tema.

—¿Al final qué harás con el tulipero? —preguntó con curiosidad.

—Tendremos que pensarlo con calma —dijo Reece y viendo que Dylan se acercaba con su hijo lo incluyó en la conversación—. Estudiaremos las ideas de Dylan.

—Me parece que acaban de nombrarte director de la campaña: «salvar al tulipero» —dijo Lexie levantando el puño.

—Si pagan bien...

—Café gratis en todas las reuniones —dijo Reece sonriendo con simpatía—. Ahora en serio, espero que te apuntes al grupo de gestores, necesitamos tus ideas, Dylan.

—Ya sabes que no me gustan mucho estas cosas...

—No hablo de política, solo de gestión —dijo el alcalde—. Desde que volviste te has ganado un sitio en el pueblo. La gente te escucha.

Dylan torció una sonrisa demostrando que no compartía sus buenas expectativas.

—Hay unos cuantos que no estarían de acuerdo —dijo desviando la mirada hacia un grupito que hablaba cerca de la puerta.

—Stuart es el espíritu de la contradicción, ya lo sabes, y atrae a los que son como él que, por suerte, no son muchos —dijo Reece—. Tú piénsatelo y dime algo, ¿de acuerdo?

Dylan estrechó la mano que le ofrecía y asintió.

—Bueno, os dejo que Jessica debe estar esperándome con la cena.

—Dale recuerdos —dijo Lexie al despedirse.

—¿Qué os ha parecido la asamblea? —preguntó Dylan a las niñas.

—Un poco aburrida —dijo Amy.

—A mí me ha parecido interesante —contradijo Megan—. Es bonito ver cómo la gente se preocupa de un árbol. Recuerdo que nuestro vecino, el señor Hampsey, taló un enorme sicomoro porque decía que no le gustaba la sombra que daba.

—Estaba en su jardín —aclaró Lexie.

—Pero era un ser vivo —se lamentó Megan—, al menos debería haber tenido un defensor.

—Estoy de acuerdo —dijo Will—. No tenemos derecho a destruir algo solo porque no nos gusta.

—Dylan ha sido un buen abogado para el árbol —dijo Lexie sonriendo divertida—. Me han dado ganas de hacerme una camiseta y una pancarta para salir ahí fuera y gritar: ¡Salvar al tulipero! ¡Salvar al tulipero!

Varios de los vecinos que aún permanecían en la sala se giraron a mirarla, algunos como Stuart con expresión severa. Dylan la miraba con una ceja levantada y las niñas trataban de aguantarse la risa al igual que Will.

—Parece que mi manifestación no tendrá muchos adeptos —dijo Lexie encogiéndose un poco.

—Yo quiero una de esas camisetas —dijo el muchacho.

—Buen, chico. —Lexie levantó la palma de la mano para que la chocase—. Acabas de ganarte el primer puesto en la manifestación que recorrerá River Place. Tú llevarás la pancarta más grande. Y qué te parece si proponemos que pongan una placa con el nombre de tu padre en el banco para leer. Es buena idea, ¿verdad? O, mejor aún, podrían construir una glorieta con su nombre y dar conciertos de música clásica una vez al mes en su honor. ¿Qué opináis?

—¿Y si le ponen su nombre a la playa? —se unió Megan—. La *Dylan Beach*.

Lexie abrió la boca y los ojos mostrando su entusiasmo por esa idea.

—¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido a mí?

—Estás perdiendo facultades, mamá —dijo Amy.

Dylan los miraba a todos con el ceño fruncido y una expresión que parecía malhumorada.

—¿Os estáis burlando de mí?

—Un poco —dijo Will.

—Pero no te preocupes, tío Dylan —dijo Amy dándole unos golpecitos en el brazo—, no es nada personal.

—Ya te acostumbrarás, —dijo Megan.

Miró a su cuñada que se mordía el labio y encogió sus hombros con expresión inocente. Sonaba bien eso de tío Dylan.

Capítulo 6

Lexie no podía dormir. A pesar de escuchar el rumor del mar y de que la temperatura en su cama era agradable, no podía dormir. Se sentó en la cama y puso los pies en el suelo. Le gustaba caminar descalza, siempre le había gustado. Aquel suelo les resultaba agradable a sus pies. Hubo un tiempo, mucho después de haberse marchado de allí, cuando ya tenía a Megan, llegó a convencerse de que aquel suelo no tenía nada especial y que en realidad se trataba solo de hacer algo que sabía que molestaba terriblemente a Cameron. Él no soportaba que ella caminase descalza por la casa.

Se puso de pie para bajar a la cocina. No hay nada mejor que comerse un helado sentada en la cocina mientras todos duermen. Es como hacer novillos, como comerse el embutido y dejar el pan.

Entró con sigilo y casi grita al ver una figura amenazadora en mitad de la cocina. Se lanzó hacia el interruptor de la luz y se llevó una mano al pecho para comprobar que su corazón seguía latiendo.

—La próxima vez deja una piel de plátano en la entrada —dijo mirando a su padre con la expresión de alguien que ha visto salir una mano de debajo de la tierra—. Es un método mucho más sencillo de matar a alguien.

—Lo tendré en cuenta si quiero matar a alguien —dijo Cameron y mostrando su taza le preguntó si quería un té.

—Tranquilo, ya me lo preparo yo. —Abrió el armario y sacó la vieja caja de madera—. Aún tienes la caja.

—Cumple su cometido —dijo su padre de pie frente a la ventana mientras daba un sorbo de su bebida. Al ver que revolvía los sobres se giró a mirarla con el ceño fruncido—. ¿Qué buscas?

—No sé, pensé que tendrías algo más que té verde y té rojo. Me gusta el té de lavanda.

Su padre miró como si hubiese dicho que le gustaba la miel de pájaro.

—Me relaja —dijo ella a modo de explicación. Cuando sonó la

campanilla del microondas para decir que ya estaba el agua caliente, se rindió y tomó el primer sobre que estuvo a su alcance.

Con la bolsita ya dentro de la taza fue a sentarse en el saliente de la ventana que estaba en el otro lado de la cocina. No tenía ningún interés en pasar el rato con Cameron y no quería que se sintiese incómodo. Subió los pies y se abrazó a sus rodillas contemplando el mar a la luz de la luna menguante.

Su padre arrastró una silla y la colocó frente a ella. Después se sentó, con la taza entre las manos y la miró unos segundos con fijeza. Lexie trató de fingir que no se daba cuenta y siguió mirando por la ventana e ignorando su presencia.

—¿Vas a contármelo? —dijo Cameron al fin.

Lexie giró la cabeza para mirarlo. Ella no lo sabía, pero en esa posición parecía alguien muy vulnerable.

—¿Por qué estáis aquí? ¿Qué hizo Owen?

—Morirse —respondió con evidente cinismo.

—Sabes a qué me refiero. —Cameron estaba muy serio y la miraba como cuando la encontró fumando en el baño con doce años—. Creo que deberías contarme la situación, ya que me has involucrado en ella.

—No creo haberte involucrado en nada —dijo molesta.

—Estáis aquí.

—¿No te alegras de conocer a tus nietas?

—No estamos hablando de mí y de lo que a mí me alegra.

Lexie bajó los pies al suelo y lo miró sin dar crédito a su actitud.

—¿Quieres que nos vayamos? ¿Es eso? Puedes decirlo, estás en tu derecho.

—¿Tendríais a dónde ir?

Lexie apretó los labios, furiosa. ¿Cómo podía ser tan desagradable?

—Estoy en la ruina. ¿Eso es lo que querías oír? Pues ya lo sabes. No solo he perdido un marido, lo he perdido todo. No me dejaron sacar ni una sábana de mi casa, estuvieron vigilándonos mientras hacíamos las maletas para asegurarse de que no nos llevábamos nada.

—¿Y el coche?

—El coche es de Jack, que jamás conduce.

—¿Quién es Jack?

—Jack es el marido de Charles. Los dos son mis amigos, además de mis

jefes...

—¿Son tus amigos o tu jefes?

—Las dos cosas —dijo Lexie perdiendo la paciencia. Se puso de pie y lo miró con expresión de cansancio—. ¿De verdad vas a echarnos a la calle?

—Habrá que ir a la escuela para matricularlas —dijo Cameron ignorando su pregunta—. Y también habrá que ir a compraros ropa de invierno. No es que en River Place haga demasiado frío, pero desde luego no podéis ir por ahí en *shorts* y sandalias. ¿Tampoco te dejaron coger ropa de invierno?

—No pensaba quedarme tanto tiempo —dijo ella perdiendo el fuelle que le había dado el malhumor.

—¿Y qué pensabas?

El rostro de su padre mostraba una severidad que le erizó el vello. Debía pensar que era una absoluta fracasada.

—Será mejor que vuelva a la cama —dijo llevando la taza al fregadero. Después caminó hacia la puerta sin decir nada más.

—Debes pensar en esas niñas —dijo Cameron antes de que saliera—. Ellas no tienen la culpa de tus errores.

Lexie sintió deseos de volverse hacia él y gritarle que ella no había cometido ningún error. Que era una buena madre y una buena esposa, pero en lugar de eso salió de allí sin decir nada, subió las escaleras, se encerró en su habitación y una vez dentro de la cama se acurrucó y lloró como cuando era una cría. Había puesto papel en las paredes y ahora tenía una cama grande, pero nada había cambiado en el corazón de Cameron Quennell. Seguía siendo el mismo insensible cabrón de siempre.

—Solo será hasta que consigas ahorrar un poco de dinero —dijo Jack cuando habló con ellos por Skype y les explicó la situación.

—Es lo menos que tu padre puede hacer por ti —apuntó Charles—. Al menos te ahorras alojamiento y comida. De ese modo todo lo que ganes será para hacer hucha.

—¿Has pensado en lo de la Web? —preguntó Jack.

—No mucho —reconoció ella.

—Muy mal —la regañó Jack—. Los dos estamos seguros de que tus álbumes se venderían muy bien. Son muy vistosos y originales. Te podrían comprar desde cualquier Estado. ¿Sabes la proyección que eso tendría en tu

economía?

—Nosotros no nos quedaríamos con nada —aclaró Charles—, sería un negocio solo tuyo.

—Aunque queremos seguir vendiendo tus creaciones en nuestra tienda — se apresuró a decir Jack—, no nos borres de tu lista jamás, por favor.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Charles.

—No sé... —Lexie estaba sentada en su cama con las piernas dobladas y el cabello alborotado por haber estado jugando con las niñas—. Me da miedo volverme una amargada. Antes he discutido con Amy por una estupidez y me he puesto de lo más borde. Yo nunca he sido borde con ellas. Creo que este sitio me convierte en un gremlin.

—Que nunca ha sido borde, dice —dijo Jack mirando a Charles—. ¿Te acuerdas del día que entró en la tienda aquella mujer con el marido bajito? Anda que no fue borde con ella.

—¿Y el día que la señora Scot dijo que teníamos que devolverle el dinero porque se le rompió el perchero? —añadió Charles—. Aquel día tuve que meterme en la trastienda para no morirme de la risa.

Lexie se rio al recordarlo.

—Ella fue borde, no yo —dijo—. Yo solo le hice ver lo injusta que estaba siendo con vosotros.

—Lexie, querida, eres la persona más maravillosa del mundo... —dijo Jack.

—Y la más encantadora. Pero a veces es como si te poseyera el espíritu de la bordería.

—Vale, me ha quedado claro. No hagáis leña del árbol caído —dijo Lexie fingiendo tristeza.

—Habíamos pensado ir a verte —dijo Jack sin creerse su actuación—. Cuando hayas decidido quedarte y tengamos unos días de vacaciones.

—Ya sabes que nosotros no podemos cerrar en verano porque es una de las épocas de más trabajo, junto a Navidad —dijo Charles—. Pero no sé, para octubre o noviembre...

Los dos hombres se miraron y asintieron.

—Podríamos reservar en un hotelito de esos de playa. Son muy pintorescos —dijo Jack.

—Y si está frente al mar, mejor. Lo único imprescindible es que usen sábanas de algodón y que ofrezcan un buen desayuno —dijo Charles—. Ya

sabéis lo importante que es para mí el desayuno.

—¿El desayuno? —dijo Jack riendo—. Y la comida, y la cena y todo lo que tenga que ver con alimentar tu estómago.

—No me estarás llamando gordo, ¿verdad? —Charles se estiró hasta que pudo mostrar un estómago casi plano.

—Querido, esa curva es la más hermosa que he visto —dijo Jack sonriendo—, sabes que adoro esos abdominales recubiertos de felicidad.

Lexie sintió una repentina efusión de amor hacia aquellos dos maravillosos seres humanos que tanto le habían dado desde que se conocieran diez años antes en el aparcamiento del supermercado. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se tapó la boca con las manos para tratar de contenerse.

Jack separó sus labios de los de su marido.

—¿Qué hemos dicho, niña? —dijo inclinándose hacia a la pantalla—. ¿Por qué lloras?

—Os echo mucho de menos —dijo ella riendo y llorando a la vez—. Muchísimo.

—¡Oh, Lexie! Nosotros a vosotras también. Es como si nos hubiésemos quedado huérfanos de repente —dijo Charles.

—Nuestra casa está de lo más tétrica desde que no vienen las niñas —dijo Jack—. Ya no nos apetece ni bañarnos en la piscina. Está ahí, muerta de asco.

Lexie se limpió las lágrimas y amplió su sonrisa.

—Nunca te ha gustado la piscina, Jack.

—Nunca —corroboró él—, pero por las niñas hago lo que haga falta, incluso bañarme en un cuenco a la intemperie aun a riesgo de ser contaminado con toda clase de sustancias, orgánicas e inorgánicas.

Lexie soltó una carcajada.

—¿Qué tal tus pastelitos, Charles? —preguntó cuando pudo hablar.

—Ahí sigo, investigando para encontrar el sabor perfecto. Mis creaciones siguen siendo muy hermosas, pero su sabor no alcanza la excelencia que busco.

—Lo conseguirás, estoy segura.

—¿Qué tal tus vecinos? —preguntó Jack—. ¿Ya se han acostumbrado a tu presencia?

—No me relaciono mucho con nadie —respondió Lexie—. He visto a Jessica unas cuantas veces en su cafetería y hemos charlado sobre cosas de madres, ya sabéis. Me ha invitado a cenar alguna vez, pero no concreta nada y

yo me hago la loca, así lo voy sorteando.

—Tienes que socializar —dijo Jack a lo que Charles asintió—. No puedes encerrarte en esa casa a trabajar y solo salir con las niñas.

—Mañana hemos quedado para ir de excursión con Dylan y Will —dijo sonriendo—. ¿Eso se considera socializar?

—¿Qué tal es ese Dylan? —preguntó Charles frunciendo el ceño—. Jack y yo no tenemos claro qué opinión tenemos de él.

—Pues... —Lexie pensó un momento antes de responder—. Lo cierto es que aún no tengo una opinión clara sobre él. Es el hermano mayor de Owen y cuando yo lo conocía era un gilipollas violento y pendenciero que siempre estaba metiéndose en líos. Pero para Owen era poco menos que su ídolo porque lo protegía de su padre y se llevaba siempre todos los golpes. Hemos hablado un par de veces y se ha mostrado un poco arisco conmigo, pero parece que se esfuerza en ello, no sé...

—El padre de Owen era muy violento —dijo Charles como si eso lo explicase—. Tu marido no solía hablar de aquello, pero alguna vez se le escapaba algún comentario que te ponía el vello de punta.

Lexie asintió.

—Owen decía que Dylan se había estado llevando la peor parte, que lo comprendió cuando se marchó y tuvo que enfrentarse a Ethan él solo.

—Si creces recibiendo golpes —dijo Jack—, aprendes a resolver todos tus asuntos a golpes. Es normal que fuese un pendenciero.

—¿Y cómo es que ha vuelto a River Place? —preguntó Charles con curiosidad.

—No lo sé —dijo Lexie pensativa.

—¿Y vive en la casa de su padre? —preguntó Jack.

—Sí. Aunque no me he acercado por allí —dijo con expresión de horror—, era una casa horrible que se caía a pedazos y con una parcela en la parte de atrás, seca y muerta, que más parecía un antiguo cementerio que un jardín.

—Supongo que la habrá arreglado, si vive ahí con su hijo —dijo Charles.

Lexie se encogió de hombros. Le importaba más bien poco. Bastante tenía con sus propios problemas familiares como para inmiscuirse en la vida de los demás.

—Ten cuidado con él, Lexie —le advirtió Charles—, los hombres así solo traen problemas.

—Tranquilo, pronto me marcharé de aquí y me olvidaré de los McWinnell,

los Quennell y la madre que los parió a todos.

Los dos amigos se echaron a reír.

—Echamos mucho de menos tu ácido sarcasmo, niña. ¿Verdad, Jack?

—Entre otras cosas —admitió su marido—. Por cierto, el álbum del pequeño Arthur ha sido un éxito total. Tendrías que haber visto la cara de su abuela, estaba que no daba crédito a lo que habías hecho.

—¿Les ha gustado que utilizase motivos *vintage*? ¿No les ha parecido un poco... antiguo?

—¿Bromeas? —dijo Jack gesticulando al tiempo que hablaba—. Su madre hace fotografías con una *réflex* y su padre es un amante del cine de los años 30. Les ha parecido maravilloso.

—Esos son los motivos por los que me decidí a utilizar ese estilo.

—Pues has acertado de pleno. ¿En qué estás trabajando ahora?

—Ah, no. No vais a sonsacarme —dijo riendo—. Sabéis que me gusta sorprenderos.

—Seguro que lo consigues sin mucho esfuerzo —dijo Charles—. No como yo con mis pastelitos.

—Tus pastelitos son deliciosos, Charles, eres demasiado perfeccionista. Y ya sabes cuál es mi lema.

—«Lo suficientemente bueno para estar orgulloso, pero no tan perfecto como para no acabarlo nunca» —parafraseó su amigo.

—Exacto —dijo ella chasqueando los dedos.

—Eres sabia, amiguita.

—Os quiero.

—Y nosotros a ti —dijeron los dos al tiempo.

—Dile a las niñas que nos llamen —pidieron antes de colgar.

Lexie cerró la tapa del portátil de su padre. Echaba de menos su ordenador. Y su casa. Incluso echaba de menos a Owen. Al Owen que creía suyo. Se dejó caer en la cama y se quedó mirando al techo.

—¿Y qué Owen era ese? —dijo en voz alta.

Pensó en la última vez que hicieron el amor. Fue solo un par de semanas antes de que su mundo perfecto se desmoronara. No eran como esas parejas que se ven en las películas o en las series de televisión. Esas que viven el sexo como una atracción en un parque de atracciones. Su relación era más calmada, más serena, pero no menos apasionada. Habían bajado el ritmo, podían pasar dos semanas sin contacto sexual, pero cuando lo hacían

disfrutaban, de eso estaba segura.

¿Cómo podía estar con las dos a la vez? ¿Qué pensaba mientras se metía dentro de ella mirándola a los ojos? Porque a Owen le gustaba mirarla a los ojos. Sintió aquel dolor sordo y seco que la atravesaba como un puñal cada vez que se dejaba pensar en él. Se sentó de nuevo en la cama y apartó el ordenador de sus piernas para poder estirarlas y bajar los pies al suelo. Se sacudió la rabia y se prohibió pensar más en eso. Tendría que hacerlo. Algún día, pero aún no estaba preparada para ello. Antes que nada era madre y, como bien había dicho Cameron, sus hijas no debían pagar por sus errores. Aunque su único error fuese haber confiado en el hombre que le había jurado amor eterno en un hotel de carretera de Richmond.

Capítulo 7

—¿De verdad es seguro? —Lexie no quitó ojo a sus hijas que se alejaban de ellos por un sendero, guiadas por Will.

—Puedes estar tranquila. Llegarán a la misma playa a la que os hemos llevado al llegar. Todos los caminos llevan a esa playa y ya has visto que era amplia y segura. —Dylan estaba montando una mesa plegable con bancos a los lados—. Estaría bien que me echaras una mano con esto.

Lexie se volvió y al darse cuenta de que estaba forcejeando con la mesa corrió a ayudarlo.

—Gracias —dijo él cuando la hubieron montado—, nunca se me han dado bien estos cacharros.

Lexie lo miró con la cabeza ligeramente inclinada como si quisiera ver más allá de lo que él quería mostrarle.

—¿Venís mucho por aquí Will y tú? —preguntó.

—Ahora, bastante —respondió empezando a sacar la carne del maletero.

Durante la mañana habían paseado, habían visto una serpiente, una tortuga y una charca con renacuajos y Lexie tuvo más que suficiente para darse cuenta de que entre Dylan y Will pasaba algo.

Dylan la miró pensativo, como si buscara el modo de eludir el tema, pero con aquellos expresivos ojos clavados en él y esa perspicacia natural que brotaba de todos sus poros, supo que con Lexie no tenía nada que hacer.

—Hace un mes Will descubrió las postales que nos envía su madre todos los años —dijo poniéndose las manos en la cintura y doblando ligeramente una rodilla con pose algo chulesca y mirada asqueada.

Lexie asintió. Tenía que pasar. No se les puede esconder nada.

—Creí que lloraba porque se sintió... ¿cómo decirlo? ¿Decepcionado de ella? ¿Asqueado? —dijo con rabia—. ¡Pero no! ¡Era conmigo con quién se enganchó! Me dijo que no tenía derecho a ocultárselo, que ella era su madre y que si enviaba una postal para felicitarle la Navidad quería saberlo.

Lexie era consciente de que acababa de descorchar una botella y que las burbujas habían estado demasiado tiempo contenidas.

—¿En serio? ¿De verdad eso era una reacción aceptable? Traté de explicarle por qué se lo oculté, le dije que creí que se sentiría dolido con ella. Pero no, me dijo que el único con el que estaba dolido era conmigo porque era yo el que le había mentado. —Estaba realmente enfadado—. Que era yo el que no aceptaba las cosas como eran. Que ella simplemente le había mostrado su vida, sin tapujos, y la respetaba por ello.

Lexie era capaz de comprender lo mucho que debió dolerle aquello. No quería ni pensar que algo así le hubiese pasado a ella en caso de que Owen aún siguiese vivo y se hubiese ido a vivir con Ruby para formar una nueva familia. Habría sido insoportable.

Dylan esperaba que dijese algo, pero al ver que no lo hacía dio el tema por zanjado y empezó a preparar la parrilla en la que iba a asar la carne. Colocó el carbón vegetal y sacó un hatillo que puso encima para encenderlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Lexie acercándose.

—Cera y paja —dijo él encendiéndolo para que empezara a arder el carbón cuanto antes.

—¿Tenemos que poner la carne enseguida?

—No. Hay que esperar a que se hagan las brasas. La carne se cocina con ellas, no con el carbón. Si la pusiéramos ahora la comida cogería sabor a humo y no te gustaría.

Dylan trajinaba sin mirarla y Lexie era consciente de que estaba enfadado con ella por su falta de interés en lo que le había contado. Pero no iba a meterse en aquel jardín. No lo conocía lo suficiente y no tenía ninguna intención de buscar más líos familiares. Sabía que era muy mala idea salir de barbacoa con ellos.

—Empieza a aliñar la carne. Ahí tienes todo lo necesario —dijo Dylan señalando el paquete que había dejado sobre la mesa—. Ponle sal, pimienta y especias.

¿Se cree que no sé lo que significa aliñar la carne? Pensó Lexie que empezaba a cabrearse.

—He traído las verduras preparadas —dijo señalando la bolsa que aún estaba en el maletero para que él la sacara.

—Muy bien —respondió él sin moverse

—¿No piensas sacarlas? —preguntó con mal talante.

—El maletero está abierto —dijo él sin mirarla.

Lexie apretó los labios para no decir nada y soltó las especias que estaba esparciendo por encima de la carne para ir a sacar las verduras. Era mejor poner la verdura en un lado de la parrilla para que la carne no ocupara todo el espacio y luego las verduras se impregnaran del sabor a carne. Ella no había hecho barbacoas, pero cocinaba a la plancha que para el caso...

—Cuando las ascuas estén listas pondré las verduras en este lado para que no cojan el sabor de la carne —explicó Dylan.

—Tú eres el experto.

Lexie siguió aliñando la carne y mientras trabajaba su ánimo se calmó y empezó a pensar con claridad en lo que había pasado. Dylan se había abierto a ella, por primera vez se había comportado como una persona normal y había hablado de Will y de sus problemas con él. Miró hacia el sendero deseando que los niños aparecieran.

Cuando tuvo toda la carne aliñada y las verduras preparadas para ponerlas en la parrilla se volvió hacia Dylan y clavó los ojos en su espalda sin decidirse a hablar.

—Entiendo cómo te sientes —dijo al fin.

Dylan se giró sorprendido.

—Tengo dos hijas —siguió Lexie— y sé que me dolería horrores que reaccionarán como lo hizo Will.

Dylan se acercó a ella, apartándose del fuego.

—Según tú, ¿qué tendría que haber hecho?

Lexie negó con la cabeza.

—No tengo una respuesta para eso, Dylan. No creo que la haya. Creo que tu intención era buena y que en algún momento tu hijo se dará cuenta. Quizá no valoraste su personalidad. Will no es un chico como los demás, eso es evidente, es inteligente y maduro, mucho más maduro de lo que sería normal a su edad. —*No entiendo cómo puedes haberlo criado tú solo*, se dijo—. Supongo que esperaba que se lo contarás, que le demostrases que confías en él.

—Pensaba hacerlo estas Navidades —aseguró él—. Iba a esperar a que llegara la tarjeta de este año.

Lexie lo miró entornando los ojos y cruzó los brazos delante del pecho dejando que su mente navegara por sus recuerdos.

—Sé lo que pretendías. Lo que pretendemos todos los padres: parar el

golpe. Recuerdo cuando llevaba a mis hijas al parque a jugar. Megan tenía cuatro años más que Amy y podía hacer cosas que su hermana pequeña no podía. Aun así, Amy se empeñaba en imitar a su hermana sin entender los peligros que eso acarrearía. Una y otra vez traté de explicarle lo que ocurriría, pero, una y otra vez, ella insistía en seguirla. Yo hacía lo que haría cualquier madre, la cogía y me la llevaba de allí a pesar de sus pataletas y llantos. Hasta que un día dejé que ocurriera. No fue un hecho fortuito o descontrolado, calculé que no hubiese verdadero peligro. Me hice la despistada y dejé que creyera que había sido más lista que yo. Se cayó y se hizo una rozadura en la rodilla. Lloró mucho y me pidió perdón por haberme desobedecido.

—¿Y no volvió a intentarlo?

Lexie sonrió abiertamente.

—Por supuesto que lo intentó. No cambió ni un ápice en cuanto a querer hacer todo lo que hacía Megan, pero cuando yo le decía lo que podía pasar sabía que debía tenerlo en cuenta, que no pretendía fastidiarla sin jugar. Eso la hizo más astuta y más consciente del peligro. El año pasado para su cumpleaños le expliqué la verdad y le confesé que todo fue un plan maléfico. —Hizo una pausa dramática—. Pero también le dije cuáles habían sido mis motivos y que solo pretendía evitarle un verdadero daño.

—¿Y lo entendió?

Lexie asintió con la cabeza.

—Y Will también lo entenderá, aunque no se lo contaras tú. Lo importante es que cuando hables con él seas sincero, no pretendas excusarte ni protegerte. Cuéntale tus verdaderos sentimientos, tus miedos...

Dylan frunció el ceño.

—Dile que no solo temías por él, también por ti. No querías que pensara que habría sido más afortunado de haber dicho tú que no querías quedarte con él cuando ella te preguntó.

—¿Cómo sabes tú eso?

Lexie sonrió.

—Eres más transparente de lo que crees —dijo.

—No me gusta hablar de estas cosas —dijo él dándose la vuelta hacia la barbacoa y moviendo el carbón para comprobar si ya estaba en el punto óptimo.

—Esto ya está listo.

—Había un perro precioso —decía Amy sin soltar el hueso de la costilla que se estaba comiendo—. Se llama Hasty y era muy juguetón.

—Veo que lo habéis pasado en grande —dijo Lexie poniendo verdura en el plato de los niños.

—La pena es que no hayamos podido bañarnos —dijo Will—. Las olas eran enormes.

—Había varios surferos —dijo Megan asintiendo con la cabeza.

—Mi padre monta muy bien las olas —dijo Will.

—Pero es muy aburrido hacerlo solo —dijo Dylan.

—¿A ti no te gusta, Will? —preguntó Lexie.

—No —negó el muchacho—, no quiero fastidiarme los dedos y no poder volver a tocar.

Lexie miró a su padre con expresión admirada.

—Pero este chico, ¿cuántos años tiene?

—Creo que el próximo año cumple los setenta —dijo Dylan con expresión concienzuda—. He pensado regalarle un andador, ¿qué opinas?

—Bueno, ahora hay unas sillas con motor que son una pasada.

—Muy agradables —dijo Will burlándose.

—A mí me gustaría aprender —dijo Amy con timidez mirando a su tío.

—¿En serio? —Dylan parecía entusiasmado.

—Es muy pequeña —dijo Megan.

—¡No! Tiene la edad perfecta para empezar. Si tu madre te deja yo estoy dispuesto a enseñarte.

—Mamá, mamá, porfa, porfa, porfa...

Lexie miró a Dylan con semblante asesino.

—No hay ningún peligro —dijo él—. Al menos por el momento. Otra cosa es si le gusta y sigue practicándolo. Es como todos los deportes.

—A Amy se le dan muy bien los deportes, es muy activa y muy ágil —dijo Megan.

Lexie miró a su hija con los ojos entrecerrados.

—Traidora —dijo fingiendo enfado.

—Mamá, porfa, no seas así. Me gustaría muchísimo aprender y el tío Dylan está dispuesto a enseñarme.

—Muy dispuesto —dijo él y al ver que volvía a mirarlo con aquellos ojos levantó las manos en señal de rendición y cerró una imaginaria cremallera en su boca.

—Lo pensaré —dijo Lexie mirando a su hija pequeña—. Y es mi última palabra.

—Pero...

—No —hizo un gesto para que no insistiera.

—Mamá.

—Hey —la silenció—. He dicho que lo pensaré. Si me obligas a decidir ahora será un rotundo no.

—Amy —intervino Dylan tratando de mostrarse serio—. Dejemos que tu madre se haga a la idea antes de pedirle una respuesta.

La niña asintió a desgana y él le guiñó un ojo con disimulo al tiempo que se levantaba de la mesa.

—Y ahora, ¿qué os parece un partido de fútbol? —preguntó Dylan acercándose al maletero del coche y sacando una pelota.

—Yo me quedo recogiendo —dijo Lexie empezando a tirar las sobras en una bolsa de basura.

—De eso nada. —Dylan colocó la pelota en el suelo y se apresuró a ayudarla—. Vamos, chicos, esto nos lo ventilamos en nada.

—Yo no sé jugar a fútbol —dijo Lexie por lo bajo.

Dylan mostró una sonrisa que transformó su rostro.

—Así que estabas tratando de escaquearte —susurró también—. Te voy a hacer sudar.

Lexie entrecerró los ojos con mirada asesina y Dylan soltó una carcajada.

—Lo hemos pasado muy bien —dijo Lexie frente a la puerta de su casa.

Las niñas habían entrado corriendo para ir al lavabo.

—¿Quieres que te ayude a entrar todo eso? —preguntó Dylan señalando las bolsas que Lexie había cogido del maletero.

—¿Crees que no puedo con unas fiambreras vacías y algunos cacharros? —preguntó altanera—. ¿No has tenido bastante con el gol que os he metido a ti y a tu equipo?

—Vosotras erais tres y nosotros solo dos —dijo Dylan poniéndose las manos en la cintura.

—Y no respetabais las reglas —dijo Will desde el asiento del copiloto.

—¡Oye! —exclamó Lexie inclinándose para sortear a su padre y poder mirarlo—. Creía que éramos amigos.

Will sonrió y Lexie asintió satisfecha. Se dio la vuelta para dirigirse a la

casa.

—Esto no quedará así —dijo Dylan dando la vuelta al coche—. Nos debéis una revancha y esta vez sin hacer trampas.

—La, la ra la la la —cantó Lexie sin mirar atrás.

Dylan y Will la vieron entrar en la casa antes de poner el coche en marcha.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó el padre.

Will asintió sin dejar de mirar hacia el porche.

—Son majas —dijo.

Dylan asintió al tiempo que daba la vuelta a la llave. Mientras se alejaban de la casa de Cameron los dos pensaron que era agradable tener familia.

—... y el tío Dylan se ha ofrecido a enseñarme a surfear.

—Amy... —Lexie miró a su hija con severidad.

Estaba en medio de la cocina hablando con su abuelo.

—Bueno, mamá se lo está pensando —dijo con un mohín.

—Exacto —dijo su madre subiendo las bolsas y dejándolas en una de las encimeras de la cocina—. Y quedamos en que no hablaríamos de ello hasta que haya tomado una decisión.

—El abuelo me preguntó cómo había ido el día —se excusó la niña.

Lexie la miró incrédula.

—Ve a lavarte los dientes y a darte una ducha —ordenó con una sonrisa—.

Lo has pasado muy bien, ¿verdad? —La niña asintió sonriendo—. Pues no lo estropeemos.

—Megan está duchándose —explicó.

—Vale, pues en cuanto salga vas tú.

La niña se alejó corriendo y su madre comenzó a sacar los recipientes de las bolsas.

—Esto no es nuestro —dijo desconcertada con varias fiambreras en la mano—. Me he traído las cosas de Dylan.

Se encogió de hombros. Lo lavaría todo y se lo llevaría, aunque no le apetecía nada volver a ver la horrible casa de los McWinnell.

—Ojalá tuvieras un lavavajillas —dijo mirando a su padre.

—¿Para qué quiero un lavavajillas? No podría llenarlo nunca. Sería un derroche de agua.

—¿Sabes que es mucho más ecológico que lavar a mano? Se gasta mucha más agua con el método tradicional. Hay lavavajillas más pequeños.

—Amy estaba muy contenta —dijo Cameron cambiando de tema.

Lexie siguió trajinando mientras hablaban.

—Will es un buen muchacho. Es trabajador y toca el piano de maravilla...

Lexie se volvió a mirarlo con expresión desconcertada.

—No me lo puedo creer —dijo—. ¿Qué ha sido de «no te acerques a los McWinnell»?

Cameron suspiró y se apartó el cabello que le cayó frente a los ojos al bajar la cabeza.

—Will no tiene nada que ver con aquello...

—¿Que no tiene nada que ver? ¡Dylan es su padre!

—Dylan ha cambiado mucho.

—Cameron... la gente no cambia. ¿No era eso lo que me repetías una y otra vez? «La gente no cambia, Lexie, solo aprenden a ocultar su verdadera personalidad. Nada más».

Cameron se dio la vuelta y salió de la cocina sin responder. Lexie apretó los labios sintiéndose impotente. No quería discutir con él, pero no podía evitarlo. Sabía que estaba en su casa y que la estaba ayudando, pero había momentos en los que el pasado se volvía tan presente que no podía obviarlo. Como en ese momento.

Se apoyó en el fregadero y respiró hondo varias veces para recuperar la calma. Debía pensar en sus hijas, solo en ellas. Cogió el salvauñas y comenzó a fregar los cacharros.

Capítulo 8

Parecía una casa de muñecas, con el tejado a dos aguas y las paredes de madera pintadas de un color crema mate. Parecía acogedora, a pesar de ser tan pequeña, y Lexie no podía borrar su expresión de asombro mientras la contemplaba parada a unos cuantos metros.

No podía creer que estuviese ante la que había sido la casa más tétrica y fea de todo River Place.

La puerta batiente se abrió y Dylan salió al porche con expresión de fastidio.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día? —preguntó.

Lexie se acercó llevando varios recipientes en las manos y sin poder borrar la sorpresa de su rostro.

—Tengo a Will en mi casa y mis hijas no me hacen ni caso cuando está él, así que he decidido aprovechar para traerte estas cosas que me endosaste para que lavara.

—Nadie te dijo que las lavaras —dijo él sonriendo con ironía.

—¿Lo has hecho todo tú? —preguntó Lexie ignorando su comentario borde.

—¿Podrías ser más concreta? Me temo que he hecho muchas cosas en mi vida.

—No seas imbécil. Sabes que me refiero a la casa. Es increíble, no se parece en nada al lugar que yo recordaba.

—Sí, lo he hecho yo. Will ha ayudado un poco, pero no demasiado —dijo aguantándole la puerta para que entrase—. No le van mucho los trabajos que implican herramientas punzantes o susceptibles de aplastar dedos.

El interior de la casa resultaba tan sorprendente como el exterior. Era pequeña, pero habían sabido aprovechar hasta el último rincón para dotarlo de utilidad y belleza.

—¿Te gusta? —preguntó Dylan.

—¡Me encanta! —exclamó ella—. No sabes lo que me gustaría tener una casa como esta.

—Es pequeña. Las niñas y tú estaríais un poco apretadas. Además, no hay lugar para un taller. Tú necesitas una casa como la de Jonas Tighe.

Lexie frunció el ceño tratando de recordar quién era.

—Sí, mujer, el viejo Jonas, el que solía sentarse a fumar en el porche en su mecedora y cantaba viejas canciones *country*.

—¡Ostras, sí! No me acordaba de él —dijo ella pensativa—. ¿Qué pasa con su casa?

—Murió hace un par de años, poco después de que yo me instalara aquí. Desde entonces su casa está vacía. River Place es un pueblo pequeño y no hay mucha gente que quiera mudarse aquí. —Sonrió al ver que Lexie levantaba una ceja—. Imagino que tú estás entre esa gente que no quiere mudarse.

—No tengo intención de vivir cerca de Cameron —dijo soltando las fiambreras sobre la mesa de la cocina.

—Veo que sigues llamándolo por su nombre.

—¡Tienes lavavajillas! —se acercó al electrodoméstico—. ¿Puedo?

—Adelante, mira todo lo que quieras —dijo él indiferente.

—Es de los pequeñitos, me encanta. Le he dicho a Cameron que se compre uno, pero no creo que me haga ni caso. —Cerró la puerta del electrodoméstico con cuidado y se volvió hacia Dylan—. Bueno, me voy a marchar, solo he venido a traerte tus cosas. Fuiste muy astuto al «olvidártelas». Si llego a saber que tenías lavavajillas no las habría fregado a mano.

—Siento que te hayas tomado una molestia que no te pedí —dijo él con cinismo.

—Eres demasiado borde —dijo ella frunciendo el ceño—. Es difícil no mandarte a la mierda, ¿sabes?

—Creía que estaba siendo simpático.

—¿En qué planeta? Será en uno muy muy lejano.

—Está bien —dijo él acercándose a la nevera—. Me esforzaré más. Ahora mismo voy a sacar una deliciosa tarta de zanahoria y te prepararé un café como compensación por lavarme unas fiambreras. Y no mencionaré que tengo lavavajillas.

—Tarta, ¿eh? Mmmm, creo que me dejaré sobornar —dijo ella sentándose a la mesa.

—La tarta de zanahoria, mi especialidad.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el perverso Dylan McWinnell?

—Ser padre y madre a la vez conlleva una gran responsabilidad —respondió él de espaldas—. No fue fácil, pero tampoco tenía a nadie a quien pasarle el muerto.

—Solo Dylan McWinnell llamaría muerto a un bebé —dijo ella burlándose.

Dylan giró la cabeza para mirarla por encima de sus grandes hombros. Lexie ya había comprobado lo fuerte que era cuando jugaron a fútbol. Había tratado de empujarlo varias veces sin conseguir que se moviera un ápice. En cambio, él podía levantarla del suelo como si fuese una pluma. Además, tenía un cuerpo perfectamente proporcionado, que ella había visto cuando se quitó la camiseta y se quedó en bañador. Se arrugó la camiseta a la altura de la cintura al recordar el mal rato que había pasado tratando de esconder su incipiente barriguita fruto de lo mucho que le gustaban los dulces.

¿En serio se estaba preocupando por lo que Dylan McWinnell pensara de su físico? Se dio una colleja mental y dejó caer los hombros. ¿En qué estaba pensando? Solo era el hermano de Owen.

Owen, tu marido, ¿recuerdas? El que iba a dejarte por otra más joven...

—Sé generoso —dijo al verlo acercar el cuchillo a la tarta para servirle un pedazo—. Tengo un hambre atroz. Siempre tengo un hambre atroz cuando se trata de tarta de zanahoria. No pensarás que estos kilos que me sobran los he conseguido comiendo espinacas, ¿verdad? —dijo pellizcándose la barriga para dejar constancia.

Dylan parecía sorprendido.

—Resulta agradable encontrar a una mujer que no está pensando en cuántas calorías tiene todo lo que come —dijo sincero.

—Ya, claro —dijo Lexie cogiendo una porción de pastel con su tenedor—. Como si a los tíos no les gustasen las mujeres que no tienen un gramo de grasa y lucen perfectas en ropa interior.

Dylan puso un pedazo de tarta en su plato y se sentó frente a ella.

—Keira, mi exmujer —aclaró antes de continuar—. Siempre se preocupó mucho por su aspecto. De hecho, ahora tiene casi cuarenta años y en esas postales que nos manda parece que va rejuveneciendo un poco más cada año. Si sigue así, cuando yo cumpla los setenta ella será un bebé.

San Photoshop, iluso, san Photoshop —dijo Lexie mentalmente.

—Quizá ese fue uno de los motivos por los que lo nuestro no funcionó —

dijo pensativo—. Nuestros gustos no tenían nada que ver. A mí me gusta mucho la naturaleza, soy bastante salvaje y la pasión de Keira eran los vestidos de cóctel y los zapatos, cuanto más altos, mejor. Es difícil salir de excursión o subir una cima con unos tacones de catorce centímetros.

—¡Dios! Amo los zapatos de tacón —dijo Lexie poniendo los ojos en blanco—, pero sobre todo amo esta tarta ¡está deliciosa! Me muero de envidia cuando veo a esas mujeres elegantes, con esos tacones de infarto, caminando como si fueran en zapatillas. Hubo un tiempo en el que Owen quiso que usara tacones, me regaló unos cuantos pares. Ahora que lo pienso, fue el año pasado... Cuando Ruby se presentó en mi casa llevaba unos taconazos...

Demasiado tarde. Se dio cuenta demasiado tarde. Ahí estaba, esa expresión de reconocimiento, de entender la ecuación y su solución. Dylan bajó el tenedor y la mirada un instante. Estaba claro que trataba de ocultar su lástima. Pero la lástima no puede ocultarse, es como el aceite, se extiende sin remedio y lo pringa todo. Tus hombros, tu pelo, todos tus movimientos absorben esa lástima y la lanzan contra el otro como la cuerda de un látigo. Lexie sintió las puntas de ese látigo clavándose en su carne. Ahora Dylan la miraría de otro modo. Juzgaría su físico, cada error que cometiese, cada estupidez en la que la pillase sería un motivo que justificase que Owen se buscara a otra. Una que podía caminar con tacones de catorce centímetros como Keira, esa bruja devota del Photoshop. ¡Dios! ¿Por qué había tenido que bromear con su barriga?

Apartó el plato de tarta muy despacio. De repente ya no le apetecía comérsela. Dylan soltó el tenedor y empujó el plato de nuevo hacia ella.

—Mi tarta no tiene la culpa —dijo mirándola—. Ella no te conocía cuando todo eso pasó. Ha tenido que sufrir mucho para llegar hasta aquí y no se merece que la castigues por lo que hicieron otros. Siento decírtelo, pero Owen nunca fue muy listo. Recuerdo que me comía sus golosinas y siempre me creía cuando le decía que era la familia de ratones que vivían en el techo quien se las llevaba.

Lexie no pudo evitar sonreír a pesar de que tenía los ojos húmedos.

—Me habría gustado verte jugar al fútbol con esos tacones —dijo Dylan metiéndose una enorme porción de tarta en la boca sin dejar de hablar—, entonces Will y yo sí hubiésemos ganado.

Tenía una pinta muy divertida con los mofletes hinchados y tratando de que se le entendiera al hablar.

Después del segundo café y ya con los platos de tarta vacíos Lexie había terminado de contarle toda la historia. Dylan la había escuchado sin decir nada, tan solo algún gesto de sorpresa y de algo que estaba entre la indignación y la vergüenza.

—¿Las niñas lo saben? —preguntó.

Lexie asintió.

—Por supuesto no les he explicado las cosas exactamente cómo fueron. He tratado de mantener intacta la imagen que tienen de su padre. Después de todo él no está aquí para defenderse. Pero no podía ocultarles lo de Ruby Hembling —dijo mirándolo con timidez—. Cuando se haga las pruebas de paternidad ese niño será medio hermano de mis hijas. No voy a negarles la posibilidad de conocerlo.

Dylan entrecerró los ojos mirándola con intensidad, mientras se preguntaba qué clase de persona tenía delante.

—Además, tampoco habría podido ocultárselo aunque hubiese querido —añadió Lexie con timidez—. Megan escuchó la conversación que la señorita Hembling y yo mantuvimos en el salón.

—Debió ser duro también para ella.

Lexie se sintió agradecida por aquel «también».

—Saldremos adelante —dijo intentando que su voz sonase segura.

—Estoy convencido —afirmó él—. ¿Has hablado con tu padre de todo esto?

Lexie negó con la cabeza.

—Solo sabe que tenemos problemas de dinero, nada más.

—Deberías contárselo. Es un hombre comprensivo...

—¿Cameron comprensivo? —dijo perpleja.

Dylan sonrió.

—Es difícil creer que la gente pueda cambiar. Pero mírame a mí. Yo era un auténtico desastre.

—¿Eras? —se burló Lexie.

—Ahora soy capaz de hacer tarta de zanahoria —dijo sonriendo afable por primera vez.

—¿Qué te pasó? —preguntó Lexie—. No me lo cuentes si no quieres, no pretendo ser chismosa, pero me interesa saber qué hace que una persona cambie de este modo.

—Estuve en la cárcel —dijo sin preámbulos ni rodeos.

Lexie lo miró aterrada y Dylan asintió.

—Fue la peor experiencia de mi vida, pero hoy día, aquí sentado en la cocina de la casa que comparto con mi hijo, puedo decir que probablemente fue lo que me salvó.

—¿Cuándo fue eso?

—Después de la muerte de mi madre. Will tenía tres meses.

—¿Por aquella paliza? —preguntó desconcertada—. ¿Tu padre te denunció?

—Sí, fue por eso. Y no, no me denunció. Lo llevaron al hospital y fueron los médicos los que dieron parte a la fiscalía. Me detuvieron a la espera de juicio. Estuve dos meses en prisión, pero podría haber sido mucho más de haber dado con otro juez.

—¿Dos meses? Me aterra solo pensarlo.

—Por suerte di con un buen hombre que buscaba reinsertar personas en la sociedad, no vengarse de ellas. Mi mujer acudió al juicio con nuestro hijo y supongo que ver que tenía una familia influyó en su decisión. Me condenó a hacer trabajos para la comunidad. Durante un año debía ir todas las tardes a la biblioteca municipal y trabajar en lo que me ordenasen sin cobrar, claro. Empecé a leer y aquel ambiente de silencio y sosiego fue calmando la ira que me consumía por dentro y templando mi carácter.

Lexie lo miraba con una pregunta en los labios, pero sin atreverse a verbalizarla. Dylan se le adelantó.

—Keira esperó a que cumpliera mi condena —dijo—. Ya lo tenía decidido, pero dijo que no era tan cabrona como para dejarnos en un momento tan complicado.

—¿No lo viste venir?

—Por supuesto. Después de dos meses en la cárcel me recibió como a un extraño. Y no la culpo, me conoció en mi peor momento. La verdad es que no sé cómo pudo enamorarse de mí. Estaba roto por dentro y me faltaban unos cuantos pedazos.

Lexie asintió. Owen siempre decía que si para él fue duro, para su hermano fue un infierno. Ethan odiaba a Dylan, eso decía Owen.

—¿Por qué aguantaste tanto tiempo? —preguntó sin poder contenerse—. ¿Por qué esperaste hasta los dieciocho?

—Por Owen —dijo con la mirada fija en la mesa—. Temía que si yo me

iba él ocupase mi lugar. Pero aquel día...

Lexie era consciente de la tensión que lo embargaba al recordar aquello. Los tendones de su cuello tiraban de los músculos como si quisieran sacarlos de su sitio y respiraba con los labios apretados perdido en quién sabe qué pensamientos.

—Si hubiese tenido un objeto punzante a mano en aquel momento, lo habría matado —susurró.

A Lexie se le erizó el vello de todo el cuerpo.

—Me parece imposible que esos recuerdos sean... Es como si formasen parte de un sueño, una pesadilla en realidad —dijo pensativo y de pronto, como si no se hubiese dado cuenta de lo que estaba hablando miró a Lexie con expresión irritada—. ¿Por qué narices te cuento estas cosas?

Se puso de pie con brusquedad y recogió los platos y las tazas.

—Será mejor que te marches.

Lexie comprendió lo que le pasaba y no dijo nada. Simplemente lo ayudó a recoger y se dirigió a la puerta.

—Gracias por la tarta. Estaba deliciosa —dijo antes de salir.

Dylan se quedó mirando el hueco vacío que había dejado, intentando librarse de aquella sensación inquietante. Si había una máxima que Dylan McWinnell seguía a rajatabla era no hablar de su vida. Con nadie. Nunca. Por eso no tenía amigos, no permitía que nadie se acercase lo suficiente como para llegar a intimar. Reece lo intentó muchas veces durante el primer año tras su llegada a River Place, pero no lo consiguió y tuvo que resignarse a mantener conversaciones casuales a la puerta de algún comercio o después de una asamblea vecinal, porque Dylan jamás aceptó una invitación a cenar o a tomar café. Eso no iba con él.

Giró la cabeza y miró hacia la mesa en la que aún se veían los rastros de migas de la tarta de zanahoria. ¿Qué tenía Lexie Quennell que lo hacía sentirse cómodo y seguro? Apenas la recordaba de cuando vivían en River Place. Era una niña larguirucha y con trenzas. La hija de Cameron Quennell, un estirado y pedante intelectual que vivía en la mejor zona del pueblo y miraba por encima del hombro a los McWinnell. ¿Qué decía su padre de Cameron? Que era un traidor malnacido.

Movió la cabeza tratando de sacudirse todos aquellos pensamientos. Nunca se permitía pensar en aquella época. Era como si una parte de él despertase ante esos recuerdos y ocupase un espacio que ya no le pertenecía.

Tenía miedo de volver a ser como antes, de que la violencia lo arrollase. Por eso no permitía que nadie se acercase lo suficiente como para intimar. Si no tienes amigos, no hay peligro de que descubran quién eres en realidad. No podrás decepcionarlos.

Cogió un trapo y limpió la mesa. Debía mantener a Lexie alejada. Estaba claro que era una mujer muy peligrosa.

—¿Qué haces, papá? —preguntó Will al entrar en la cocina y verlo sentado frente a la mesa vacía.

Dylan se sacudió sus amargos pensamientos y miró a su hijo aliviado. Él era su vida ahora.

—Nada —respondió—. Tú tía ha estado aquí y hemos hablado del pasado...

Will asintió al comprender. Se sentó en una silla frente a él al tiempo que dejaba un álbum de fotos sobre la mesa.

—Me lo ha dicho y me ha pedido que te trajese esto —dijo empujando el álbum hacia él—. Dice que te gustará verlas, son fotos de tu hermano.

Dylan lo abrió por la primera página y se encontró con los ojos curiosos y la sonrisa eufórica de Owen. Sintió una oleada de emociones que difícilmente iba a poder ocultar. Will se levantó para cambiarse de silla y se sentó junto a él al otro lado de la mesa.

—Veámoslo juntos, ¿quieres? —preguntó sonriéndole.

Dylan asintió.

Capítulo 9

Lexie se pasó la siguiente semana configurando su página web. Contrató un servicio de esos *online* en los que alguien te ayuda a crearla a partir de unas plantillas básicas a la que le vas añadiendo complicaciones.

—Necesitaré un logo para mi marca —les explicó a sus hijas.

—Yo puedo hacértelo, mamá —dijo Megan convencida.

—¿En serio?

—Pues claro que es en serio —dijo Amy—. Megan dibuja increíble, te lo hará perfecto.

—Y gratis —dijo su hija mayor sonriendo.

—Pues no sabes cuánto te lo agradezco, porque mis finanzas no andan muy allá.

—Me miraré algunas webs que sean parecidas a lo que tú haces para coger la idea —dijo la niña poniéndose de pie—. Amy, ven conmigo. Yo dibujo bien, pero la de las buenas ideas eres tú.

Las dos niñas salieron de la buhardilla y dejaron a su madre sola para que siguiera trabajando. Lexie se volvió hacia la pantalla y recolocó uno de los textos explicativos que había creado. Después se dejó caer contra el respaldo de la silla y elevó las manos para cruzarlas sobre su cabeza mientras observaba el resultado de la primera página.

—No está mal —se dijo—. Sobrio y elegante, con un toque fresco.

Escuchó unos pasos rápidos en la escalera que subía a la buhardilla y se giró para ver quién llegaba con tanta prisa. No se esperaba que fuese Dylan.

—Vamos —la apremió—, tu padre está en el hospital.

Lexie tardó unas décimas de segundo en reaccionar.

—¿Qué?

—Tengo el coche abajo, te llevaré, vamos.

Lexie se puso de pie con expresión alarmada.

—¿Es grave? ¿Qué ha pasado? Salió a dar un paseo por la playa como

todos los días...

—Me ha llamado Stuart de camino al hospital, parecía un infarto.

—¿Te ha llamado a ti? —preguntó con el ceño fruncido.

—Soy su contacto de emergencia —dijo él encogiéndose de hombros.

Muy propio de Cameron —pensó Lexie.

—Está bien, vamos —dijo—. Avisaré a la niñas.

Dylan miraba de soslayo hacia Lexie que estaba sentada junto a él en el vehículo. No había dicho una palabra desde que dejaron a las niñas con Will.

—Tú no vivías aquí —explicó—. Me escogió a mí porque... bueno, de algún modo somos familia y estoy cerca. Si lo piensas es la decisión más lógica.

Ella no dijo nada y siguió mirando por la ventanilla con la cabeza apoyada en el brazo.

Cuando llegaron al hospital tuvieron que esperar un cuarto de hora para que el médico los atendiera.

—Su padre ha sufrido una angina de pecho —empezó a relatar—. No se asuste, ahora está todo bajo control.

—Creía que había sido un infarto —dijo Lexie frunciendo el ceño—. ¿Una angina de pecho es un infarto?

—No —dijo el médico rotundo—, aunque puede indicar el peligro de sufrir uno. Depende de la angina de pecho. Esta patología consiste en la reducción del flujo sanguíneo que va al corazón.

—Entonces tiene mal las arterias —dijo Lexie.

El médico hizo un gesto que podría tomarse por asentimiento.

—Entonces sí es grave —dijo Lexie preocupada.

—En el caso de su padre, lamento decirle que sí. La angina de pecho que sufre el señor Quennell se conoce como «inestable». Los depósitos de grasa que estaban adheridos a sus arterias se han desprendido y han reducido el espacio en alguna parte de esas arterias. También puede haberse formado un coágulo y provocar el mismo problema. La cuestión es que su padre ha sufrido la angina en reposo, no estaba haciendo ningún esfuerzo físico, por lo que es una angina inestable. Le he prescrito una medicación, pero debo advertirle que con esta patología puede producirse un ataque cardíaco en cualquier momento.

Lexie asintió con serenidad, no estaba asimilando lo que el médico decía. Su mente vagaba por erráticos pensamientos buscando una explicación a lo

que estaba pasando. ¿Su presencia podía haberle provocado aquello? ¿Tenerla cerca podía ser la causa de que muriera de manera fulminante?

—¿Cuánto tiempo puede hacer que padece este problema? —preguntó Dylan al médico.

Lexie lo miró sorprendida preguntándose si podía leerle la mente.

—Es una cuestión de años de malos hábitos. El señor Quennell no realizaba ningún ejercicio físico hasta el año pasado. Llevaba una vida sedentaria y repetitiva. Conseguimos que introdujese los paseos matutinos en su rutina en una de nuestras consultas anuales. Pero me temo que llegamos demasiado tarde para que el efecto fuese significativo.

—Estaba sentado en un banco —aclaró Stuart—. Ni siquiera había empezado a dar su paseo, no le apetecía.

—Probablemente ya no se sentía bien —dijo el médico asintiendo.

—¿El estrés puede influir? —preguntó Lexie.

—El estrés siempre es malo en cualquier clase de patología. Incluso estando sano. Pero la angina de pecho inestable es una enfermedad grave de por sí. Así que aunque el estrés puede empeorarla, no habría gran diferencia en el resultado final si no se trata.

—¿Y ahora qué? —preguntó dándose por vencida en cuanto a buscar un culpable—. ¿Puede venir a casa? ¿Qué clase de cuidados debe tener?

—Esta noche se quedará aquí e iniciaremos la medicación. Si todo va bien, mañana podrá volver a casa. Los cuidados han de venir por su parte. Debe caminar al menos una hora todos los días, comer adecuadamente, no permanecer sentado durante horas sin hacer descansos. Nada de café ni bebidas excitantes. Nada de alcohol. Nada de tabaco.

—¿Ni siquiera su pipa? —preguntó Lexie.

El médico negó con la cabeza.

—Está bien —asintió—. Me va a odiar aún más.

—Voy a programarle para una prueba que determinará dónde se encuentra el problema y si es operable —dijo el doctor—. Hasta entonces debe vigilarlo y ante cualquier síntoma traerlo al hospital. Es una suerte que su padre ya no esté solo. La enfermera les avisará cuando puedan verlo. Mientras tanto esperen en la sala.

Lexie observó al médico alejarse sintiendo que tenía los pies clavados en el suelo. Dylan la cogió de los hombros y la llevó hasta la sala de espera, la guio hasta el asiento y le dijo que iba a por cafés, aunque ella no lo oyó. Ni

siquiera supo en qué momento se había marchado Stuart ni si le había dado las gracias. Estaba perdida en sus pensamientos, en un momento concreto de sus recuerdos.

—*No vas a volver a salir con el hijo de Connor McWinnell. Te dije que lo dejaras y me has desobedecido.*

—*No puedes decirme con quién debo salir* —respondió Lexie—. *No estamos en 1800.*

Cameron apretó los puños y la miró con una furia intensa.

—*Mientras vivas en esta casa y te comas mi comida harás lo que yo te diga. Esa familia son lo peor que hay en River Place. Connor es un ser despreciable capaz de hacer cosas...*

—*¿Qué tiene que ver eso con Owen?*

—*Owen es su hijo. Una rama del mismo árbol. Mira a ese Dylan. Acabará en la cárcel después de matar a alguien, ya lo verás.*

—*Vuelvo a repetirlo, ¿qué tiene eso que ver con Owen?*

Cameron se puso rojo de ira por su insistencia y Lexie vio aquella mirada en sus ojos. Una mirada que le provocaba un terror visceral e irracional. Su padre jamás le había puesto la mano encima, pero cuando la miraba así estaba segura de que sería capaz de golpearla si seguía hablando.

En ese momento lo decidió. No fue por rabia ni por odio, fue por temor. Pensó que si eso llegaba a ocurrir ya no habría vuelta atrás. Debía marcharse antes de que fuese demasiado tarde.

—Aquí tienes el café.

La voz de Dylan la sacó de sus pensamientos. El hermano de Owen se sentó a su lado y bebió un sorbo de aquella imitación química de café. Lexie miraba el líquido oscuro entre sus manos sin decidirse a beberlo.

—Stuart —dijo en voz alta con expresión incrédula—. Stuart lo trajo...

Dylan sonrió ligeramente.

—También camina por la playa todas las mañanas. Ahora caminar es el deporte nacional. Lo vio sentado en el banco que hay cerca de su casa y se detuvo a charlar con él. Al parecer tu padre no tenía ganas de caminar y decidió pasar el rato contemplando la costa.

«Seguramente ya se sentía mal» —Lexie escuchó la voz del médico en su cabeza.

Se llevó el vasito de café a los labios y bebió un largo trago que le quemó

la lengua y la garganta.

—Tranquila, Lexie. Cameron es fuerte, lo superará.

—Tiene sesenta años —dijo ella mirándolo a los ojos sin tapujos—. Ya no es ningún chaval.

—Pero ahora tiene más motivos para querer vivir —dijo él aguantándole la mirada—. Estáis vosotras.

Lexie se rio con expresión cínica.

—Claro, seguro. Tener a su fracasada hija en casa, después de su fracasado matrimonio es todo un orgullo para alguien como Cameron.

—No es culpa tuya, Lexie.

—¿No? ¿Y tú cómo lo sabes? —dijo irritada—. Deja de comportarte como si me conocieras. Tu hermano se mató en un accidente, su amante se presentó en mi casa una semana después y el banco se ha quedado con todo. Creo que si no me he roto aún, aguantaré que el hombre que me amargó la vida durante diecisiete años se muera de un maldito infarto.

Dylan miró a su alrededor, varias personas estaban muy atentas a la exhibición de Lexie de lo que se podría catalogar como un ataque de histeria. Ella siguió su mirada y fue consciente de donde estaba y de lo que acababa de decir. Soltó un largo y tenso suspiro al tiempo que se ponía de pie y lanzaba el vaso lleno de café en la papelera que estaba a cierta distancia. Se manchó la ropa, el suelo e incluso la pared.

—¿Se puede ser más inútil? —dijo saliendo de aquella sala sin mirar atrás. Necesitaba respirar aire fresco.

Dylan la alcanzó en las escaleras de entrada al hospital y la agarró del brazo para frenar su huida.

—Lexie, espera.

Ella se volvió hacia él y cerró los ojos tratando de calmar los latidos acelerados de su corazón.

—No se va a morir, Lexie, deja de torturarte diciéndote que es culpa tuya. Lo que sea que le pasa a Cameron ya le pasaba antes de que tú regresaras —dijo muy serio—. Hace tiempo que no se encontraba bien, me lo dijo.

—¿Te lo dijo? —Ella lo miraba incrédula—. ¿Ahora sois amiguitos? Te cuenta que no está bien, eres su contacto de emergencia. ¿Desde cuándo os lleváis tan bien?

—Desde que murió mi padre.

—Vaya. ¿Y quién tiene que morirse para que le ocurra lo mismo conmigo?

—No digo que tu padre no haya sido un capullo contigo, pero sí que hay cosas que deberías saber y que probablemente te ayudarían a entenderlo un poco.

Lexie lo miró entornando los ojos.

—¿Qué cosas?

—No es algo que se pueda hablar en la puerta de un hospital. Ahora volvamos adentro y esperemos a que la enfermera nos permita verlo. Después, cuando podamos sentarnos hablaremos de esto.

Lexie fruncía el ceño sin comprender nada.

—¿Mi padre te ha contado sus secretos a ti?

Dylan negó con la cabeza.

—Cameron no me ha contado nada. Dudo que haya hablado de todo esto alguna vez con otro ser humano. Fue mi padre quién me lo contó en su lecho de muerte. Creo que fue la única buena acción que hizo en toda su vida. Aunque estoy convencido de que no era eso lo que él pretendía.

—¿De qué estás hablando?

—No —negó con la cabeza al tiempo que sacaba el móvil que vibraba en su bolsillo. La cogió de los hombros para volver a entrar al hospital—. Ya podemos verle.

—Estoy perfectamente —dijo Cameron malhumorado al verlos hacer planes sin tener en cuenta su opinión—. Vete a casa con las niñas. Aquí solo me vas a estorbar.

Lexie ignoró por completo esas palabras y siguió hablando con Dylan.

—¿Seguro que podéis quedaros en casa?

—Seguro. Si tuviese una habitación para ellas me las llevaría a la mía, pero creo que será mejor que seamos Will y yo los que nos movamos.

—No me toquéis los huevos... —Cameron se incorporó e hizo ademán de levantarse de la cama.

—¡Cameron! —le regañó su hija—. Pero ¿qué haces? ¿A dónde te crees que vas?

—Me voy a casa —dijo poniéndose las zapatillas—. Estoy perfectamente y no voy a permitir que montéis todo este tinglado por mí. Las niñas no se van a quedar con un desconocido...

—No es un desconocido —le contradijo Lexie—. Es su tío.

Dylan sonrió paciente.

—Si te preocupa que no las cuide bien, puedo quedarme yo y que Lexie sea la que se ocupe de ellas.

—De ningún modo —lo contradijo ella—. Soy yo quien debe quedarse...

—Aquí no se queda nadie —le espetó Cameron—. Os vais los dos o nos vamos los tres. No necesito tanta atención. No la he necesitado nunca, no voy a empezar ahora.

Lexie lo miró impotente.

—¿De verdad vas a hacer esto? ¿Quieres hacerme sentir mal? ¡No te esfuerces! Ya me siento fatal, Cameron, deja de torturarme.

Su padre la miró sin comprender.

—¿Crees que no soy consciente de que las niñas y yo hemos alterado tu vida? ¿Que no sé que estás completamente decepcionado de tu única hija? Está claro que esto que te ha pasado es culpa mía y lo siento, pero ¿podrías dejarme al menos hacer esto? ¿Puedes dejar que me quede esta noche y haga las cosas bien?

Su voz había ido subiendo de tono, pero eran sus ojos llenos de lágrimas lo que provocó que Cameron volviese a la cama y se metiese bajo las sábanas sin protestar.

Lexie se limpió los ojos con rabia y se volvió hacia Dylan tratando de sonar serena, aunque el esfuerzo fuese visible para él.

—Vete tranquilo. Quedaos en casa de Cameron y os mantendré informados. Ahora hablaré con las niñas, les explicaré todo y les diré que se porten bien.

—No hará falta —la tranquilizó Dylan—. Son demasiado buenas como para necesitar tus advertencias. Entonces me marchó. Cameron, pórtate bien y haz caso a tu hija.

El otro refunfuñó por lo bajo y le hizo un gesto de despedida con la mano. Lexie lo acompañó hasta la puerta y salió con él de la habitación un momento.

—Nunca me he separado de mis hijas —confesó—. Ni si quiera una noche. Owen siempre estaba diciendo que buscaríamos una canguro y saldríamos a divertirnos, pero jamás lo hicimos. Cuida de ellas, Dylan.

Una tímida sonrisa iluminó el rostro del hombre.

—Estarán bien, te lo prometo.

Lexie estaba convencida de que así sería.

—Tenemos una conversación pendiente —le advirtió.

Dylan asintió al tiempo que se ponía serio.

—Prometido —dijo y con un gesto se marchó.

Lexie lo vio alejarse. Sus anchos y fuertes hombros anchos habían cargado un gran peso, quizá por eso sintió que era alguien en quien se podía confiar. Respiró hondo y cerró los ojos esforzándose en encontrar las herramientas necesarias para fingir serenidad. Se dio la vuelta y entró en la habitación.

Capítulo 10

Dylan se detuvo un momento al bajar del coche. Las notas del piano se escapaban por la ventana del salón y lo inundaban todo a su alrededor. Se sintió enormemente afortunado. Ni al principio, cuando todo eran dificultades, ni siquiera entonces tuvo dudas de la decisión que había tomado. Si había algo que tenía claro era que Will había sacado lo mejor de él. Ese chaval lo había llevado de la mano hasta hacer de él un hombre cabal y confiable.

Por un momento visualizó aquel lugar tal y como estaba cuando regresó y un estremecimiento recorrió su columna de arriba abajo como una descarga eléctrica. Cuando bajaron del coche Will se agarró a su mano como si temiera ser engullido por alguna clase de monstruo.

Y es que en aquella casa, destartalada y lúgubre, vivía un terrible monstruo. Un monstruo cruel que había dedicado su vida a hacer daño a los que le rodeaban. Hizo daño a sus vecinos, a su esposa, a sus hijos, a todo aquel que se pusiera a su alcance. Le costó mucho regresar. Ni siquiera saber que lo aquejaba una enfermedad mortal disminuyó un ápice el odio que sentía por él.

Cerró los ojos y se deleitó con la música. Iba a resultarle muy difícil aceptar la decisión de Will de no dedicarse a la música. ¿Qué chaval en su sano juicio renunciaría a mostrar su arte siendo consciente de él? Y Will era consciente, de eso no le cabía la menor duda, era el muchacho más inteligente que había en muchos metros a la redonda. En kilómetros, en muchos kilómetros.

La música paró y el hechizo desapareció como por ensalmo. Soltó el aire en un suspiro y entró en la casa.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa o todo el mundo ha huido?

Will apareció seguido por sus primas.

—¿Cómo está el abuelo? —preguntó Megan.

—Está bien. Ha sido un susto —dijo tranquilizándolas.

—¿Y mamá? —Amy se acercó a él.

—Vuestra madre se quedará con él esta noche. No sería necesario, hay buenas enfermeras, pero teme que lo echen después de aguantarlo unas cuantas horas, así que ha decidido quedarse para asegurarse de que permanece en el hospital el tiempo necesario —bromeó.

—Podéis quedaros —dijo Will mirándolas—. Yo dormiré aquí abajo en mi saco y tú papá puedes dormir en mi cama, así les dejas la cama grande a ellas.

Dylan sonrió al ver lo rápido y eficaz que era organizando la situación.

—Le he prometido a Lexie que pasaríamos la noche en casa de Cameron. Tiene habitaciones de sobra para nosotros y quiere que Megan y Amy estén cómodas.

—Por nosotras no os preocupéis —dijo Megan—, podemos dormir en cualquier sitio.

—A mí no me importa quedarme aquí —apuntó Amy—. Esta casa es muy bonita.

—Si la hubieseis visto cuando llegamos nosotros no pensaríais lo mismo —dijo Will—. Parecía la casa de los horrores. Y el jardín... ¿Te acuerdas papá?

—Un cementerio —respondió Dylan—, parecía un cementerio del que iban a salir zombis en cualquier momento. Tengo alguna foto por ahí, si queréis os las enseño.

Las chicas asintieron con expresión sorprendida, pero no preguntaron nada sobre el abuelo de Will ni por qué vivía en esas condiciones.

—Bien —dijo Dylan juntando las manos con expresión pensativa—. A ver qué os parece lo que he pensado. Podemos quedarnos aquí a comer, luego nos pasamos por la tienda, que esta mañana no he podido abrir.

—La señorita Dickson vendrá a recoger su pedido —recordó Will.

—Eso eso, por eso tengo que ir sí o sí —dijo su padre—. Vosotros podéis entreteneros en la trastienda, podríais hacer un mural o algo, lo que se os ocurra.

—Podríamos hacer el proyecto del nuevo curso —dijo Amy dando palmas.

—¿El proyecto del nuevo curso? —preguntó Will con curiosidad.

—¡Sí! Explícaselo tú, Megan. Fue idea tuya.

Megan sonrió a su hermana con cariño antes de empezar a hablar.

—Es una tontería que hacemos durante las vacaciones. Un mural que colgamos después en la pared de nuestra habitación.

—Megaaaaan... —la regañó su hermana poniéndose las manos en la cintura y dando un golpe con el pie en el suelo—. Ya lo explico yo. Verás, Will, el proyecto del nuevo curso es algo muy importante. Hacemos un mural con todas las cosas que queremos hacer y conseguir en el próximo curso. Cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? —preguntó Will sin entender muy bien.

—Sí —dijo Megan retomando la palabra—. Se trata de que visualicemos lo que queremos conseguir, nuestras metas. Para ello debemos hacer un mural con fotografías y palabras significativas.

Dylan sonrió sin perder detalle, al parecer la supremacía en inteligencia que había ostentado su hijo durante toda su vida tenía ahora dos buenas competidoras.

—Por ejemplo —intervino Amy—. Imagina que quieres tocar esa canción que nos has tocado antes...

—El canon de Pachelbel —dijo Will.

—Ese —asintió Amy—. Pues imagina que no lo sabes tocar aún y te has propuesto conseguirlo este curso. Pues recortas un piano de una revista o lo dibujas tú mismo y pones el nombre ese, las notas o lo que sea que lo represente.

—Ya entiendo.

—Muchas veces tenemos proyectos que luego olvidamos —dijo Megan—. Se me ocurrió que si los ponía en un lugar visible no los olvidaría y sería más fácil conseguirlos.

—Muy lista —dijo Will con admiración.

—La primera vez lo hice yo sola, no sabía si era una tontería de las muchas que se me ocurren, pero funcionó. Ese curso conseguí todo lo que me había propuesto.

—Sacó tres matrículas de honor —dijo su hermana orgullosa.

—Y aprendí a ir en patines —añadió Megan—. Siempre había querido aprender a patinar.

—Llevamos haciéndolo dos años —dijo Amy—. Bueno, ella tres, pero ese no cuenta.

Will se giró para mirar a su padre.

—¿Podemos coger material en la tienda?

—Pues claro —asintió su padre—. Me parece una idea excelente. De hecho, me estoy planteando hacerlo yo también.

Megan lo miró sonriendo.

—Mamá lo hace —dijo orgullosa.

—Pues ya está, decidido —sentenció Dylan.

—¿Entonces dormiremos en casa del abuelo? —preguntó Amy y su tío asintió—. Bien, me gusta esa casa.

Cuando Lexie regresó a la habitación después de ir a buscar un café Cameron había puesto la tele y miraba un partido de baloncesto con escaso interés. Lexie sacó su móvil del bolsillo y fue a sentarse en la butaca que había junto a la cama. Abrió el grupo de mensajería que tenía con sus hijas y colocó un emoticono de saludo. No había hablado con ellas desde que iban en el coche a la tienda de Dylan.

»Hola, mamá —escribió Megan—. ¿Cómo sigue el abuelo?

»Está bien —respondió ella—. Viendo un partido de baloncesto. ¿Y vosotras? ¿Qué tal el proyecto del nuevo curso?

»Muy bien. Amy se está esforzando más de lo normal. Creo que quiere impresionar a alguien. (Carita sonriente).

»Hola, mami —escribió Amy.

»Hola, cariño. ¿Lo estás pasando bien con tu primo Will?

Amy puso el emoticono de la carita con corazones en los ojos.

»Amy está enamorada —escribió Megan.

»Mamá, ¿los primos pueden ser novios? —preguntó Amy.

»Con una dispensa papal, sí —escribió su madre sonriendo sin percatarse de que Cameron la observaba.

—¿Estás hablando con las niñas? —preguntó.

Lexie levantó la mirada y asintió.

—Dales recuerdos de mi parte.

Lexie asintió.

—Dice Megan que seas bueno, que quieren verte pronto. —Siguió escribiendo y su sonrisa se ensanchó.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Lexie volvió a mirar a su padre y dudó un segundo si responder.

—Amy está preocupada por tener que pedir una dispensa papal —explicó.

Cameron asintió.

—Le gusta su primo.

Lexie no pudo disimular su sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—No habla de otra cosa. Will esto, Will aquello...

—Es un buen muchacho —dijo Lexie al tiempo que le contestaba a Megan sobre la hora a la que creía que regresarían a casa al día siguiente.

—¿Lo has escuchado tocar el piano? —Cameron había apagado la tele y cogió el mando de la cama para reclinar un poco más el respaldo.

—¿Estás bien? —preguntó Lexie soltando el móvil y poniéndose de pie para colocarle la almohada.

—Todavía no estoy inválido —dijo Cameron con mal humor—. Si quieres que nos llevemos bien, no me trates como a un viejo inútil.

—Eres viejo —dijo Lexie mirándolo a los ojos con sorna.

—Pero no soy inútil

—Aún no, pero si no te cuidas acabarás siéndolo. Deberías bajar el ritmo, sigues trabajando como siempre.

—¿Como siempre? —Cameron se echó a reír—. Ya me gustaría a mí. Antes podía leerme una novela de novecientas páginas en tres días. Ahora no consigo leerme una de trescientas en una semana.

—¿Y quién escribe una novela de novecientas páginas? —dijo Lexie volviendo a sentarse—. Aparte de Ken Follet, claro.

—He visto que te sigue gustando mucho leer. En lo que llevas en casa te he contado cinco novelas distintas.

Lexie sintió una extraña sensación al notar la mirada de su padre clavada en ella y aquella expresión atenta, como si de verdad le interesara. Asintió con la cabeza.

—Soy lenta leyendo. De esas cinco novelas he dejado dos. No sé qué me pasa últimamente con las novelas, me decepcionan a menudo.

—Todos los libros tienen algo que ofrecer —dijo el experto con expresión sabia—. Incluso los malos libros.

—Ya, ya sé que tú eres de los que nunca deja un libro sin terminar, pero yo no leo por obligación y si algo no me gusta...

Cameron se encogió de hombros. No quería aleccionarla, era demasiado mayor para eso.

—He visto que has inculcado esa buena costumbre en las niñas. Bien

hecho.

Lexie se sintió extraña. Era la primera vez en su vida que le decía que había hecho algo bien.

—Megan está claro que sabe lo que quiere —dijo Cameron colocándose de lado hacia ella apoyando la mejilla en su mano—. Lo suyo es el arte y estoy seguro de que no dejará que nada la aparte de ese camino, pero Amy. ¿Te ha dicho alguna vez lo que quiere?

—Muchas —dijo Lexie subiendo los pies a la butaca y abrazándose a sus rodillas—. Cuando tenía cinco años se plantó en nuestro cuarto a las tres de la mañana para decirnos que quería ser veterinaria. Había soñado con una familia de ardillas y la hija pequeña estaba enferma. Fue un sueño muy bien trabado, deberías haberla escuchado. —Cameron sonrió, podía imaginarlo perfectamente—. A los seis nos dijo que había decidido ser maestra, de ese modo nunca tendría que abandonar la escuela y le pagarían por jugar todo el tiempo.

—Chica lista.

—Hace una semana me dijo que desde que está aquí ha tenido que replanteárselo todo y que piensa ser la directora de un hotel.

—Capaz es, desde luego.

Lexie asintió.

—Son dos grandes chicas. Soy muy afortunada.

—Se han tomado muy bien lo de Owen —dijo Cameron.

—Se esfuerzan mucho porque no las vea llorar, pero a veces las escucho hacerlo hasta altas horas de la madrugada. Sé que hablan entre ellas y se consuelan mutuamente. Querían muchísimo a su padre —dijo con tristeza—. Siento que crean que deben protegerme. Supongo que piensan que soy un desastre y por eso ellas son tan maduras.

—Te quieren mucho.

—Lo sé. Y yo a ellas. Muchísimo —dijo pensativa—. Sé que puedo soportarlo todo si las tengo a mi lado.

—Tu madre estaría orgullosa de ti —dijo Cameron sin pensar.

—Voy a llamar a una enfermera —dijo Lexie poniendo cara de susto—, está claro que te está pasando algo grave en la cabeza.

—Muy graciosa —dijo haciendo una mueca de burla.

—No, en serio. Creo que es la primera vez que me dices algo agradable. Y ya van dos cosas.

—Eres una exagerada, cualquiera diría que soy un ogro.

Lexie levantó una ceja con mirada irónica.

—Siempre fuiste muy dura conmigo.

—¿Que yo fui dura contigo?

—Sí. Me lo ponías muy difícil. Como esa manía de llamarme Cameron en lugar de papá.

—¿No te acuerdas por qué dejé de llamarte papá?

Cameron negó con la cabeza.

—Me encerraste en el sótano.

Su padre frunció el ceño tratando de recordar cuándo hizo eso.

—Para que no pudiese escaparme al funeral de la madre de Owen.

Cameron empalideció de repente y Lexie entornó los ojos con perspicacia.

—Tú no tenías nada que hacer allí —dijo tajante.

—Pero tú sí fuiste. Me encerraste en el sótano porque es el único lugar que no tiene una ventana por la que saltar y luego te marchaste. Podría haber pasado algo, un incendio, y yo habría muerto allí abajo.

—Eve estaba sentada en nuestro porche —dijo Cameron—. Te habría sacado.

Lexie frunció el ceño.

—¿Dejaste a Eve vigilando?

Eve McHin era una vieja amiga de su padre. Se conocían de toda la vida y aunque siempre se portó bien con ella Lexie no le tenía ningún aprecio. Le molestaba que fuese siempre tan incondicional con Cameron y eso hizo que según empeoraba su relación con él aumentase su rechazo hacia ella.

—¿Por qué me encerraste? Podríamos haber ido juntos.

—Ya te he dicho que no tenías nada que hacer allí.

—Owen y yo salíamos juntos.

—Owen y tú erais dos críos.

—Dos críos que salían juntos. Y era el funeral de su madre. Por tu culpa tuvo que pasar ese mal trago solo.

—No estaba solo —dijo mirándola con dureza—. Estaban allí su padre y su hermano.

—¿Qué pasó, Cameron? —preguntó disminuyendo la tensión—. ¿Por qué Dylan atacó a su padre?

—No soy un chismoso. Nunca lo he sido y no voy a empezar ahora. Si quieres saber qué ocurrió pregúntaselo a Dylan. Él decidirá si quiere

contártelo. Está en su derecho de no hacerlo.

Lexie lo miró con atención, leyendo en sus gestos más que en sus palabras.

—Tú conociste a Ethan, ¿erais amigos?

—¿Amigos? ¿De ese desgraciado hijo de...? —Cameron movió la cabeza como si una voz le hubiese recriminado sus palabras—. Sí, hubo un tiempo en el que fuimos amigos, pero entonces era otra persona.

—Entonces no siempre fue así, violento y desagradable.

—Era uno de esos tipos malos que les gustan a algunas mujeres. Las chicas del pueblo siempre le reían sus gracias, les parecía divertido. Yo era el típico empollón al que le gustaba estudiar y siempre estaba leyendo. Y él era aventurero y divertido. Formábamos una pareja muy extraña.

Lexie se sentía extraña. Su padre nunca le había hablado de su vida.

—¿Y cómo pudo la madre de Owen enamorarse de un hombre así? ¿Qué ocurrió para que se comportase con ella como lo hizo?

Cameron desvió la mirada para buscar el mando de la tele, y volvió a poner el baloncesto dando por terminada la conversación. Lexie se reclinó contra el respaldo de la butaca sin dejar de observarlo. Allí estaba el meollo de la cuestión y estaba claro que ninguno de los dos hombres que tenían la información estaban dispuestos a contársela. Iba a tener que hacer acopio de sus mejores y más eficaces tretas para conseguir sonsacarles. Se mordió el labio y bajó la mirada al móvil. Si su padre la conociera sabría que la dificultad funcionaba con un potente acicate para aumentar su interés.

Capítulo 11

—¿Este es todo el papel que tienes? —Lexie miraba los *packs* de papel decorado sin encontrar lo que buscaba.

—¿Qué es lo que necesitas? —preguntó Dylan tratando de ayudarla—. Ven, da la vuelta al mostrador y mira lo que tiene mi proveedor en su web. Pediré lo que necesites y lo tendrás aquí en una semana.

—¿Una semana? —dijo horrorizada sin moverse de donde estaba—. No puedo esperar tanto.

Dylan la miró aguantándose la risa.

—Ni que fuese el antídoto para un veneno. Digo yo que no se acabará el mundo si empiezas el proyecto una semana más tarde.

—Muy bonito. Debes tener contentos a tus clientes si esa es tu filosofía.

—Por cierto —dijo Dylan haciéndole un gesto para que esperase, y desapareció en la trastienda.

Lexie volvió al expositor de papeles para asegurarse de que los había mirado todos.

—Esto es tuyo —dijo Dylan depositando el álbum sobre el mostrador—. Me ha sorprendido, es un gran trabajo.

Lexie lo miró sin comprender.

—El álbum es una maravilla —insistió él.

Lexie levantó una ceja con escepticismo.

—Es uno de los primeros que hice, no es ninguna maravilla —dijo volviendo a poner su atención en los papeles—. Tiene bastantes fallos, pero me sirvió para practicar. Como ese tengo unos cuantos en casa. De las niñas, de las Navidades, ya sabes...

Escondido entre un *pack* de motivos florales encontró un paquete de papeles que llamó su atención. Los sacó con cuidado y lo colocó sobre la mesa para mirarlo con calma. Tonos lilas, lo que buscaba. Y *vintage*, como a la clienta le gustaba. Los motivos y los extras también eran bastante

aprovechables. Había un par de marcos y una máquina de escribir que ya sabía dónde colocar.

—Este me gusta —dijo sonriendo—. Deberías ordenar mejor. No estaba a la vista, he tenido que rebuscar para encontrarlo.

—Aunque hayas encontrado lo que querías te daré la dirección de la web de mi proveedor, así podrás decirme qué quieres que le pida y lo tendrás aquí a tiempo —dijo Dylan enviándosela con un mensaje.

—También necesito tinta, apenas me queda de la *vintage photo* y es la que más utilizo.

La puerta de la tienda se abrió y Lexie se giró instintivamente.

—¿Lexie? —Eve McHin se acercó con una enorme sonrisa—. ¡Dios mío, qué guapa estás!

Lexie dejó que la abrazase y trató de sonreír de manera natural.

—Hola, Eve.

—Eve, bienvenida —la saludó Dylan—. ¿Has disfrutado de tu viaje?

—Siempre disfruto de Nueva York. Los museos, los teatros, los musicales... Es mi ciudad favorita del mundo —dijo la mujer soltando el bolso encima del mostrador con toda tranquilidad—. Además, he visto a Emily y a Katie y eso solo ya vale el viaje. Son mis amigas —explicó mirando a Lexie—, nos conocemos de cuando viví en África. Pero no hablemos de mí. ¿Qué haces tú por aquí?

Lexie se quedó sin palabras. ¿Cómo responder a eso?

—Tenemos algo que contarte —dijo Dylan saliendo de detrás del mostrador y cogiendo a Eve del brazo para llevarla hasta una zona de descanso—. Siéntate.

La mujer frunció el ceño y obedeció expectante.

—¿Qué ocurre?

Dylan soltó un suspiro y se sentó en otra de las sillas. Lexie se preguntaba si se había olvidado de ella.

—No te asustes. Cameron ha estado en el hospital —dijo sin apenas pausas—. Ha sufrido una angina de pecho.

—Eso tiene que ver con el corazón —dijo Eve con una serenidad sorprendente—. ¿Va a sufrir un infarto?

—No tiene por qué —negó Dylan—, pero debe cuidarse.

Eve miró a Lexie que seguía junto al mostrador sin saber qué hacer.

—Por eso estás tú aquí —dijo como si todo cobrase sentido.

—No —negó Lexie acercándose—. Mis hijas y yo ya llevamos un mes en River Place. Owen tuvo un accidente y estamos viviendo con Cameron hasta que solucione algunos asuntos.

—¿Un accidente? ¿Está bien?

—Owen murió en el acto —dijo Dylan.

Eve se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación, ahora sí.

—Te habrías enterado en cuanto vayas a ver a Cameron, así que no tiene sentido ocultártelo —dijo Lexie encogiéndose de hombros.

La mujer se puso de pie rápidamente.

—¿Cómo estás tú? ¿Y las niñas? Oh, cielos, y ahora tu padre...

—Tranquila —la calmó Lexie sin demasiado entusiasmo—. Estamos bien y Cameron también.

—¿Está solo en casa? —Miró a Dylan con preocupación—. ¿Puede quedarse solo?

—No, no lo he dejado solo —dijo Lexie de mala gana—. Mis hijas y Will están con él.

—No era un reproche —dijo Eve.

—Pues lo ha parecido.

—Lo siento. Espero que cuentes conmigo ahora que estoy aquí. Puedo quedarme con él siempre que lo necesites. Aunque sé lo que va a decir Cameron, me importa un rábano.

Lexie asintió. Le iría bien un poco de ayuda, sobre todo para poder hacer cosas con las niñas.

—Te tomo la palabra.

—Puedes hacerlo con toda tranquilidad. Estaré encantada de ocuparme de ese cascarrabias desagradecido, siempre que lo necesites o cuando te apetezca librarte de él.

—Tengo tus cosas preparadas —dijo Dylan mirando a Eve con complicidad.

—¿Me las podrías acercar a casa cuando cierres? —pidió poniéndose de pie y caminando hasta el lugar donde había dejado el bolso—. Me gustaría ir a ver a Cameron ahora mismo, si no te importa, Lexie.

Lexie sintió cierto malestar al pensar que la había tratado mal injustamente. Como siempre. Era evidente que sentía verdadero afecto por Cameron, a pesar de que jamás hubo ningún vínculo romántico entre ellos. Al menos que ella supiese. Su padre siempre decía que eran demasiado amigos

como para pensar en estropearlo con unos cuantos polvos.

—Me he alegrado mucho de verte, Lexie, espero que esta vez podamos ser buenas amigas. —Le sonrió con dulzura y se volvió hacia Dylan—. Gracias, Dylan. Ya sabes dónde guardo la llave de casa si no estoy.

Lexie miró a Dylan sorprendida cuando volvieron a quedarse solos.

—Así que esas tenemos. Eve McHin es la causa de que te hayas quedado a vivir en River Place —dijo mientras simulaba mirar los objetos de la tienda—. Quién lo habría dicho...

Dylan se cruzó de brazos y la observó impertérrito.

—Incluso sabes dónde guarda la llave... ¿Y no sería más cómodo que te diese una?

—No deberías bromear con Eve.

—Lo cierto es que hacéis buena pareja —siguió ella. Se lo estaba pasando en grande—. Eres un poco cascarrabias, pero ya tiene a sus amigas para divertirse. Supongo que lo vuestro es puro sexo.

—Para, Lexie.

—No quiero saberlo —levantó una mano como si quisiera hacerlo callar—. No hace falta que me cuentes los detalles.

Dylan se dio por vencido y negando con la cabeza volvió a la parte de detrás del mostrador y regresó con las tintas, que dejó sobre el papel.

—¿Vas a querer algo más?

—¿Ya quieres que me vaya? —dijo acercándose a él con expresión ofendida—. Entiendo que estés deseando cerrar para reunirte con tu novia, pero podrías disimular un poquito.

—¿No te cansas?

—Aun no me voy —dijo Lexie cambiando de tono—. Tenemos una conversación pendiente.

Dylan suspiró, había esperado que lo dejase estar, pero estaba claro que Lexie no soltaba una presa cuando la tenía entre los dientes.

—Espera un momento, pondré el cartel de cerrado para que no haya interrupciones —dijo caminando hacia la puerta.

Lexie lo observó exhaustivamente aprovechando que estaba de espaldas. Cuando Dylan se volvió frunció el ceño al descubrir el escrutinio al que lo estaba sometiendo. No mostró la más mínima expresión en su rostro cuando pasó junto a ella.

—Tomaremos un café y te contaré lo que me incumbe —dijo rotundo.

—¿Un café a estas horas? —preguntó ella siguiéndolo—. Nunca tomo café a estas horas.

—¿Qué pasa? ¿Temes que te quite el sueño? —dijo empezando a manipular la cafetera.

—El café se toma por la mañana o después de comer, pero nunca tan tarde. Si no me quita el sueño me provocara pesadillas —dijo Lexie sentándose frente a la pequeña mesita redonda que había en aquel minúsculo cuarto.

—¿Qué clase de pesadillas? ¿Monstruos que te devoran o eres más de bichos y esas cosas?

Lexie puso cara de asco y se estremeció sin responder.

—¿Descafeinado, abuelita? —preguntó Dylan mostrándole una cápsula.

Lexie asintió y barrió la habitación con la mirada.

—¿No es demasiado pequeño? —preguntó.

—¿Para qué quiero más? —Dylan depositó la taza con el descafeinado frente a ella—. Aquí solo vengo cuando cierro a mediodía a comer. Después me siento en ese sillón y leo un rato. A veces se queda Will a estudiar y ocupa toda la mesa después de que hayamos recogido los platos de la comida. Es suficiente sitio para nosotros.

Lexie esperó hasta que estuvo sentado.

—Bien, empieza a contarme.

—No hay mucho que decir —dijo él después de beber un sorbo de café.

—¿Por qué volviste? —preguntó ella sin poder contenerse.

Dylan levantó una ceja, no era eso de lo que pensaba hablar, pero vale.

—Me llamó tu padre para decirme que Ethan se moría. No sé cómo me localizó, pero no debió resultarle fácil.

—¿Y no lo mandaste a la mierda?

—No —sonrió Dylan—, no suelo mandar a la mierda a la gente, creas lo que creas sobre mí.

Lexie sonrió y le hizo un gesto de burla antes de que continuara hablando.

—Hablé con Will y le expliqué la situación. Mi hijo sabe perfectamente la relación que teníamos mi padre y yo, aunque jamás le hablé de... Bueno, ya sabes. Me sorprendió que quisiera venir. Dijo que quería conocerlo antes de que muriera.

—Will es muy especial —dijo Lexie con sincera admiración—. Ningún chaval de su edad habría dicho eso.

—Sí, me hizo pensar mucho. Pero bueno, la cuestión es que vinimos.

Pensábamos quedarnos una tarde nada más, pero Ethan estaba realmente mal, no podía cuidarse solo y Cameron no tenía por qué cargar con eso, así que decidimos quedarnos hasta el final, que iba a ser muy rápido. Se mantenía a base de morfina y casi todo el tiempo estaba inconsciente.

—¿Cuántos días duró?

—Dos. —Dylan apuró el contenido de su taza y acarició el borde del plato con el dedo mientras pensaba—. Al principio no podía mirarlo a los ojos. Estar en la misma habitación que él me resultaba insoportable y tenía que salir de la casa y respirar aire fresco a cada rato. Will se sentaba junto a él y le secaba el sudor. Una de esas veces, cuando entré, Ethan estaba hablando con él y lo llamaba... Dylan. Creía que hablaba conmigo.

Lexie asintió muy seria, consciente de que aquello aún le afectaba, aunque él se esforzase en mostrar aquel semblante de que estaba de vuelta de todo.

—Supongo que hablaba la morfina. Le pedía... me pedía perdón por todo lo que me había hecho sin cortarse un pelo con los detalles. Recuerdo que Will apartó la mano de su frente, temblando. Me miró de un modo... —Dio una palmada en la mesa como si quisiera despertarse de un trance—. Quise detenerlo y que Will saliese de allí, pero mi hijo es un testarudo y no me dejó. Tuve que sentarme en una silla apartada y escuchar cómo trataba de justificarse. Y entonces lo dijo, que mi madre siempre estuvo enamorada de tu padre.

—¿Qué? —Lexie lo miró horrorizada—. ¿De mi padre? ¿Tu madre estaba enamorada de mi padre?

—Eso dijo, pero yo no me creí una palabra. Así que le pregunté a Cameron y él me lo confirmó. Mi madre estaba enamorada de tu padre, pero él no la correspondió.

—¡Ufff! —Lexie se dejó caer contra el respaldo de la silla—. Menuda historia.

—Según mi padre, por eso era tan cabrón con nosotros. A ella la odiaba y a mí, también.

Dylan seguía jugando con el platito de la taza, sin mirarla. Lexie lo observaba con atención y de pronto la idea germinó en su mente.

—No puede ser...

Él levantó la mirada y la posó en sus ojos aterrados.

—No soy tu hermano, si es lo que piensas —dijo muy serio.

—Sin embargo, tu padre creía que sí.

Dylan asintió.

—Pero eso se soluciona con una simple prueba de ADN.

—No es que mis padres tuviesen dinero para derrochar. —Negó con la cabeza—. Además, Cameron me explicó que a mi padre nunca le interesó saber la verdad, Ethan necesitaba un chivo expiatorio y decidió que fuese yo.

—¿Y por qué te quedaste aquí? —preguntó Lexie estremecida con aquella historia.

—Will fue el que me convenció. Vio que había una papelería que se traspasaba en el pueblo y dijo que podríamos arreglar la casa y convertirla en un hogar.

—¿Y a ti te pareció bien?

—Al principio, no, pero después... Will dijo que había muchas heridas aquí y que si conseguíamos cerrarlas, también las mías sanarían.

—En serio, no puede ser que ese muchacho tenga solo quince años. ¿Cuántos tenía entonces?

—Acababa de cumplir los trece —dijo Dylan sonriendo orgulloso—. Siempre ha sido muy... espiritual.

—Cualquier día tienes aquí a cuatro monjes budistas que vienen a buscarlo diciendo que es el nuevo dalai lama.

Dylan soltó una carcajada.

—Se lo diré, seguro que le hace gracia.

Lexie se quedó pensativa unos segundos. Aquella confesión arrojaba luz sobre la personalidad de su padre. Había muchas cosas que no sabía de Cameron.

—¿Le has perdonado? —preguntó mirándolo a los ojos.

—¿Qué es perdonar?

—Supongo que estar en paz. ¿Estás en paz con todo aquello? Quiero decir... No creo que perdonar sea olvidar, no podemos borrar lo que hemos vivido solo por desecharlo. Pero creo que somos libres para decidir que no queremos que nos defina algo concreto que nos pasó en un momento de nuestra vida.

—Estoy en paz —dijo él asintiendo.

—Bien. Gracias por contármelo.

—No te acostumbres, no me van estas tertulias confesionales.

—Ojalá Cameron se decida algún día a tener una de esas —dijo Lexie poniéndose de pie.

—¿Te marchas? ¿No quieres otro café?

—Debo volver a casa. No es cuestión de abusar de tu novia —dijo burlona.

—No es mi tipo —dijo él levantándose también y acercándose a ella—, es demasiado bajita. El mío es más... como tú.

Lexie sintió que un escalofrío le recorría la espalda y el calor arreboló sus mejillas.

—Pues tengo una estatura muy corriente —dijo apresurándose a salir del cuartito. Fue hasta el mostrador y cogió el papel y las tintas.

—¿No quieres una bolsa? —preguntó Dylan a su espalda.

—No hace falta. Te haré una transferencia en cuanto llegue a casa por todo lo que te debo este mes.

—Te dije que me lo pagarás todo cuando las cosas mejoren para las McWinnell.

—Ya te he dicho que no acepto caridad.

—Lexie, por favor —dijo él muy serio.

—Si lo haces porque somos cuñados, te recuerdo que eso no está tan claro —dijo ella cogiendo el álbum de fotos—. Si Owen no hubiese tenido el accidente tu cuñada ahora sería Ruby.

—La de los tacones.

—Esa misma —dijo Lexie sin poder evitar la sonrisa. Dylan conseguía hacerla reír en los momentos más insospechados.

—No huyas de mí, Lexie —pidió él con un extraño tono en su voz—. Y gracias por dejarme ver esas fotos. Ha significado mucho para mí.

—Supongo que habrás hecho copias a juzgar por el tiempo que te lo has quedado—dijo tratando de sonar relajada—. Si Eve se queda un rato con Cameron aprovecharé para ir a dar una vuelta con las niñas por la playa. Desde que volvimos del hospital no he salido a ninguna parte con ellas.

—Mándame a Will.

—¿No te fías de que se quede conmigo? Puedes recogerlo antes de ir a tu casa. Prometo que lo mantendré a salvo hasta entonces. —Llegó hasta la puerta y le dio la vuelta al cartel de cerrado. Por suerte nadie había necesitado un lápiz de urgencia.

Dylan la vio salir de la tienda y movió la cabeza como si quisiera deshacerse del ruido que ahora mismo atronaba su mente.

Capítulo 12

Cuando Lexie pasó junto a la puerta entreabierta del despacho se detuvo involuntariamente. Las voces de Cameron y Eve se escuchaban desde fuera y aunque no era su intención espiarlos no pudo evitar detenerse al oír que la mencionaban.

—Es aún más bonita de lo que la recordaba —decía Eve después de mencionar la sorpresa que se había llevado—. Pero sigo gustándole tan poco como antes. Yo creo que se piensa que estamos liados o algo.

Lexie abrió la boca y los ojos y a punto estuvo de lanzar una exclamación.

—¿Y de dónde sacó esa idea? ¿Liado yo contigo? —dijo Cameron con su poco tacto característico.

—¿Por qué lo dices así? —le espetó Eve—. Cualquiera diría que soy un adefesio. Ahora estoy vieja, pero en mis tiempos no estaba tan mal.

—Tú y yo somos amigos. Menuda estupidez —se justificó Cameron.

—Que sepas que tú tampoco eres ningún adonis. De hecho, si hubiera una categoría de hombres poco atractivos tú estarías en la cima. ¡Qué digo en la cima! Serías el número uno de todas los tiempos.

—Eso es estar en la cima.

—¿Te acuerdas de Ben Phelan? —siguió Eve ignorando su comentario—. ¿Aquel que se fue del pueblo porque era tan feo que las madres asustaban a los niños amenazándoles con que lo llamaban? Pues Ben a tu lado me parecería guapo, que lo sepas.

—¿Te he dicho alguna vez lo idiota que eres?

Lexie no pudo evitar una sonrisa al oír a su padre hablar así. No era la primera vez que los escuchaba discutir tontamente. De hecho, tuvo que confesarse a sí misma que se reconocía en aquella estúpida discusión. Quizá esa mujer la había influenciado más de lo que le gustaría reconocer. Subió las escaleras moviendo la cabeza en señal mientras el sonido de las voces se alejaba.

—Tú te crees muy listo, don editor importante. Te recuerdo que dejaste escapar a Follet...

Lexie subió a la buhardilla para dejar lo que había comprado en la papelería de Dylan y después fue en busca de los niños. Al pasar de nuevo junto al despacho de su padre tocó a la puerta y entró.

—Ya has vuelto —dijo Cameron.

—Sí. Hola, Eve.

—Hola de nuevo, Lexie —dijo la mujer sonriendo.

—He pensado que, aprovechando que estás aquí, podría ir a dar una vuelta por la playa con las niñas y Will. A no ser que tengas que marcharte enseguida.

—Claro, claro —dijo Eve—, vete tranquila. Si te parece bien, prepararé la cena y así podéis quedaros más rato.

—No hace falta que te molestes.

—No es molestia. Cameron me ayudará —dijo mirando a su amigo con expresión severa—. No estás inválido.

—Pues a ver si dejáis de tratarme como si lo estuviera —dijo él con mal humor.

—Tú vete y disfruta de tus hijas —dijo Eve mirando de nuevo a Lexie—. Y no te preocupes por nada.

—Te apuntaré mi número de teléfono —dijo Lexie cogiendo un lápiz y un papel del escritorio de Cameron.

—Ha sido divertido, ¿eh? —Lexie se reía a carcajadas mientras Will la miraba con expresión seria.

—Tenemos ideas distintas de lo que es divertido —dijo el muchacho.

—Vamos, Will —le pidió acercándose—, no seas así, no ha sido para tanto.

El muchacho dio un paso atrás asegurándose que no estaba en su radio de acción. Que le hubiese mojado los pantalones y después lo tirase sobre la arena había sido suficiente diversión para un día.

—Solo te he salpicado un poco, mira —dijo Lexie señalándole la pernera del pantalón—. Tampoco es que te vayas a constipar con el calor que hace.

—¿Qué pasa, no tienes datos en el móvil?

La voz de Dylan hizo que todos se volvieran hacia él, sorprendidos.

—¿Por qué no respondes a mis mensajes? —le preguntó a su hijo cuando estuvo a su altura—. He pasado por casa de Cameron para recogerte y no

estabas.

—Uy, no veas que problema —dijo Will con expresión de burla.

—Will... —susurró Lexie aprovechando que estaba cerca del muchacho.

—No me hables de ese modo —dijo Dylan con voz grave.

—Vale, no te rayes —dijo haciendo un gesto con la mano que indicaba que no le diese la tabarra.

—Será mejor que nos vayamos a casa —dijo Dylan visiblemente enfadado.

—¿No podría quedarme a cenar con ellas? —preguntó Will con actitud combativa—. Me apetece bastante, la verdad.

—Podéis venir los dos... —se apresuró a decir Lexie.

—No podemos —respondió su cuñado mirándola con una expresión lo bastante elocuente como para que supiese que no debía volver a intervenir.

—Yo sí puedo —dijo Will—. Estoy de vacaciones, se supone que puedo hacer lo que me apetezca.

Dylan se acercó a él y se paró a muy poca distancia.

—No, no puedes hacer lo que te apetezca.

Había cierta agresividad en ambos y Lexie no entendía a qué se debía, pero estaba claro que aquello no era por no haber respondido a los mensajes de móvil.

—Will, será mejor que vayas a casa —dijo Lexie poniéndose seria—. Si tu padre dice que no puedes, entonces no puedes.

Will la miró irritado por haberse puesto de su parte. Sin decir nada echó a andar.

—Gracias —dijo Dylan antes de marcharse.

Megan y Amy habían observado la escena perplejas. Cuando ya no se les veía seguían paradas en la misma posición y sin atreverse a hablar.

—¿Qué ha pasado, mamá? —preguntó Amy al fin—. ¿Por qué Will estaba tan antipático con su padre?

—Cosas de padres e hijos —dijo Lexie pensativa.

Los observó con el corazón encogido mientras se alejaban, sabiendo lo solo que debía sentirse Dylan en ese momento.

Varios días después, cuando Will se presentó en casa buscando a sus primas, Lexie lo esperaba con un plan alternativo.

—¿A comprar fruta? —preguntó desconcertado.

—Síiii —dijo ella con expresión crítica—. Bien que la comes, así que no te importará ayudarme. Tú eres más fuerte que yo y así no tendré que cargar con tanto peso. Digo yo que puedes hacer algo por tu tía, ¿no?

—Claro —se apresuró a decir él—, lo siento.

Cuando iban de camino Lexie se empeñó en dar un rodeo.

—Me gustaría ver el famoso tulipero.

—Ya veo. Lo de la compra era una excusa —dijo Will sin tapujos.

Lexie mostró una enorme sonrisa al tiempo que se encogía de hombros.

—¿A que he sido inteligente?

Will negó con la cabeza, pero no se resistió a acompañarla.

—No fue muy agradable ser testigo de cómo le hablaste a tu padre hace unos días en la playa —dijo con precaución—. No quiero que pienses que me inmiscuyo en vuestros asuntos, pero tú me hiciste partícipe...

Will bajó la mirada como si se sintiera incómodo.

—Lo siento —dijo sincero.

Siguieron caminando hacia el sendero y Lexie se maravilló del paisaje.

—No recuerdo haber estado nunca aquí —dijo pensativa—. Harley Cook era bastante más mayor que yo, así que nunca estuve en una de sus fiestas. Qué curioso que Holly se casara con él. La vida no deja de sorprenderme.

Will no dijo nada y Lexie lo miró inquisitiva.

—¿Conoces a Holly? ¿Sabes de quién te hablo?

Will asintió.

—Sí, es la madre de Noah. Además, la he visto un par de veces cuando iba con mi padre. Es un poco...

—¿Borde? —Lexie sonrió abiertamente—. Tranquilo, puedes decirlo. Esa era una de sus características más acusadas. Pensé que habría cambiado con la edad.

—Pues... no mucho.

Lexie frunció el ceño pensativa, pero no estaban allí para hablar de Holly. Le daba vueltas buscando cuál era el mejor modo de abordar el tema sin encontrar el tono, pero Will se le adelantó.

—Siento haberme comportado como un gilipollas —dijo con seriedad—. Mi padre y yo estamos un poco raros.

—¿Qué ha pasado?

El muchacho no dijo nada y siguieron caminando durante unos cuantos metros más.

—Creo que se siente decepcionado —dijo al fin.

Lexie lo miró sorprendida.

—Desde que le dije que no voy a dedicarme a la música siento que lo he decepcionado. Sé que para él era importante... —Miró a Lexie con expresión de firme serenidad—. Lo pensé mucho y tengo claro que no es lo que quiero. Me gusta la Física, es mi verdadera pasión y, aunque no se me da tan bien como el piano, es a lo que quiero dedicarme.

Lexie asintió sonriendo.

—¿De qué te ríes? —preguntó Will confuso.

—De lo complicados que somos los seres humanos —respondió moviendo la cabeza—. Tu padre no se siente decepcionado. Te admira muchísimo y está muy orgulloso de ti.

—Ya —dijo con tono incrédulo al tiempo que chutaba una piedra.

—En serio, Will, no podrías estar más equivocado. Dylan está muy orgulloso de la persona que eres. Claro que le gustaría que quisieras dedicarte a la música. ¡Eres un virtuoso del piano! ¿Qué padre no querría que su hijo se dedicase a aquello que le sale con tanta naturalidad? Pero eso no significa que no pueda entender que no quieras escoger ese camino. Lo entiende perfectamente.

—Seguro. ¿Entonces por qué está tan dolido? Todo lo que digo parece molestarle, como si estuviese atacándole todo el tiempo.

—¿Y por eso lo atacas?

Will frunció el ceño de nuevo y la miró molesto.

—Le atacas, Will. Supongo que te has convencido de que es lo que él espera y por eso lo haces. La psicología juvenil es demasiado enrevesada para explicarla, pero funciona más o menos de ese modo. Los hijos suelen hacer aquello que creen que molesta a sus padres porque piensan que es lo que se espera de ellos. Sí, es estúpido si lo dices en voz alta, pero si piensas en tu comportamiento verás que no es tan descabellado como parece.

El muchacho se detuvo y la miró entornando los ojos.

—Crees que ataco a mi padre porque creo que es lo que quiere que haga —dijo con una expresión burlona—. O sea, que en el fondo le estoy dando lo que quiere. Esto quedaría bien en boca de Sheldon Cooper.

Lexie sonrió abiertamente.

—Vaya, vaya, tenemos aquí a un seguidor de mi serie favorita.

—¿Te gusta *The Big Bang Theory*?

—¿Que si me gusta? ¡Me encanta! —exclamó Lexie—. Tengo... tenía todos los capítulos en DVD.

Durante el siguiente kilómetro siguieron charlando sobre Sheldon y sus amigos hasta que llegaron al tulipero.

—¡Vaya! —exclamó Lexie con expresión de sorpresa—. ¡Es realmente grande!

Miró a su alrededor e imaginó cómo quedaría el lugar después de las obras que iban a iniciarse en poco menos de quince días.

—Será un sitio muy agradable —dijo paseándose alrededor del árbol.

—¿Has visto los dibujos de mi padre? Son realmente buenos.

Lexie asintió y lo miró fijamente.

—Volviendo al tema que ha provocado este secuestro, debes saber que tu padre está muy asustado.

—¿Asustado de qué? —Will la miraba sin comprender.

Lexie se mordió el labio. No estaba segura de que Dylan le perdonase que hablase de todo aquello con su hijo sin habérselo consultado antes.

—Ven —dijo haciéndole un gesto con a mano—. Sentémonos aquí, en el suelo. Imaginemos que ya han puesto ese banco.

Will hizo lo que le decía y se sentó junto a ella, con el árbol a sus espaldas.

—¿Asustado de qué? —volvió a realizar la pregunta.

—No sé si soy la más indicada para hablar de esto —confesó sincera—. Pero no soy de quedarme de brazos cruzados viendo cómo crecen los malos entendidos. Dylan me dijo que encontraste las tarjetas que tu madre ha estado enviando por Navidad.

—Ah, eso...

—¿Ah, eso? —Lexie lo miró incrédula.

—Me enfadé un poco, pero tampoco es para tanto.

—De verdad que es increíble —dijo ella sin saber si echarse a reír o darle una colleja—. Tu padre está convencido de que lo odias por ello y que si por ti fuese te irías a vivir con tu madre a Nueva York.

—¿Irme a vivir con ella? —Will la miró como si estuviese loca—. No la conozco de nada. Además, no sé ni donde vive.

—¿No lo pone en las tarjetas?

—No lo sé, no lo he mirado —dijo pensativo—. Pero ¿por qué habría de irme? Él es mi padre y me gusta este pueblo, no quiero estar en ningún otro

lugar. De momento, vaya.

—Las personas somos horribles —dijo Lexie—. Nos montamos unas películas de miedo...

—¿Mi padre te dijo eso? —preguntó el muchacho con curiosidad—. ¿De verdad habló contigo de lo que siente? Debes haberte confundido de persona.

—Muy gracioso —dijo ella haciéndole un gesto de burla—. Es verdad que a Dylan no le gusta hablar de sus sentimientos.

—¿Que no le gusta? Preferiría que le metieran un objeto punzante por uno de los agujeros de la nariz.

—¡Hala! —exclamó ella asqueada—. ¡Qué bestia!

El muchacho se rio al ver su reacción.

—Es un juego que nos traemos mi padre y yo —explicó—. Cuando no queremos hacer algo nos esforzamos en ser creativos con el lenguaje.

—No me parece un juego muy edificante, pero no me meteré en más cuestiones de la familia McWinnell. Una cosa después de otra —dijo levantando las palmas de las manos—. Volviendo al tema que nos ocupa...

—Ibas a contarme por qué mi padre está asustado, aunque sigo sin poder imaginármelo hablando contigo de esto.

Lexie entornó los ojos para mirarlo con severidad. Estaba claro que, cuando las cosas se solucionasen entre ellos, aquel muchacho iba a aprovechar aquella conversación para meterse con su padre.

—Bueno, es más un miedo, ¿sabes? Como cuando algo te da tanta ansiedad que lo vives como si ya hubiese ocurrido.

Will asintió despacio.

—¿Y por eso está tan raro?

Lexie suspiró dejando salir el aire con fuerza.

—Cuando seas padre lo entenderás.

—¿Te refieres a que cuando sea padre me volveré irracional y estúpido? Porque solo con esa premisa puede mi padre pensar que voy a querer irme con la mujer que me abandonó, que jamás ha querido verme y que se dedica a enviar cada año una postal con la fotografía de su perfecta familia, con no sé qué finalidad, porque tendría que descender a un plano muy inferior para poder pensar que lo hace para darme envidia.

Lexie abrió la boca y los ojos y después soltó una carcajada.

—¡Bien por ti! —dijo poniendo la palma de la mano para que se la chocara.

Will la miró como si estuviese loca y Lexie bajó la mano haciendo un mohín con los labios.

—En serio, Will, tienes que hablar con tu padre.

—De eso nada —negó él con una expresión que Lexie conocía ya por haberla visto en el rostro de Dylan—. Le dejaré sufrir un poco más. Creo que esta noche durante la cena mencionaré la Navidad de pasada...

—Eres malvado —dijo Lexie con mirada asesina—. Se lo diré yo para que no puedas torturarlo impunemente.

—No me lo puedo creer —dijo pensativo—. ¿Cómo puede haber pensado algo tan estúpido?

—Los padres siempre tenemos la sensación de que todo lo hacemos fatal y que si tuvierais la oportunidad nos cambiaríais por el primero que vierais por la ventana. Te contaré una cosa que pasó cuando Amy era pequeña. La llevaba a la fiesta de cumpleaños de una de sus compañeras de colegio. Íbamos todas las madres, incluso la de la homenajeadada y Amy iba hablando con ella sobre el precioso vestido que le había hecho a su hija. Y así, como el que no quiere la cosa, va y dice que le encantaría que fuese su mamá. ¡Imagínate la cara que se me quedó al escucharla!

Will sonrió.

—Qué capulla.

—Oye... cuidadito lo que dices de mis niñas —lo amenazó fingiendo enfado—. Aunque un poco capulla sí fue, la verdad. No sabes cómo lloré por aquello.

—Como os gusta el drama...

—Cuando se lo conté a Megan tuvo que consolarme, como hace siempre, por cierto, y recordarme el millón de motivos que demostraban que Amy me quería más que a nadie. —Apoyó las manos en el suelo un poco atrasadas para reclinarsse y estiró las piernas colocando una sobre la otra—. Oh, sí, los padres tenemos un duro camino.

—¿Tu padre también?

Lexie había dejado caer la cabeza hacia atrás para dejar que el sol le diese en la cara. Se sentó más tiesa que un ajo y lo miró sorprendida.

—¿Mi padre?

—Dices que los padres tenéis un duro camino y te preguntó por tu padre. —Will sonreía con ironía, una ironía muy madura.

—¿Cuántos años tienes exactamente, Will?

—Quince.

—Vaya —dijo admirada—. ¿Te han dicho ya que eres demasiado maduro para tu edad?

—Alguna vez —dijo con expresión de estar de vuelta de todo.

—No, en serio —dijo Lexie poniéndose de pie y sacudiéndose los pantalones—, yo te habría echado dieciséis por lo menos. ¡Oh! Pero ¿has visto la hora que es? ¡Madre mía! Se me ha ido el santo al cielo. Tenemos que darnos prisa en volver al pueblo a comprar el pan y la fruta. Megan y Amy me van a matar por privarlas de tu compañía tanto rato.

A Will no le pasó desapercibida aquella treta, se la había visto utilizar a Megan siempre que evitaba responder a algo o no quería enfrentarse a alguien. Como cuando Noah trataba de invitarla a salir. Nunca había visto a nadie con tanto ingenio para eludir una conversación. Debía ser una marca de las chicas Quennell. Sonrió levemente y siguió a Lexie, que había echado a andar con paso acelerado.

Capítulo 13

Cameron miraba a su hija que parecía muy concentrada en lo que estaba haciendo. Lexie medía con una regla metálica la superficie de cartón que iba a convertir en las tapas de un nuevo álbum.

—¿Y no sería más sencillo que los comprarás hechos y luego les pegaras esos papeles y las cosas que le pones? —dijo Cameron desde su butaca.

Lexie levantó la cabeza y miró a su padre por encima de las gafas con cara de pocos amigos.

—¿En serio? ¿Te parece que eso es lo que debería hacer? ¿Por qué no les dices a esos escritores a los que publicas que reescriban Guerra y Paz, pero trasladándolo al Hollywood de los años treinta?

—¿Te crees que no se hace? —dijo su padre con sorna—. Se llama plagio.

—Me gusta hacer mi trabajo —dijo ella volviendo a poner la atención en lo que hacía.

Cameron asintió ligeramente. Desde que tuvo la angina de pecho, Lexie se había acostumbrado a trabajar en su despacho, haciéndole compañía mientras él leía algún manuscrito o hacía informes. Hizo que Dylan la ayudase a bajar su mesa desde la buhardilla y la volvieron a montar junto a la ventana. Hubo que desplazar un poco el escritorio de Cameron y él tuvo que morderse la lengua para no protestar por ello, algo que le costó un gran esfuerzo. Pero, gracias a ello, habían empezado a compartir momentos juntos de manera natural. Un comentario al leer una escena que lo había sorprendido provocó una charla de media hora sobre los ritos en África. Una parada de descanso para hacer café suponía una conversación distendida sobre cualquier tema.

Además, Cameron se estaba acostumbrando a verla trabajar y le sorprendía el cariño y la atención que Lexie ponía en todo lo que hacía. No conocía aquella faceta de su hija y se sentía secretamente orgulloso al comprobar que había cosas en las que se parecían.

—Voy a preparar café —dijo poniéndose de pie y caminando hacia la

puerta.

—Tráeme una magdalena, que tengo un hambre canina —dijo Lexie cogiendo el cúter y empezando a cortar el cartón.

Cuando Cameron volvió con el café y las magdalenas, Lexie dejó lo que estaba haciendo, se recostó contra el respaldo de la silla y subió los pies a la mesa. Su padre ya no la regañaba por hacerlo, había tenido que rendirse y aceptar sus extrañas posturas y sus manías a la hora de trabajar.

—¿Has tomado ya una decisión respecto a la escuela? —preguntó Cameron.

Lexie lo miró unos segundos antes de responder. Se preguntaba si debía soltarle una impertinencia o decirle lo que quería saber de una vez.

—Hablé con ellas hace unos días y están de acuerdo en que nos quedemos el próximo curso. De momento.

Cameron bajó la mirada para no pudiese leer en sus ojos lo mucho que lo alegraba esa noticia. Lexie no le dijo que su angina de pecho había pesado bastante en aquella conversación con sus hijas. Ni que Amy había soltado alguna lagrimilla tras aceptar que no podría ver a sus amigas.

—Papá... —llamó su atención—. ¿Alguna vez hubo algo entre Eve y tú?
Cameron la miró con una sonrisa burlona.

—Así que sí lo pensabas —dijo asintiendo—. Eve me lo dijo.

—Siempre estaba por aquí y tú acudías a su casa en cuanto necesitaba algo. Aunque ni ella supiese que lo necesitaba.

—Eve y yo nos conocemos desde que éramos unos críos. Jugábamos juntos y nos peleábamos constantemente. Eso une mucho —dijo con sorna.

—¿Y nunca te sentiste atraído por ella? Mamá había muerto, no tenías por qué ser viudo para siempre.

Cameron dejó escapar el aire de sus pulmones en un largo suspiro.

—Me temo que soy hombre de un solo amor —confesó.

Lexie lo miró con cierta turbación, resultaba extraño oírle hablar así. Aunque también era muy emotivo pensar que amó de un modo tan intenso.

—¿Cómo supiste que era ella?

Cameron apoyó la cabeza en el respaldo inclinándola ligeramente para mirar hacia el jardín a través de la ventana.

—Recuerdo el momento exacto. Llevaba un vestido azul pálido con unas margaritas diminutas y unas trenzas enroscadas alrededor de la cabeza. —Levantó las manos ligeramente como si tratase de dibujarlas—. Era verano y

hacía mucho calor, pero la brisa movía la falda de su vestido y el sol brillaba en su sonrisa...

Lexie colocó los pies en su silla y apoyó la taza de café en sus rodillas poniendo gran atención en lo que su padre le contaba.

—Qué bonito —susurró ella.

Cameron se volvió a mirarlo sorprendido. Era como si no se acordase de que estaba allí. Se terminó el café y se puso de pie.

—Será mejor que empiece a preparar la cena, las niñas no tardaran en volver.

Lexie lo vio salir del despacho preguntándose qué lo había hecho reaccionar así. Nunca habían hablado de su madre de esa manera, él rechazaba cualquier referencia a una época que debió de ser feliz y ella siempre pensó que le hacía daño mencionándola. Por eso escucharlo hablar de ello de manera espontánea había sido toda una novedad. Pero le supo tan a poco...

—¿Vas a plantar un huerto? —preguntó Dylan entre divertido y curioso.

Lexie lo miró apartando un mechón de pelo con el dorso de la mano.

—Estoy preparando la tierra para plantar, sí.

—Sabes que ahora no es una buena época —dijo él.

—Me ha dicho Eve que remueva la tierra y la deje reposar hasta la primavera.

Dylan asintió.

—¿Y no puedes descansar un rato?

—No estoy cansada.

Dylan la miró con una chispa de irritación y Lexie frunció el ceño sin comprender. No podía seguir trabajando con aquel hombre mirándola desde su altura, que estando ella de rodillas aún era más exagerada.

—¿Quieres algo? Entra y sírvete lo que quieras —dijo soplando para apartarse de nuevo el mechón que había vuelto a caer delante de su ojo derecho.

—Will habló conmigo anoche —dijo malhumorado—. ¿Te importaría levantarte y acompañarme a dar un paseo para que pueda darte las gracias?

Lexie sintió deseos de reír, pero se contuvo consciente de que él no lo entendería. Se quitó los guantes y se sacudió la tierra de sus piernas.

—Dejo el rastrillo y me pongo algo de ropa, vuelvo enseguida.

—No me había dado cuenta de que fueses desnuda —dijo él con ironía.

—No querrás que salga a la calle con estos *shorts* y esta camiseta raída.

—No le pasa nada a tu ropa. Te sienta estupendamente.

Lexie frunció el ceño y se miró las largas piernas. Desde que vivía allí su cuerpo había empezado a cambiar y tuvo que reconocer que tenía unas piernas estupendas, mejores que las de muchas jovencitas. Pero no, negó con la cabeza en silencio, no saldría a la calle con unos *shorts* y una camiseta raída.

—No tardo nada —dijo echando a correr hacia la casa.

—No quería inmiscuirme —dijo ella cuando ya pisaban la arena de la playa.—. De verdad que no era mi intención...

—Lo sé, no hace falta que estés a la defensiva, no he venido a regañarte. Estuvimos hablando hasta las dos de la madrugada. Creo que nunca habíamos hablado tanto ni de cosas tan... difíciles. Es un muchacho increíble. No entiendo cómo puede ser hijo mío.

—Sé de lo que hablas, Megan también es así. Lo cierto es que cuando hablé con él me di cuenta de que era un chico muy especial.

—Empiezo a pensar que se equivocaron en el hospital. Este debía ser el hijo de un filósofo o de un cura.

—O el dalai lama reencarnado. —dijo Lexie dándole un ligero empujón.

Dylan se mordió el labio sonriendo.

—Durante estos años en los que he sido padre he tenido muchos momentos de duda y muchas inseguridades. ¿Podía alguien como yo encargarse de la educación de otro ser humano? ¿Alguien totalmente vulnerable y expuesto a mi buen o mal criterio? Hubo momentos en los que creí que no lo conseguiría.

—Pues ya ves que te equivocabas. Will es increíble —dijo Lexie mirándolo con admiración—. Eres un padre maravilloso, Dylan, puedes estar orgulloso.

Siguieron caminando en silencio durante un rato.

—Yo también sentí esa inseguridad muchas veces —dijo Lexie cuando ya había vagado lo suficiente por sus pensamientos—. La falta de una madre y mi relación con mi padre me hacían sentir que no tenía nada para ofrecer que valiese la pena. Pero tampoco yo lo he hecho nada mal.

Dylan se metió las manos en los bolsillos cabizbajo. Algo lo había perturbado mientras caminaban en silencio. Sus pensamientos no habían sido nada edificantes.

—¿Crees que los hijos están condenados a parecerse a sus padres? — preguntó sin mirarla.

Lexie lo miró con preocupación.

—¿Te refieres a Will o...?

Dylan soltó el aire de golpe con un bufido como si intentase deshacerse de la tensión. Lexie comprendió que estaba hablando de él y de su padre. El sol se ocultó por completo y la oscuridad empezó cernirse sobre ellos con metafórica convicción.

—Sentémonos a hablar de ello —dijo Lexie consciente de que entraba en terreno peligroso.

Dylan la miró con una sonrisa diabólica.

—¿Crees que soy del tipo de tío que se sienta en la arena y vomita sus miserias?

—¿El tipo de tío?

—Sí, esos a los que les gusta hablar sobre sus desgracias y regodearse en ellas como si los demás no tuvieran las suyas propias. No, lo siento, no me interesa.

—¿Yo soy uno de esos «tíos»? ¿O con las mujeres funciona diferente? ¿Nosotras sí podemos hablar de nuestras mierdas? —Hizo un gesto con las manos mostrándole las palmas y luego se encogió de hombros mientras negaba con la cabeza sin dar crédito—. Vale, tranquilo, nada de sentimientos. A partir de ahora solo hablaremos de cosas intrascendentes. ¿Te interesa la botánica? ¿O prefieres hablar sobre los tierraplanistas? El otro día leí un artículo en el periódico que hablaba de eso.

—¿A qué viene esto? ¿Te has enfadado?

—¿Enfadarme? ¿Por qué habría de enfadarme?

—No tengo ni idea.

—No, claro que no tienes ni idea —dijo deteniéndose en medio del paseo con las manos en la cintura—. El señor «yo no hablo de mis sentimientos» no sabe por qué me he enfadado.

—¿Qué pasa? ¿Es obligatorio que quiera hablar de mis neuras? Digo yo que podré hablar de lo que me dé la gana. ¿O así es como funciona contigo? Ha de hacerse lo que la señora quiera...

Lexie apretó los labios. Estaba realmente enfadada y más al ser consciente de que estaban dando un espectáculo. Ahora fue ella la que lanzó un bufido y después se alejó de él caminando hacia la orilla y rezando porque se fuese y la

dejase en paz. Dylan la observó mientras se alejaba y en su cabeza resonaba una potente voz gritándole que huyese lo más rápido y lo más lejos que pudiera. ¿Qué le pasaba a esa mujer? Era la persona que más le había sonsacado en toda su vida. Desde el principio le había hecho hablar de cosas de las que no había hablado con nadie. Pero pretendía llegar demasiado adentro y eso no podía permitirlo.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo colocándose junto a ella.

Ella se giró a mirarlo y Dylan se sorprendió de que tuviese los ojos llenos de lágrimas. Una sensación demoledora lo atravesó. ¿Esas lágrimas eran por su culpa?

—Te he contado cosas muy íntimas —dijo esforzándose en controlar las lágrimas—. Creía que tú... ¡Oh, déjalo!

Dylan no la dejó alejarse, la sujetó con suavidad obligándola a mirarlo a los ojos.

—¿Yo qué?

—Creía que te importaba lo que me... lo que nos pasaba.

—¡Claro que me importa! —exclamó él con el ceño fruncido una expresión de desconcierto total—. Me importa muchísimo.

—¿Entonces yo puedo compartir mis mierdas, pero tú no puedes compartir las tuyas? ¿Así es como funciona Dylan McWinnell?

—No tengo ni idea de cómo funciona Dylan McWinnell —dijo soltándola y moviéndose inquieto—. Desde que apareciste en mi vida no sé nada de ese tipo.

Lexie fue ahora la que lo miró sorprendida, pero rápidamente borró aquel comentario de su mente como si no pudiera procesarlo.

—Las cosas no funcionan así, Dylan. Si yo puedo contarte mis cosas, tú puedes contarme las tuyas. ¿Crees que iré a contarte mis preocupaciones sabiendo cómo piensas? No, ni loca. Esto es una vía de doble sentido, si cierras a ese lado no voy a molestarme en pasar.

Dylan la miraba con intensidad.

—¿Quieres decir que para que tú me cuentes algo que quieras contarme antes debo contarte yo cosas que no quiero contarte? ¿Así es como va a ser esto?

—¿A qué te refieres con «esto»? —preguntó molesta.

—A esto —él los señaló a ambos alternativamente.

—No hay un «esto».

—¿Ah, no? ¿Y de qué estamos discutiendo entonces?

—¡Oh, déjalo, por Dios! —dijo dándole la espalda.

—Deja de intentar huir cada vez que te saco de quicio —pidió el frenándola.

Lexie volvió y se plantó delante de él. A esa distancia la altura de Dylan era más evidente.

—Está bien, perdona, tienes razón. En todo. No debo irme cuando no me gusta lo que me dices y no tienes por qué hablar de nada que no desees. Me he portado como una cría y no debería haberme puesto así. ¿Ahora puedo irme ya?

—Te acompañaré —dijo él visiblemente molesto.

—No necesito un guardaespaldas y Will te estará esperando en tu casa para cenar.

Dylan la vio alejarse con un sentimiento de impotencia y de pérdida incompresibles. ¿Qué acababa de pasar allí? ¿Por qué su corazón latía como un caballo desbocado y tenía ganas de gritarle al mundo?

Capítulo 14

—¿Lleváis las patatas fritas? —preguntó Lexie saliendo de la casa detrás de ellos—. No se puede ir al faro sin patatas fritas.

—Hola, Will —dijo Amy como si no hubiese nadie más allí.

—Hola, Amy —la saludó su primo—. Hola, Megan. Señor Quennell, señora McHin.

—Hola, muchacho —dijo Cameron—. Dylan, ¿te apuntas a nuestra excursión al faro de los domingos?

—Gracias, Cameron, otro día.

—Como quieras. ¡Vámonos pandilla!

Lexie los despidió con la mano tratando de mostrarse feliz y serena para que Dylan no percibiese lo nerviosa que la ponía que estuviese allí parado mirándola. No se habían visto desde que discutieran cuatro días atrás y temía ese momento mucho más de lo que hubiese reconocido ante nadie.

—Ya no te ven —dijo Dylan después de un rato.

—Mis hijas tienen una vista de lince —dijo Lexie sin dejar de saludar sin encontrar el modo de escabullirse.

—Demos un paseo —dijo Dylan.

—¿Paseo? Oh, no, no me sientan bien los paseos —dijo dándose la vuelta para entrar en la casa.

—Lexie, no me voy a ir hasta que hablemos. Podemos hacerlo dentro de la casa de Cameron o podemos ir a mi casa dando un paseo.

—¿A tu casa? ¿Y por qué tendríamos que ir a tu casa?

—El día que viniste no te mostré el jardín. Quería que lo vieses cuando estuviese terminado.

Lexie trató de encontrar el modo de negarse sin parecer una cría asustada.

—No me iré —insistió él.

Quizá lo de dar un paseo no era tan mala idea, por el camino podrían pelease y acabar con aquello de una vez por todas, se dijo mientras levantaba

una ceja con expresión irónica.

—Mejor que no me digas lo que estás pensando —dijo burlón.

—No pensaba hacerlo —respondió ella con un mohín—. Cogeré las llaves y el móvil.

Hacia un día espléndido, el sol brillaba en un cielo despejado y los colores se iban intensificando a medida que se alejaba el verano.

—Ahora es más agradable pasear —dijo Dylan—, ya no hace tanto calor. El otoño es mi época del año preferida.

—¿En serio? —dijo sorprendida—. También es la mía.

—Aunque todas las épocas tienen su encanto —siguió hablando él.

Parecía relajado y mucho más afable que de costumbre.

—Quiero que sepas que he pensado mucho en lo que pasó y que entiendo tu postura —dijo Dylan entrando en materia.

—¿Crees que la entiendes?

—No estés a la defensiva conmigo, Lexie —pidió.

—Está bien, lo intentaré.

Dylan suspiró, no iba a ser fácil, tal y como había pensado.

—Nunca he hablado de mí con nadie —dijo mirando hacia el camino por el que avanzaban.

Lexie lo miró con curiosidad.

—¿Ni siquiera con Keira? —preguntó refiriéndose a su mujer.

Dylan negó con la cabeza.

—Ni siquiera con Will, que es la persona que mejor me conoce del mundo. Nunca he podido hablar de lo que siento. De lo que guardo.

—No quiero que te sientas obligado a... —Lexie se paró en mitad del sendero—. Escucha, Dylan, no tiene que contarme nada si no quieres. Yo también he pensado en lo que pasó y me siento fatal por haber sido tan intransigente. Me molestó lo que dijiste porque en el fondo me sentía mal por contarte lo que pasó tras la muerte de Owen. No sé por qué lo hice, no suelo ser así, no voy contando mis cosas a la gente. Odio a los que hacen eso.

Dylan sonrió ligeramente y Lexie frunció el ceño.

—¿Te parezco tonta? Sí, claro que te parezco tonta —dijo caminado de nuevo a buen ritmo—. Seguro que a partir de ahora cuando busques la palabra tonta en el diccionario aparecerá mi foto. No una foto muy favorecedora, una de esas que te hacen cuando no te das cuenta y tienes cara de haberte comido una almendra amarga.

Dylan se reía a carcajada y Lexie lo miró sorprendida.

—Pero no te rías —pidió.

De pronto ella misma rompió a reír también a carcajadas y toda la tensión que había entre ellos se disipó.

—¡Dios mío! —exclamó Lexie cuando vio el jardín trasero.

No se parecía en nada a lo que era aquel terreno en vida de Ethan McWinnell. Dylan había plantado árboles, setos y flores, había quitado el vallado y construido un bonito camino de piedra que llevaba hasta el sendero.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! —dijo juntando las manos a la altura de la boca y mirando a su alrededor como si en lugar de un simple jardín estuviese viendo una obra de arte—. ¿Qué árboles son esos? ¡Están llenos de flores! Parecen esos árboles orientales que salen en las películas.

—Así es —afirmó orgulloso—. Ese un Magnolio rosado y aquel un Cornejo blanco. Esos dos de ahí son cerezos japoneses y he plantado diente de león en la base.

—Sabes mucho de botánica.

—En realidad, no —dijo sonriendo—. Todo eso lo eligió Will. Lo leyó en un libro y cuando buscó los árboles le parecieron tan increíbles que me insistió para que los plantásemos.

—¿La idea de la hamaca también fue suya? —preguntó Lexie caminando hacia la tela con rayas anaranjadas que colgaba de dos árboles más altos.

—No, eso fue idea mía. Me encanta tumbarme aquí a mirar las estrellas. Ese pino ya estaba ahí, solo tuve que hacer que plantaran otro para que hubiese dónde sujetarla. Cuando Will era pequeño solíamos pasar una semana al año en las montañas y siempre llevábamos una para dormir. Le encantaba ver la estrellas acurrucado en mis brazos.

Lexie vio la emoción en sus ojos.

—Yo siempre he querido ir a Grecia —dijo de pronto—. Es mi idea del paraíso, una isla griega. ¿Has visto Mamma Mía? ¡Pues eso!

Lexie caminó hasta la hamaca y acarició la tela como si fuese algo muy especial, aunque en realidad lo que le parecía especial era él y no quería que lo viese en sus ojos. Se paseó por el jardín y se detuvo en cada rincón y en cada detalle.

—Es... —Estaba completamente alucinada—. No tengo palabras. No es solo que lo hayas convertido en un lugar precioso, es que has borrado por completo la huella de tu padre.

Dylan la miró de un modo que hizo que se detuviera sobrecogida.

—¿Cómo fue con él? —preguntó con voz ronca.

Lexie comprendió que estaba preguntando por Owen y lo que ocurrió cuando él se marchó.

—Me explicó que las cosas se calmaron cuando te fuiste —dijo con precaución—. Aunque seguía golpeándolo cuando se emborrachaba dejó de ser tan cruel como lo había sido contigo.

En el rostro de Dylan se percibía perfectamente lo que estaba sintiendo y Lexie se sintió conmovida con aquella mirada perdida en el horizonte y un intento de sonrisa que provocaba que su rostro se viese aún más triste. Puso una mano sobre su brazo, quería que supiese que no estaba solo. Dylan dio un paso hacia atrás, despacio y sin brusquedad mientras seguía con aquella estúpida sonrisa que amenazaba con hacerla llorar.

—Sentémonos allí —dijo Lexie señalando los escalones de la entrada trasera.

Lo hicieron y durante un par de minutos disfrutaron del bello espectáculo que proporcionaba el jardín.

—¿Sabes lo peor de todo? —dijo Dylan de pronto, como si acabase de descubrirlo—. Que me acostumbre. Me acostumbre a que me pegara, a que me quemara con sus cigarrillos, a que se burlara de mí cuando le pedía clemencia. Me acostumbre a todo eso y lo incorporé a mi vida cotidiana. No sé en qué momento dejé de tenerle miedo. ¿Qué podía hacerme que no me hubiese hecho ya? Pero un día vi cómo miraba al pequeño Owen —dijo entre dientes—. Yo conocía muy bien aquella mirada, la tenía grabada en el cerebro. Era la que hacía que me preparase porque sabía lo que venía después. A él nunca lo había mirado así. Debía tener... cuatro años, sí, porque yo entonces tenía diez. Y entonces ya no volvió a tratarse de mí, siempre fue Owen. Se convirtió en mi misión en la vida. De repente aquello respondía a todas mis preguntas. —Miró a Lexie con los ojos brillantes y la mandíbula apretada—. Durante todos esos años de golpes y torturas me pregunté ¿por qué? ¿Qué bien le hago a nadie viviendo? Y de repente lo comprendí: debía proteger a Owen.

Lexie no pudo evitar que cayeran dos lágrimas de sus ojos. Se limpió rápidamente intentando que él no la viera llorar. Dylan sonreía al pensar en su

hermano y asentía con la cabeza como si estuviese viendo en ese momento.

—No digo que pudiese protegerlo siempre, a veces estallaba la tormenta y yo no estaba en casa, pero te aseguro que le paré muchos golpes.

—Lo sé —dijo ella con voz ronca y emocionada.

Dylan agachó la cabeza como si le pesara y se mantuvo así durante algunos segundos.

—Tuve que irme —dijo sin levantar la cabeza—. En cuanto fui lo suficientemente fuerte dejó de pegarme, le había dejado claro que no saldría bien parado si volvía a intentarlo. Pero estaba mi madre. Cuando lo amenacé con matarlo si volvía a tocarla ella me pidió que me marchara. Aún puedo verla con aquellos ojos desquiciados y las manos crispadas sujetándose a mi camisa. Era toda piel y huesos y apestaba a alcohol, pero en aquel momento tuvo un instante de lucidez y comprendió lo que iba a pasar si yo seguía allí.

Lexie cerró los ojos un instante imaginando lo terrible de aquella situación. Tanto si se ponía en el lugar de su madre como si lo hacía en el de Dylan podía entender que aquel fue un momento crítico en sus vidas.

—Quería salvarte —susurró Lexie—. Cualquier madre habría temido que su hijo se viese en una situación como esa.

Dylan giró la cabeza y la miró dejándola sin aliento. Aquellos ojos eran los del mismísimo demonio y la atravesaron como una afilada y fría hoja de metal.

—No, lo hizo para salvarlo a él. Nunca movió un dedo para defenderme. Cuando era un niño pequeño se encerraba en su cuarto para no oír cómo la llamaba pidiéndole ayuda.

Lexie sintió que se le partía el corazón en mil pedazos al ver las lágrimas que brotaban de sus ojos sin que él pudiese impedirlo a pesar de sus esfuerzos. Dylan se levantó y se alejó de ella. Necesitaba apartarse para poder filtrar aquellos sentimientos que había mantenido ocultos toda su vida. El dolor se movía en todas direcciones extendiéndose como una mancha de alquitrán en medio del océano y arrasándolo todo a su paso.

¿Cómo pudo ella permitirlo? ¿Cómo dejó que él lo torturase durante años sin hacer nada para protegerlo? ¿Qué clase de madre hace eso? Y aun así él siguió tratando de impedir que ella sufriese, interponiéndose entre su padre y ella y recibiendo más de una paliza por ello.

Lexie se levantó lentamente y caminó hacia él conteniendo el irresistible impulso de correr a abrazarlo.

Dylan se puso las manos en la cintura y movió la cabeza al tiempo que se mordía el labio. Después suspiró y sorbió las lágrimas dando por terminado aquel momento de debilidad.

—¿Qué bien puede hacer esto? —le preguntó mirándola enfadado—. ¿De qué sirve remover el pasado?

Lexie lo pensó unos segundos antes de responderle.

—Todo eso está dentro de ti porque tú has decidido esconderlo ahí —dijo sin apartar la mirada de sus brillantes ojos—. No es tuyo, es de ellos y no tienes por qué cargar con ese peso.

—Palabrería —dijo con desprecio—, un montón de frases sin sentido. No sirve para nada. No podemos cambiarlo, no podemos regresar y arreglarlo. No puedo decirle a ella que no merecía ser mi madre. No puedo decirle a él lo que es ser un buen padre. Mostrarles a ambos lo que Owen y yo hemos hecho. Que vean lo orgulloso que me siento de mi hijo y lo muchísimo que lo amo.

Lexie ahogó un sollozo y apretó los labios con una de sus manos tratando de contener el torrente de lágrimas que la amenazaba.

—¡Oh, maldita sea! Lo último que quería era hacerte llorar.

Lexie sonrió y su rostro anegado en lágrimas lo desarmó por completo.

—¿En serio te vas a preocupar por mí? Después de las cosas que me has contado, ¿puedes pensar en mí?

Dylan dio un paso hacia ella y su mirada la hizo estremecer. Cuando la besó todas las emociones que había sentido hasta ese momento se trocaron de manera sorprendente transformándose en algo imposible. Lexie se había puesto de puntillas para llegar hasta él y todo su cuerpo respondió como si hiciese una eternidad que esperase ese momento. Las manos de Dylan subieron por su espalda hasta su pelo y se enredaron en él cuando ella lo abrazó decidida.

—¿No es una locura? —dijo ella cuando él se separó lo suficiente, pero no lo bastante para creer que había terminado.

—Bendita locura, entonces —dijo él contra su boca, antes de volver a besarla.

Lexie sintió que se movían, pero estaba tan mareada que no supo hacia dónde. Cuando su espalda chocó contra algo rugoso y duro solo podía pensar en la mano que descendía hasta su pecho y lo acaparaba ambiciosa mientras con la otra Dylan la sujetaba por la nuca para guiar el aquel profundo beso. Exploraba su boca como si no se saciara por muy adentro que llegase y ella

aportaba un deseo irreprimible que subía desde su sexo recorriéndola como una descarga eléctrica.

Dylan apartó su boca de nuevo, pero su cuerpo estaba pegado a ella como si no pudiera desprenderse de su contacto.

—¿Querrías salir a cenar conmigo? —preguntó con una voz tan seductora que a Lexie le temblaron las piernas.

—¿Cenar? —preguntó.

—Sí, ya sabes, eso que se hace en una mesa y con un plato delante.

—¿Me estás pidiendo una cita? —preguntó sin poder apartar la mirada de aquellos sensuales labios.

—No me parece bien llevarte a mi cama sin ni siquiera haber salido una noche juntos. Quiero que tengas tiempo de pensarlo bien.

—No he salido con nadie últimamente —dijo ella con timidez.

—Yo tampoco —dijo él sonriendo.

—Es un poco raro. ¿No te parece raro? No sé, somos cuñados...

—Sí, es raro, pero no es esa la pregunta que importa, ¿no crees? —apartó un mechón de pelo con mucha delicadeza—. ¿Te apetece? Esa es la pregunta que deberías responder.

Lexie lo miró sorprendida. ¿Cómo nunca se fijó en lo guapo que era? Apenas recordaba al muchacho antipático y cínico que solía burlarse de su hermano porque siempre estaba con la pequeña Quennell.

¿Le apetecía? Se sentía muy cómoda con él, casi podría decir que se sentía segura a su lado. Era un hombre complejo que llevaba años cargando con mucho sufrimiento. ¿Quería eso en su vida? ¿No era ya bastante complicada? Recuperó la cordura que había perdido al sentir sus labios y lo apartó con suavidad alejándose del árbol en el que se apoyaba. Dylan la observó mientras se arreglaba la ropa. Ella esquivando su mirada y buscaba las palabras justas.

—Tranquila, no hace falta que digas nada —dijo con serenidad—. Ya has respondido.

—Me gustaría que siguiésemos siendo amigos —dijo Lexie intranquila—. Valoro mucho la relación que tenemos...

Él asintió y se metió las manos en los bolsillos como si temiese que actuasen por cuenta propia.

—Amigos, pues.

—¿Puedo preguntarte algo más? —dijo ella consciente de lo poco

adecuada que era su actitud después de lo que había ocurrido entre ellos.

Lo mejor habría sido separarse para borrar aquel momento, pero había muchas cosas que quería saber. Dylan asintió con la cabeza.

—¿Qué ocurrió en el funeral? —preguntó Lexie.

—¿Quieres seguir hablando de esto?

Lexie asintió y Dylan se encogió de hombros, desconcertado.

—Ya había nacido mi hijo —dijo Dylan apartándose y dirigiendo su mirada hacia el magnolio, como si mirarla a ella le impidiese concentrarse—. Había sentido la fragilidad de aquella criatura en mis manos y eso me aterrorizó. Alguien tan indefenso en mis brazos, a expensas de lo que yo quisiera hacer con él...

Lexie se estremeció al comprender lo duro que tuvo que ser recordar lo que su padre hizo con él, en lugar de protegerlo, como era su deber.

—¿Cómo puede alguien apagar su cigarrillo en el brazo de un niño que apenas ha empezado a caminar? ¿Cómo fue capaz de empujarme escaleras abajo porque le estorbaba para ir a buscar una botella? —Se volvió hacia ella y sus ojos no tenían expresión ninguna—. ¿Cómo podía estar seguro de que no me había transmitido su veneno y acabaría convirtiéndome en él?

Lexie abrió los ojos horrorizada.

—¡No! —exclamó sin poder contenerse—. ¿Cómo pudiste siquiera pensar algo así?

Dylan no respondió, simplemente siguió hablando como si no la hubiese oído.

—Cuando supe de la muerte de mi madre decidí que era el momento de volver a River Place, de ponerme frente a él y decirle la clase de hombre que era y que yo jamás sería como él. Después del funeral me marcharía de nuevo sin volver la vista atrás dejando allí todo el lastre que había arrastrado durante años. Pero no estaba preparado para nada de lo que sentí cuando entré en aquella casa. Cuando vi a mi hermano, la expresión con la que me miró...

Lexie frunció el ceño sin comprender.

—Me miró con un profundo desprecio. No digo que me esperase un abrazo, aunque lo habría deseado, pero él simplemente me miró con aquel desprecio y me dijo: has llegado demasiado tarde. Después salió de la casa y no lo vi hasta que estuvimos frente a la fosa en la que íbamos a enterrar a nuestra madre.

Lexie cerró los ojos un segundo, pero no dijo nada.

—No lo culpo, me odiaba por haberlo abandonado. —Dylan se llevó una mano a la cabeza mirando hacia la hamaca que se movía ligeramente con la brisa—. Supongo que necesitaba alguien a quien echarle la culpa de su desgracia. Lo sé porque yo me sentí así durante años.

—Habías sufrido demasiado —dijo ella sin poderse contener—. Estoy segura de que Owen lo entendió después.

—No pude explicarle por qué me marché. Que lo hice para no matar a nuestro padre y porque estaba hastiado de todo y cansado de vivir. Ni siquiera lo pensé, tan solo cogí algo de ropa, vacié el bote de mermelada en el que guardaban el dinero y me largué. El odio me carcomía las entrañas y se había fijado una idea en mi mente de la que no podía deshacerme. Supongo que a partir de ese momento Owen me sustituyó y me odió por ello.

—Es cierto que tu padre le pegaba, pero nunca le hizo las cosas que te hizo a ti —dijo ella sin apartar la mirada de aquellos ojos que parecían tener el alma en sus pupilas—. Además, tú lo protegiste durante años.

—Cuando vi a mi padre... —Dylan movía la cabeza con perplejidad—. Iba vestido con un traje negro y tenía los ojos llorosos. Me dieron ganas de vomitar. Me pareció un viejo patético y ridículo estando sobrio, no podía creer que aquel despojo miserable nos hubiese estado torturando durante años. Luego, en el funeral, empezó a decir un montón de mentiras sobre lo mucho que la quería y el sufrimiento que le provocaba su muerte... Habló de lo desagradecidos que son los hijos que abandonan a sus padres después de que ellos les hayan dado sus mejores años... —Hizo una pausa para recuperar la serenidad que aquellos recuerdos le estaban quitando—. Por suerte me detuvieron. No querría que mi hijo tuviera a un asesino por padre.

—¿Sabe que estuviste en la cárcel?

—Sí.

Lexie asintió en señal de reconocimiento por ello. Es mejor que los hijos conozcan las debilidades de sus padres por ellos mismos.

—Eres una mujer peligrosa, Lexie Quennell —dijo casi con ternura.

—¿Ya me has expulsado de la familia McWinnell?

—Jamás haría eso —dijo él con sorna—, le has dado a esta familia un buen lavado de cara.

—Y yo pensando que mi padre era lo peor —dijo ella sonriendo con tristeza—. Aunque hay algo que me sobrecoge. ¿Cómo es posible que nuestros padres fuesen amigos alguna vez?

—Esto es un pueblo —dijo él—, todo el mundo se conoce. Siendo de la misma edad, se harían amigos de manera natural.

—Pues me dan escalofríos cuando pienso en ello —dijo Lexie con sinceridad—. Me dijiste que tu madre estaba enamorada de mi padre. ¿Conoces la historia de eso?

—Ya te dije que hablastes de esto con tu padre.

—Cameron solo habla de lo que quiere y está claro que de esto no quiere.

Dylan se encogió de hombros.

—Ya veo que no vas a ayudarme con esto.

—¿Te gustaría que alguien le contase a tus hijas algo que tú no quieres que sepan? ¿No estaría ese alguien traicionando tu confianza?

Lexie lo miró molesta. Tenía razón y eso la irritaba porque no podía rebatírselo.

—Está bien —dijo a regañadientes—. Lo entiendo.

—Habla con él —insistió Dylan—. Has sido capaz de sacarme cosas que no le he contado jamás a nadie. No creo que Cameron pueda resistirse a tu perseverancia.

—Debería volver —dijo Lexie caminando hacia atrás—. ¿Estamos bien?

Dylan asintió sin moverse de donde estaba. Sus ojos tenían un brillo especial y Lexie sintió una punzada en el costado que achacó a las muchas lágrimas que había contenido aquella mañana.

—Hasta luego —dijo dándose la vuelta para acelerar el paso.

Antes de perderse de vista giró la cabeza y lo vio en el mismo sitio mirándola.

Capítulo 15

Las vacaciones acabaron, empezaron las clases y el otoño hizo su entrada triunfal en la vida de Lexie. Sus álbumes se tiñeron de ocres y marrones y los días eran cada vez más cortos. Lexie tenía más tiempo para trabajar con las niñas ocupadas con sus estudios y avanzó mucho en sus proyectos. La Web había empezado a dar sus frutos y ya tenía pedidos *online*. No había contado con que no conocería a las personas que le hiciesen los encargos y para ella era importante el trato personalizado, así que ideó una especie de *test* que la ayudase a conocer los gustos de sus clientes. En ese *test* les hacía elegir entre diversas imágenes y de ese modo calibraba sus gustos en cuanto a colores y formas de una manera divertida. Sabía que no era efectivo preguntar simplemente cuál es el color preferido de alguien. Los colores no nos producen el mismo efecto en diferentes objetos o formas. No es lo mismo el azul en el cielo que en unos zapatos.

Dylan se mantenía en un segundo plano, acudía siempre que lo necesitaban, pero no dio más pasos en una dirección que no llevaba a ningún lado. Will pasaba más tiempo en casa de los Quennell y Lexie visitaba asiduamente la tienda de manera que aprendieron a relacionarse manteniendo una prudencial distancia, aunque las chispas saltaban por doquier cuando estaban en la misma habitación.

Los meses pasaron y las heridas de Lexie fueron cicatrizando. Su vida con Owen le parecía cada vez más lejana y de repente una mañana de noviembre se despertó sin un ápice de rencor en su corazón. Después de casi seis meses pudo por fin pensar en la vida que habían compartido sin sentir deseos de llorar ni de autocondolencia. En ese momento comprendió que ya no le importaba que la hubiese engañado, que podía aceptar que su relación se acabó mucho antes, cuando ambos dejaron de amarse. Siempre lo querría y Owen ocuparía un lugar en su corazón y en sus recuerdos, pero no podía seguir fingiendo que él había sido el amor de su vida. No era justo para ella.

A partir de ese instante decidió que era el momento de construir una nueva vida. Una vida meditada y no forjada sobre un embarazo inesperado y una huida hacia delante. No haría nada que no deseara hacer ni permitiría que otros dictaminase su futuro. Era libre, apasionantemente libre.

—¿Cuál era el problema? —preguntó dejando la taza de café junto al ratón y mirando a Dylan con curiosidad.

—Había un código html erróneo —dijo él cogiendo la taza para beber un sorbo—. Estas páginas están muy bien, pero si manipulas el código debes hacer una copia de seguridad.

—No soy consciente de haber manipulado nada. Aunque es cierto que entré ahí el otro día —dijo señalando en la pantalla la sección con palabras extrañas y en diferentes colores.

Dylan cerró la versión editable y abrió la Web para asegurarse de que todo volvía a estar correcto.

—Ya lo tienes —dijo levantándose de su silla y apartándose para dejarla a ella.

Lexie se sentó y comprobó si tenía pedidos.

—Tres álbumes más —dijo con preocupación—. A este paso no podré hacerlo sola.

—Lo dices como si fuese algo malo —dijo él sonriendo.

—No, pero esto tenía que ser algo artesanal, algo que hiciese yo. Si tengo que empezar a buscar gente para que trabaje conmigo, se convertirá en otra cosa.

—Se llama empresa.

Lexie asintió, cogió su taza y se puso de pie al tiempo que señalaba unos cojines para sentarse en el suelo.

—¿Quieres que me siente ahí? —dijo él con expresión cómica.

—Son sillones muy cómodos, aunque no te lo parezca —dijo ella sentándose.

Tuvo que concentrarse para mantener el equilibrio hasta que el cojín se estabilizó. Dylan la imitó y después de caerse hacia los lados varias veces consiguió su propósito. Lexie se reía a carcajadas.

—Ha sido muy divertido.

—¿Por eso los has comprado? ¿Para reírte de la gente?

—Will fue muy divertido. Pero no es tan rancio como tú, claro.

—¿Has hablado con Cameron? —preguntó Dylan.

—Lo he intentado varias veces, pero creo que me doy por vencida.

—Te has rendido demasiado pronto —dijo provocador.

—Oye —lo frenó ella—, ¿tú de qué vas? No me rindo jamás.

—Excepto con tu padre.

—No quiere contarme nada. ¿Quieres que le ponga un cuchillo en el cuello?

—¿Así hablaría? —preguntó con sorna.

—Tú podrías solucionarme el problema si quisieras.

—Va a ser que no.

Lexie se removió incómoda.

—Es desquiciante —dijo entre dientes—. No me gustan los secretos y no puedo hacer nada para que habléis. ¡Qué rabia!

Dylan no pudo evitar sonreír, a pesar de la tensión subyacente en cada conversación que mantenían a solas.

—¿Te hace gracia? —dijo ella poniéndose de pie molesta.

Él dejó la taza en el suelo y la imitó, no sin dificultad.

—Will ha aceptado seguir estudiando música hasta que vaya a la universidad. Dice que no le quita tiempo de sus estudios, que lleva un buen ritmo y que cree que puede seguir compaginándolo.

—¡Oh! —exclamó ella con una gran sonrisa sacudiendo de un plumazo su malhumor—. ¡Cuánto me alegro! Era realmente una pena perder algo tan valioso.

—Ha sido gracias a vuestras largas conversaciones.

—Que va, yo no he hecho nada, tan solo le escucho.

—Nosotros no opinamos lo mismo.

Lexie amplió su sonrisa.

—La verdad es que soy genial —dijo satisfecha

—Lo eres.

Fue consciente del cambio en la expresión de Dylan. De hecho, se había acostumbrado a ver ese cambio a menudo en los últimos meses. Se mordió el labio inquieta, consciente de que estaban en una buhardilla y no había dónde esconderse.

—¿Quieres ver cómo está el huerto? —preguntó nerviosa.

Dylan asintió y salieron de allí apresuradamente. Los niños habían ido a

dar su paseo hasta el faro con Cameron y Eve, como todos los domingos por la mañana.

—No veo mucho cambio —dijo él con sorna.

El terreno seguía con la tierra removida y completamente vacío.

—Ya te dije que lo tendré en reposo hasta la primavera.

—Ya veo —dijo él mirando el pedazo de tierra marrón—. Quizá no deberías preguntar a todo el mundo si quiere verlo hasta que haya algo que ver.

—Eres un rancio —dijo ella con un mohín.

—Creo que me voy a pasar por la tienda. Ayer me llegó un pedido y no tuve tiempo de colocarlo —dijo él dándose la vuelta para marcharse.

—No serían mis plantillas y sellos —dijo ella dando saltitos junto a él.

—Las pedimos hace dos días —dijo él mirándola muy serio, como si la estuviese regañando—. Ni que viajaran en avión.

Lexie hizo una mueca de burla y se encogió de hombros.

—¿Quieres comer con nosotros? —preguntó.

—No, gracias, no sé cuánto tardaré en organizarlo todo, así que comeré algo en la cafetería.

—¿Will puede quedarse?

—Lo que él quiera —dijo.

Lexie lo observó alejarse consciente de que no lo estaban consiguiendo. Los dos se habían esforzado mucho en mantener la relación como era antes de aquel arrebato ocurrido en el jardín trasero de su casa, pero estaba claro que habían fracasado estrepitosamente. Se dio la vuelta para mirar el terreno en barbecho y sintió de nuevo aquella punzada en el costado que la atacaba a traición y sin avisar siempre que Dylan estaba cerca. Su cuerpo la castigaba por no tener en cuenta lo que deseaba.

Se sacudió aquellos pensamientos de la cabeza. De ningún modo iba a dejarse llevar por unos sentimientos que no les traerían más que problemas. Ya tenía bastantes quebraderos de cabeza como para añadir uno más. ¿Qué dirían las niñas? ¿Y Cameron? Además, Dylan era una persona con el corazón hecho trizas. ¿Cómo podría lidiar con eso? A saber qué complicaciones podrían surgir de una relación amorosa tan compleja. No, ahora debía pensar en ella.

—Es mejor así —susurró—. Yo estoy bien y las niñas están bien. No necesito amor en mi vida, tengo de sobra con el de mis hijas.

Pero allí estaba aquel dolor punzante otra vez. Lexie se dio una palmada en el costado.

—No vas a conseguir nada —le dijo a su cuerpo como si fuese un ente externo—. Ya puedes doler todo lo que quieras.

Se dirigió a la casa con actitud resuelta. Había que preparar la comida. Y por la tarde tendría mucho que organizar para los encargos que le habían llegado a través de la Web. Aquella semana iba a estar tan ocupada que no tendría tiempo de pensar en tonterías.

—¿Por qué estáis discutiendo? —Lexie salió al porche al escuchar las voces airadas de sus hijas.

—Amy se ha enfadado conmigo porque he ido a casa de Will sin ella —explicó Megan—. Me ha llamado esta mañana cuando ella estaba en el pueblo con el abuelo. Quería enseñarme las nuevas partituras que llevaba un mes esperando. Son para el concierto de Navidad y estaba muy ilusionado con enseñármelas. ¿Cómo iba a decirle que no?

—Tienes prohibido salir con él y lo sabes —dijo Amy cruzando los brazos delante del pecho con muy mal humor—. Hicimos un trato.

—Solo he ido a su casa a escucharlo tocar el piano. Ni siquiera hemos jugado a nada, aunque me lo ha pedido, he vuelto enseguida.

Lexie soltó un sonoro suspiro y miró a sus hijas con tristeza.

—Venid, vamos a sentarnos ahí —dijo señalando un banco del jardín.

Las niñas la siguieron, una agobiada y otra enfadada, y se sentaron a ambos lados de su madre.

—¿Habéis visto el futuro huerto? —dijo señalando la porción de tierra removida que esperaba para ser cultivada—. Ahora es solo un pedazo de tierra, sin nada que ofrecer. Hay algunas plantas aéreas que se aprovechan de sus nutrientes y unos pequeños gusanos que disfrutan de una estancia cómoda y fresca. Pero algún día plantaremos flores, tomates, pimientos y zanahorias ahí. ¿Podéis imaginarlo?

Amy sonrió, su imaginación era explosiva y ya podía ver aquel pedazo de tierra repleto de colores.

—Mamá, ¿dejarás que yo me ocupe de un trocito? Yo sola, sin que tú hagas nada. Quiero tener mi propio huerto y comerme las cosas que yo plante.

—Claro que sí —dijo Lexie acariciando el pelo de su hija pequeña.

Una vez consiguió dispersar las nubes negras del horizonte se dispuso a tratar el delicado asunto que había hecho que las dos hermanas discutieran.

—Como sabéis yo no tuve hermanos —dijo estirando las piernas para que les diera el sol. Ventajas de llevar pantalones cortos—. Casi todo el tiempo que viví en esta casa me sentí muy sola por ello.

—Tampoco tenías madre —dijo Megan agarrándose a su brazo con cariño.

—No, tampoco tenía madre —respondió Lexie cogiendo a Amy por los hombros y atrayéndola para formar una piña—. Por eso echaba tanto de menos tener una hermana. Una hermana te hace compañía en los malos momentos. Como cuando murió papá, vosotras os teníais la una a la otra.

—Megan me dejó dormir en su cama —recordó Amy en voz alta.

—Y tú me guardaste la punta del pan todos los días —dijo Megan inclinando la cabeza para mirarla.

—Es la parte que más te gusta —dijo Amy sonriendo con cariño.

—Pero no solo es importante tener una hermana para esos malos momentos —siguió Lexie—. Acordaos cuando fuimos al parque acuático.

—¡Síiiii! —exclamó Amy levantándose y colocándose delante de ellas—. ¿Te acuerdas del tobogán azul, Megan?

—Claro que me acuerdo —dijo su hermana riendo—, tuve que estar insistiéndote más de diez minutos para convencerte de que te tirarás conmigo.

—¡Y me gustó tanto! ¡Habría sido muy triste perderme!

Lexie sonrió mirándolas alternativamente y después cogió las manos de su hija pequeña fijando la mirada en ella.

—Amy, sabes de sobra lo mucho que te quiere Megan. Jamás haría nada que te hiciese daño a propósito.

Amy miró a Megan que negó con la cabeza.

—Una vez dicho esto. Debes tener en cuenta varias cosas si quieres entrar en el mundo de los sentimientos románticos —dijo su madre esforzándose en que no se le escapase la risa—. El hecho de que tú hayas puesto los ojos en Will no significa que él esté obligado a sentir lo mismo por ti. El amor es un sentimiento maravilloso, el mejor que se puede sentir. Pero hay muchas formas de amar. Estoy segura de que Will te quiere, y a Megan y a mí. Pero puede que no te quiera del mismo modo que tú a él. Si fuese así, no tendrías derecho a enfadarte. Los sentimientos no se pueden gobernar.

—Pero mamá...

—Escúchame, Amy, aún no he terminado. También podría pasar que Will sintiese por Megan lo que tú sientes por él.

—¡No! —exclamó la niña.

—¿No? —su madre la miró con ternura—. ¿No merece Megan que la quieran igual que tú? ¿Por qué no?

La niña bajó la cabeza apesadumbrada.

—No digo que eso vaya a pasar ahora —se apresuró a decir su madre—, pero si alguna vez, a lo largo de vuestra vida una tercera persona se interpone entre vosotras, no debéis olvidar lo mucho que os queréis y actuar en consecuencia.

—Amy —dijo Megan con cariño—, yo quiero a Will, pero no como tú. Su hermana levantó la vista y clavó sus llorosos ojos en ella.

—¿No te gusta ni un poquito?

Megan negó con la cabeza, sonriendo.

—No de ese modo. Y yo a él tampoco. Somos buenos amigos, nada más. Amy sonrió ampliamente.

—Pero ya sabes... —dijo Lexie mirando a su hija pequeña.

—«...que eso no significa que él tenga que sentir lo mismo» —recitó Amy—. Me ha quedado claro, mamá, no soy tonta.

—Vale —dijo Lexie tirando de ella para que volviese a sentarse en el mismo sitio que antes y suspiró aliviada—. Menos mal, no querría tener una hija acosadora.

—Mamá, ¿nos llevarás al parque acuático alguna vez aunque ya no esté papá? —preguntó Amy con un deje de tristeza.

Lexie las rodeó a ambas con los brazos y las apretó contra su cuerpo.

—Claro que sí —dijo poniendo en su voz todo el entusiasmo de que fue capaz—. ¿Y tú Megan? ¿No hay ningún chico que te haga tilín?

—¿Tilín? —Megan puso los ojos en blanco—. Mamá, eres una carca.

—Noah está en su clase —dijo Amy mirando a su hermana con una sonrisa divertida.

—Noah, ¿eh? —dijo Lexie tratando de no poner ninguna entonación especial a su voz—. El hijo de Holly...

—Se está dejando crecer el pelo —dijo Amy—, quiere llevarlo largo porque Megan dijo que le gustaban los chicos con melena.

—Vaya —dijo su madre mirando a Megan con expresión sorprendida—, tu primer melenas. Yo tuve uno a los trece. Kian Bamford. Cuánto tiempo ha

pasado de aquello...

—Mamá... —pidió su hija mayor—, no empieces. Noah y yo somos amigos.

Lexie miró a Amy.

—¿Y si sabías lo de Noah por qué te preocupabas por Will? Está claro que tu hermana los prefiere melencólicos. Will no encaja en esa descripción, él siempre lleva el pelo muy corto.

—No como su padre —dijo Megan entrecerrando los ojos y mirando a su madre con expresión burlona—. ¿No te has fijado, mamá? El tío Dylan también lleva el pelo largo.

Lexie la miró como si se estuviese preparando para lanzarle un conjuro consciente de que su hija era mucho más perspicaz de lo que le habría gustado.

—Será mejor que entremos —dijo poniéndose de pie—. Hoy hay patatas gratinadas.

Las niñas echaron a correr hacia la casa y ella se quedó un momento pensativa. Era curioso que en los meses que llevaba viviendo en River Place no se hubiese cruzado una sola vez con Holly en ninguna parte. Es cierto que los terrenos de los Cook estaban muy lejos de la casa de Cameron y le habían dicho que Holly no salía mucho. Aun así creyó que acabarían encontrándose y no sería necesario hacer aquella incómoda visita. Estaba claro que ya la había retrasado demasiado y que había llegado el momento. Quizá temía ese momento porque era la persona que la conocía mejor de todos los que vivían en River Place y estaba segura de que leería en ella como en un libro abierto. Se encogió de hombros y caminó hacia la casa. Hay cosas que no podemos eludir eternamente.

Capítulo 16

La mansión de los Cook seguía tal y como la recordaba. Una preciosa casa, con columnata en el pórtico de entrada y un color entre blanco y rosa que le daba un aspecto de ensoñación mágica. Lexie siguió por el sendero, tal y como le había indicado Dylan, y después de un kilómetro se encontró con una elegante casa, mucho más pequeña que la de los padres de Harley, pero igualmente hermosa. Además, desde allí podía verse el faro y eso para Lexie resultaba un punto a su favor.

Se acercó a la puerta y cuando iba a llamar esta se abrió de golpe.

—Cenaré con los chicos, mamá. No sé a qué hora acaba la peli. ¡Uy, perdone! —El joven de incipiente melena se paró en seco para no chocar con ella.

—Tú debes de ser Noah —dijo con una sonrisa—. Soy Lexie, la madre de Megan.

Ojalá hubiese podido grabar la escena en vídeo y mostrársela después a su hija. Noah se puso tan rojo que solo le faltó soltar humo por la nariz.

—La... madre... ho, hola, señora... McWinnell.

—Hola, Noah. ¿Está tu madre en casa? He venido a verla, pero no he llamado antes, así que si no está...

—Mamá, tienes visita —gritó, apartándose para dejarla pasar—. Está en el jardín de atrás, leyendo, como siempre.

—Gracias —dijo Lexie sujetando la puerta—. Por cierto, la película acaba a las once y media, así que deberíais cenar antes porque a las doce la quiero en casa.

La turbación en el muchacho no hizo más que crecer al darse cuenta de que sabía que iba al cine con Megan.

—Sí, señora. Encantado de saludarla. —Echó a correr y Lexie entró en la casa sin poder deshacerse de la sonrisa.

—Qué maravilla ser joven e inocente —murmuró mientras caminaba hacia

la parte de atrás de la casa—. Holly...

—No pensé que tardarías tanto en venir —dijo su amiga levantando la vista del libro que sostenía en sus manos.

Lexie la miró con una expresión curiosa. En parte emocionada, en parte asustada.

—Es difícil enfrentarse al pasado —dijo sonriendo—. Sobre todo a un pasado que puede soltarte un: «ya te lo dije», en toda la cara.

Holly dejó el libro sobre la mesita en la que descansaba una taza de café vacía y se puso de pie muy despacio, como si estuviese valorando varias posibles respuestas.

—Vaya, vaya, Lexie —dijo sonriendo con tristeza—, veo que le has cogido el gusto a comer.

Lexie levantó las cejas y la miró de arriba abajo.

—En cambio, tú has perdido esa costumbre. Parece que he cogido todos los kilos que tú has dejado.

—Pues te sientan mejor que a mí. Puedes quedártelos para siempre.

—Seguro que te alegras por ello —dijo con ironía.

—¿Eso pensabas? ¿Que me iba a alegrar de tus desgracias?

—Supongo que Jessica ya te ha contado que Owen murió.

—Ya sabes lo mucho que le gusta a Jessica dar una primicia. ¿Tengo que darte el pésame o estabais en la fase de decidir quién se queda la casa y quien a las niñas? Ya sé que tienes dos.

—Un poco ambas cosas, aunque, para cumplir el tópico, yo no lo sabía.

—Así que has decidido ser de esas que no se enteran de que su marido las engaña hasta que va la otra a decírselo...

Lexie abrió los ojos como platos. ¿Cómo podía saberlo?

—¿En serio? —Holly movió la cabeza sin dar crédito. Lo había dicho como una broma—. Mira que llegas a ser tonta, Lexie Quennell.

—¿Quiere que les traiga algo? —preguntó una criada detrás de Lexie, provocándole un sobresalto.

—¿Te apetece café o quieres algo más fuerte? ¿Sigues siendo de Gintonic o ahora eres más de Mojito?

—Un café estará bien —dijo Lexie sonriendo al fin.

—Ya la has oído, Poppy, café para las dos.

—¿Quiere el suyo descafeinado, señora?

Holly asintió levemente y la criada volvió a la casa.

—Llevo tres y no quiere que me ponga nerviosa. Pero, siéntate —dijo señalando una de las sillas.

Lexie sintió que todo era un poco frío, pero hacía más de doce años que no se veían ¿qué pensaba? Se sentó y esperó hasta que Holly inició la conversación.

—¿Te gusta mi casa? ¿Crees que la vida me ha tratado bien?

Lexie miró a su alrededor y después a Holly antes de asentir.

—Bien, me alegra que pienses eso. Después de todo me quitaste el novio y a mi mejor amiga, habría sido muy triste que te hubiese ido mejor que a mí.

—Puedes estar tranquila.

Poppy llegó con la bandeja de café y depositó las tazas, el azúcar y un platito con pastas.

—¿Tendrás bastante o quieres que traiga más? —preguntó Holly señalando las pastas.

Lexie sonrió al tiempo que movía la cabeza.

—No me acordaba de lo borde que eras —dijo sin importarle que la criada la escuchara.

Holly cogió su taza y se la llevó a los labios sin inmutarse. Después de unos segundos en silencio en los que ambas mujeres se observaron en silencio pudieron hacerse una imagen más o menos acertada sobre la vida de la otra. Lexie comprobó que su antigua amiga estaba muy en forma, era delgada y tenía la piel muy cuidada. Se mostraba segura y tranquila, señal de que tenía el control total de su vida.

Holly vio que Lexie no se cuidaba mucho, había subido de peso y tenía las puntas del pelo reseca. Utilizaba cremas baratas y no se maquillaba. Sin embargo, tenía un brillo en la mirada que no debería estar ahí, dada su situación aparente. Claro que si Owen la engañaba no habría tardado mucho en quitarse la venda de los ojos. Pero ¿quién era él?

—¿Cómo va esto? —preguntó sosteniendo la taza unos segundos antes de dejarla en su platito—. ¿Nos contamos lo felices que hemos sido y lo bien que nos va todo, como dos desconocidas, o pasamos de eso y somos sinceras la una con la otra, como si aún fuésemos amigas?

—Nunca dejamos de serlo realmente —dijo Lexie—. Y te recuerdo que yo fui a despedirme antes de marcharme. Tú no quisiste recibirme.

Holly asintió con la boca apretada.

—Te presentaste en medio de la comida de los domingos, sabiendo lo

importante que era esa comida para mi madre y que me montaría un pollo si se me ocurría atenderte

—Cierto, la comida de los domingos era sagrada para tu madre.

Holly asintió.

—Pero se te olvidó decirle a la criada que te escapabas con ese cretino y que no pensabas llamar ni escribir jamás. Me habría enfrentado a la furia de mi madre si lo hubieses mencionado.

—No lo pensaba. En realidad creí que seguiríamos en contacto, pero luego una cosa llevó a la otra y de repente me vi casada y con un bebé en los brazos.

—Claro, cosas que pasan —dijo Holly con ironía.

—Cameron me iba a echar de casa, así que preferí irme yo.

—Sigues llamándolo Cameron, a pesar de que te ha acogido en su casa como un buen padre.

—Es su nombre.

—¿Cómo está, por cierto? Me dijo mi suegra que tuvo un infarto.

—Una angina de pecho.

—¿Y no es lo mismo?

—No. De momento es un aviso.

—Vaya —dijo pensativa—, pues espero que no ocurra.

—¿Y tú? ¿Cómo acabaste con Harley? Ni siquiera te caía bien.

—¿Bien? Me caía como el culo. —Puso un pie en su silla y cogió la taza para beber un sorbo—. Tuvo que currárselo mucho para conquistarme, te lo aseguro.

—¿Y es cierto que su madre no te lo ha puesto fácil?

—Es una bruja, pero me importa una mierda su opinión y lo sabe, así que ha dejado de meterse conmigo. Además, ya tiene claro que su hijo besa el suelo que piso...

Lexie bajó la mirada involuntariamente incómoda.

—¿De verdad te lo dijo su amante?

Ese era el último tema del que hubiese querido hablar con Holly, pero seguía siendo igual que antes y Lexie sabía que no valía la pena intentar disimular con ella. La miró a los ojos y le contó todo, desde el accidente hasta la visita al banco, pasando por Ruby.

—Menudo cabrón estaba hecho Owen. Y pensar que te odié por quitármelo.

—No te lo quité. Siempre has dicho eso, pero no es cierto. Salió contigo

porque nos peleamos y después simplemente volvió conmigo.

—¿Quieres decir que yo fui un entretenimiento?

—Algo así.

—Serás zorra...

Lexie sonrió al fin relajada.

—Pues que sepas que me lo tiré —dijo Holly cogiendo una galleta—. Y muchas veces, durante esos dos meses.

Lexie amplió su sonrisa.

—¿Quieres un pin?

—Anda —dijo Holly poniéndose de pie—, vamos a dar un paseo, que hace días que no salgo de casa y me vendrá bien estirar las piernas.

—Nos va bien.

Estaban sentadas en uno de los columpios que había en el pequeño parque de la playa. El sol se ocultaba ya en el horizonte y pronto se haría de noche.

—Harley es un buen marido y me quiere de verdad. —Miró a su amiga con una mueca de fastidio—. No, Lexie, por mucho que tú quieras engañarte no me trago lo de que tú también lo creías y no tenías ni idea de lo que pasaba. Eso es una milonga que no voy a bailar.

—Piensa lo que quieras —dijo ella balanceándose adelante y atrás.

—¿Follabais?

Lexie asintió.

—¿Mientras tú hacías la lista de la compra?

Lexie desvió la mirada.

—¡Bingo! —exclamó dando una palmada—. Te aseguro que cuando Harley me folla no puedo ni usar el cerebro. Se queda colapsado. No tengo cerebro. ¿Cuándo fue la última vez que no lo dejaste ni llegar a la habitación?

—Llevábamos doce años casados y teníamos dos hijas...

—Yo tengo tres y llevo con Harley diez años. Todavía me pongo cachonda cuando llama para decir que llegará temprano. Entiendo que cuando llevemos treinta años y estemos cargados de achaques la cosa cambie, pero ahora te aseguro que los polvos son mejor que cuando tenía veinte años...

Lexie la miraba sin dejar de balancearse.

—Noah tiene más de diez años —dijo con curiosidad.

—Trece —dijo su amiga sonriendo—. Veo que sabes contar. No es hijo mío. Bueno, sí lo es, pero no salió de mi barriga. Harley preñó a otra antes de

salir conmigo.

—Parece un buen chico.

—Lo es —asintió Holly sonriendo—. Realmente es el mejor de la familia. Puedes estar tranquila.

—¿Yo?

Holly empezó a columpiarse con más fuerza dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Las dos sabemos que le gusta tu hija.

—Megan solo tiene doce años. Apenas son unos niños.

—Ahora empiezan pronto, es mejor aceptarlo y estar atenta si no quieres llevarte una sorpresa y que se escape de casa.

Lexie miraba a su antigua amiga con una extraña sensación revoloteando en su estómago. Holly no había cambiado nada, siempre fue irreverente, borde y muy muy sincera. Quizá ahora había en ella una pátina de algo parecido al cariño, aunque era difícil de ver porque estaba recubierta por una espesa capa de cinismo.

—¿Te arrepientes? —preguntó Holly sin dejar de columpiarse—. De haberte ido, quiero decir.

Lexie miró hacia el mar y dejó que su vista deambulara entre los dos veleros que salpicaban la superficie y que pronto serían luces en medio de la oscuridad.

—No, no me arrepiento —dijo con sinceridad—. Es cierto que hay cosas que de haberlas sabido me habrían hecho actuar de otro modo...

—¿Te refieres a tu padre?

Lexie giró la cabeza hacia ella bruscamente.

—¿Qué sabes tú de mi padre?

—Mi suegra habla mucho —dijo la otra aminorando la velocidad del balanceo—. El padre de Owen era un cabrón y pegaba a su mujer. Brooke me ha contado que al principio Isobel se presentaba en tu casa cada dos por tres para pedir ayuda. No entiende cómo esos dos hombres no se mataron entonces.

Lexie frunció el ceño molesta. ¿Todo el mundo sabía más que ella?

—Fue antes de que ninguna de las dos nacióramos —dijo su amiga deteniendo el columpio—. Te digo una cosa, si Harley me hubiese dado una sola de las palizas que sufrió esa mujer te juro que lo habría matado mientras dormía. Brooke dice que una vez estuvo más de quince días en el hospital.

—¿Por qué cree tu suegra que no lo denunció? —preguntó Lexie asqueada.

—Ella dice que era otra época. Entonces las mujeres no denunciaban a sus maridos. —Hizo un mohín de desprecio—. Yo creo que sabía que la mataría si lo hacía. Era un hombre horrible, tenía una mirada perversa y cruel. Aquellos dos meses que salí con Owen nunca quise entrar en su casa porque me daba miedo.

—¿Miedo tú? —sonrió Lexie—. A mí Owen nunca me dejó entrar en su casa. Supongo que era por la enemistad entre nuestros padres...

—Desde luego —afirmó Holly.

—Pero su madre tampoco me miraba bien —dijo recordando—. A veces salía de la casa para decirle algo a Owen y ni siquiera me miraba. Yo la saludaba y ella me ignoraba, como si no existiese.

—Y siempre estaba pasada de copas y apestando a aguardiente barato —añadió Holly—. Debería haber tenido más agallas. No soporto a las mujeres que no se defienden.

Hizo una pausa y la miró entrecerrando los ojos.

—Me da la sensación de que sabes más de lo que dices —dijo.

—Te sorprenderías de lo poco que sé de nada. Cameron no quiere contarme nada de aquella época.

—No deberías rendirte tan fácilmente.

Lexie la miró irritada.

—¿Qué? —preguntó Holly sin saber a qué venía aquella mirada.

—Todo el mundo me dice que no me rinda, como si fuese yo el problema.

—¿Quién es todo el mundo?

—No sé, Dylan, por ejemplo.

—¿Dylan? —Holly frunció el ceño—. ¿Te refieres a Dylan McWinnell?

Lexie comprendió por su expresión que había hablado demasiado.

—Así que es Dylan... Vaya, vaya. Está muy cambiado, ¿verdad? Parece otro.

Lexie se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir? —dijo con curiosidad.

—¿Qué quiero decir con qué? ¿Con lo de que está muy cambiado?

—No, con «así que es Dylan».

Holly sonrió abiertamente.

—¿De verdad necesitas que te lo explique?

Lexie siguió columpiándose sin saber si le convenía decir que sí.

—Tienes ese brillo en los ojos —dijo Holly viendo que no se decidía—.

Y no te molestes en negarlo, no merece la pena.

Lexie bufó como si la diera por imposible y se columpió con más fuerza dejando claro que no pensaba hablar del tema.

Capítulo 17

Dylan estaba ordenando los papeles decorados colocándolos en el nuevo expositor que había encargado. Quería que Lexie los tuviera visibles y le resultase más cómodo elegirlos.

La campanilla de la puerta sonó y se miró instintivamente a ver quién había entrado. Estaba a punto de cerrar.

—Señora Cook —dijo volviendo a su tarea—. ¿Qué se le ofrece?

—Dylan McWinnell, ¿qué te traes entre manos con mi amiga? —dijo acercándose hasta él y apoyando las manos en el mostrador se sentó de un salto.

Dylan la miró con una ceja levantada.

—¿Tu amiga?

—Lexie Quennell, no te hagas el tonto conmigo.

—Por fin ha ido a verte —dijo sonriendo con ironía—. Ya te dije que solo necesitaba tiempo.

—Muy bien, tenías razón, pero no has contestado a mi pregunta.

—No tengo nada que contestar. No creo que tenga que explicarte nada de lo que hago.

—Eres la única persona en este pueblo que se atreve a hablarme así, por eso nos llevamos bien —dijo señalándolo con el dedo—, pero te lo advierto, como no...

—Para el carro —dijo él irguiéndose frente a ella y mirándola a los ojos con expresión seria—. En primer lugar, nada de lo que yo haga es asunto tuyo. Me caes bien, pero no tanto como para que te deje inmiscuirte en mi vida. Y en segundo lugar, Lexie y yo somos amigos, lo dejé bastante claro.

—¿Has terminado de rebuznar? —Lo miraba como a sus hijos cuando hacían una trastada y no la dejaban decir el castigo que iba a imponerles—. Iba a decir que como no te esfuerces y consigas que salga contigo me voy a estar burlando de ti por toda la eternidad.

Daryl sonrió provocador.

—No olvides que soy el único del pueblo, aparte de Harley, que conoce tu secreto así que mucho cuidadito con amenazarme.

Holly apoyó las manos en el mostrador y se reclinó ligeramente al tiempo que cruzaba las piernas en actitud relajada.

—Nunca me delatarías. Te conozco, Dylan, a mí no me engañas con esa pose de tipo duro e insensible. Ahí dentro hay un corazón de oro y por eso quiero que salgas con Lexie —dijo esto último observando con atención sus reacciones—. Sigue siendo la misma que cuando se marchó: una dulce y adorable palomita. Y te recuerdo que su marido, tu hermano, resultó ser un capullo. Alguna responsabilidad tendrás, digo yo. Aunque solo sea por eso de la sangre.

—Mi hermano era un buen tío y lo que pasó en entre ellos no es cosa nuestra.

—Vamos, Dylan. No me cuentes milongas tú también. He visto el brillo en su mirada, que es exactamente el mismo que tienes tú. Hace meses que te lo dije: estás coladito por ella.

—Estupideces —dijo él desviando la vista.

—Está bien —dijo ella saltando del mostrador al suelo—, como quieras, pero en mi próxima novela eres hombre muerto. Te recomiendo que no la leas.

Dylan la miró con las manos en los bolsillos y la cabeza ligeramente ladeada de manera que su pelo caía hacia un lado.

—Nunca leo tus novelas, Lauren Winter.

—Shsssss —dijo ella mirando hacia la trastienda con temor.

—Will ya lo sabe. —Ahora era él el que se estaba divirtiendo—. No tengo secretos para mi hijo, así que tuve que contárselo. No temas, seguro que no se lo cuenta a nadie. ¡Will! Sal y dile a Lauren que no vas a contar su secreto.

Holly entrecerró los ojos y lo taladró con la mirada.

—Veo que tienes ganas de divertirme.

Dylan cruzó los brazos delante del pecho y asintió dos veces lentamente. La esposa de Harley Cook abrió la boca consciente de que se estaba riendo de ella.

—Eres el mayor capullo de la historia. Podría haberte matado si me lo hubiese creído.

—Lees demasiadas novelas —dijo él y volvió a sus papeles—. Será mejor que me dejes trabajar que tengo que acabar esto para poder irme a casa.

Holly caminó hasta la puerta con el cerebro funcionando a toda velocidad. Debía encontrar el modo de devolvérsela. Llevaba diez años escribiendo novelas de misterio con seudónimo y ganaba mucho dinero con ello, pero no quería que nadie la descubriese. Harley se lo había dejado muy claro, si quería hacerlo debería ser en esas condiciones. Y ella estuvo de acuerdo. Se volvió antes de salir.

—Dylan —lo llamó—. No te rindas con ella. Sigue siendo tan buena persona como lo era entonces y serás muy estúpido si la dejas escapar.

Se quedó mirando la puerta como un estúpido durante mucho rato y al volver a fijar la mirada en el papel decorado que sostenía en las manos lo dejó sobre el mostrador, cogió la chaqueta, salió a la calle y cerró la tienda.

—¿A cenar? —Lexie lo miraba sin dar crédito.

Estaban en el porche de la casa de Cameron y Dylan la había hecho salir para hablar sin que todos escuchasen lo que había ido a decir. Tenía la esperanza de que no estuviesen pegados a la ventana.

—Mañana —dijo él asintiendo—. Will puede pasar la noche aquí.

—Pero... ya hablamos de esto...

—Tú hablaste de esto —dijo rotundo—. Lo he pensado mucho y no estoy de acuerdo. No pasa nada porque salgamos a cenar y charlemos de lo que nos apetezca. No voy a exigirte nada, Lexie. Solo es una cena y después te traeré a casa, si es lo que tú quieres.

Ella lo miró unos segundos sintiendo la presión de sus propios deseos. A pesar de todo lo que se había dicho, del miedo por lo que pensarían las niñas o Cameron, de que él fuese el hermano de Owen, de que su corazón estuviese demasiado maltratado...

—Está bien —dijo sin pensar—. Está bien, una cena.

Dylan sonrió.

—Mañana. A las ocho.

—¿A dónde quieres ir? Es para escoger la ropa...

—Ponte un vestido —dijo él dando un paso atrás y bajando los escalones del porche—. ¡Will!

Lexie quería preguntarle más cosas, pero escuchó los pasos de su hijo corriendo hacia la puerta.

—Hola, papá —dijo con una gran sonrisa en respuesta a la de su padre—.

¿Vamos a la bolera?

—Vamos a la bolera y cenamos allí una hamburguesa.

—¡Bien! —exclamó Will chocando la mano con él.

—Will, ¿qué te parece si mañana te quedas a cenar aquí y Lexie y yo salimos por ahí?

Will sonrió de nuevo y se encogió de hombros. Dylan miró a Lexie y le guiñó un ojo.

—Hasta mañana —dijo.

—Hasta... mañana —respondió ella.

Lexie se miraba al espejo en ropa interior. Se había puesto un conjunto blanco de lencería con mucha puntilla y transparencias y se sentía la persona más ridícula del universo.

—Tengo que quitarme esta pancha —dijo poniéndose de perfil y encorvando la espalda para hacerla salir aún más—. Si me ve sin ropa no hará falta que me esfuerce tanto en alejarlo, se irá él solito a toda velocidad.

«No me acordaba de lo agobiante que era salir con un chico». Si al menos le hubiese dicho el sitio al que iban quizá eso la habría ayudado. Un vestido. Pero ¿un vestido playero o uno elegante? ¿Tenía algún vestido que pudiese catalogar como «elegante»? Miró en su armario y sacó uno negro de tirantes. Era sencillo, pero no estaba segura de que en este caso sencillo fuese sinónimo de elegante.

—Si las tiras tuviesen algún abalorio resultaría elegante sin excesos... Útil en cualquier escenario.

Se puso una bata y las zapatillas y salió corriendo hacia la buhardilla. Rebuscó entre las cajas en las que guardaba los abalorios y encontró una de piedras negras que brillaban al darles la luz. Sonrió satisfecha, cogió el pegamento de tela y con las dos cosas volvió a su habitación.

—Megan...

Su hija estaba en medio de su cuarto y la miraba con el ceño fruncido.

—¿No encuentras qué ponerte?

Lexie se mordió el labio, no quería que su hija se diese cuenta de que aquella cita era una cita.

—Es que no sé a donde vamos —dijo con timidez.

—Ese vestido te queda muy bien —dijo su hija señalando el negro que

había dejado sobre la silla.

—¿Tú crees? —preguntó insegura.

La niña asintió.

—Había pensado pegarle unas piedrecitas en los tirantes para hacerlo un poco más especial.

—Tienes que comprarte ropa, mamá —dijo Megan sonriendo—, pero esos abalorios servirán.

Lexie se apresuró a coger el vestido y lo llevó hasta la cómoda que estaba a una altura cómoda para trabajar.

—¿Se secará a tiempo el pegamento, mamá? El tío Dylan estará aquí en menos de veinte minutos.

Lexie se mordió de nuevo el labio, como hacía siempre que estaba nerviosa.

—Creo que sí, pero irá más rápido si utilizo el secador que tengo arriba con mis cosas. ¿Me lo traes?

Megan asintió y salió corriendo de la habitación. Lexie pegó las piedras poniendo mucho cuidado y atención y dejó el vestido de manera que no se movieran.

—Yo lo seco mientras tú terminas de arreglarte. ¿Qué zapatos llevarás?

—Había pensado en las sandalias plateadas —dijo observando la reacción de su hija.

—No, mamá, esas son las que llevas siempre. Ponte las de tacón, las que guardas en el armario. Nunca te las has puesto.

—Son muy altas —dijo arrugando el ceño—, me dolerán los pies.

—Pues te aguantas —dijo su hija riendo—. Te encantan esas sandalias y nunca tienes oportunidad de ponértelas. Además, el tío Dylan es muy alto.

Lexie se dio cuenta de que su hija hablaba de aquello con toda normalidad y sintió una cálida sensación extendiéndose por todo su cuerpo. Se acercó a ella y le acarició el pelo mientras la niña secaba las piedrecitas con mucho cuidado.

—Megan... —Su hija la miró—. ¿Te parece bien?

La niña sonreía consciente del motivo por el que su madre había estado tan nerviosa todo el día.

—¿Me preguntas si me parece bien que tú y el tío Dylan salgáis juntos? Pues no estoy muy contenta con vosotros, pero bueno, es lo que hay.

Lexie frunció el ceño apesadumbrada.

—Ahora mismo le llamo...

—¡Mamá! —exclamó su hija riendo a carcajadas—. Lo digo porque me habéis hecho perder una apuesta.

—¿Una apuesta?

Megan asintió sin dejar de utilizar el secador.

—Amy decía que saldríais cuando empezaran las clases y tuvieseis más libertad. Yo dije que empezaríais a salir un domingo cuando nos marchásemos al faro y Will, que es el más listo de los tres, dijo que no, que saldríais en otoño porque es la época preferida de su padre.

Lexie miraba a su hija completamente anonadada. Megan vio que se le llenaban los ojos de lágrimas y temió que eso estropease el precioso y suave maquillaje que se había hecho, así que se apresuró a dejar el secador y la empujó hasta el espejo.

—No llores mamá, estás demasiado guapa como para estropearlo con ñoñerías de las tuyas. Va, termina de arreglarte que el vestido ya está listo. Ponte el colgante que compramos en el mercadillo medieval el verano pasado.

Lexie se quitó la bata y las dos vieron la ropa interior blanca. Se miraron y negaron con la cabeza.

—Cámbiate —ordenó la niña al escuchar la voz de Will—. Yo entretendré al tío Dylan.

Corrió hacia la puerta y Lexie se apresuró a buscar ropa interior negra en su cajón de lencería.

—Mamá —la llamó la niña antes de salir—. Te quiero.

Lexie la vio desaparecer con un nudo en la garganta y se volvió hacia el espejo.

—Como sueltes una sola lágrima te juro que no vuelves a probar el helado en diez años. Tú misma.

Megan bajó las escaleras y sonrió satisfecha al ver a Dylan parado en medio del vestíbulo. Se había vestido de un modo informal pero elegante. Pantalón negro y camisa blanca, un clásico. El vestido de su madre encajaría perfectamente con su atuendo.

—Enseguida baja —dijo sonriendo—. ¿Quieres tomar algo, tío Dylan?

—No, gracias, Megan —dijo sonriendo también, no parecía nervioso—. Will y Amy están fuera con el monopatín.

—Puedes ir a ver al abuelo —dijo la niña—. Está en la cocina,

preparando la cena con Eve.

Dylan asintió y se dirigió a la cocina mientras Megan salía fuera a reunirse con su hermana y su primo.

—Pela las patatas y deja de protestar —decía Eve.

Cameron refunfuñaba por lo bajo de manera incomprensible.

—Ya veo que el pinche intenta rebelarse —dijo Dylan apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados en actitud relajada.

—¿Yo pinche? —Cameron lo miró con cara de pocos amigos.

—No lo ofendas, que está muy sensible —dijo Eve riéndose de él.

—Cocino mucho mejor que tú —dijo Cameron empezando a pelar las patatas—. No sé por qué tenemos que cenar lo que tu cocinas si esta es mi casa.

—A los niños les gustan mis patatas rellenas y les dije que las prepararía hoy. Aprende a hacerlas y no tendré que volver a usar tu cocina.

Cameron se volvió para mirar a Dylan de arriba abajo.

—¿Entonces sí es una cita? —preguntó al ver que se había arreglado.

—Pues claro que es una cita —dijo Eve riéndose—, ya te lo he dicho.

—No sé qué tiene esta muchacha con los McWinnell —murmuró Cameron por lo bajo.

—Creo que es al revés —dijo Dylan poniéndose serio—. Somos los McWinnell los que tenemos algo con los Quennell.

Cameron se giró y lo miró muy serio también.

—Deberías hablar con tu hija. Merece saber toda la verdad.

Cameron dejó el cuchillo en la mesa y se acercó a Dylan sin apartar la mirada de sus ojos.

—Espero que sepas comportarte, muchacho —dijo con gravedad—. Lexie es una persona muy sensible que se mueve por lo que le dicta su corazón. Si le haces daño te cortaré las pelotas y las colgaré de ese magnolio que has plantado en tu jardín. ¿Qué clase de árbol es ese? —dijo volviendo hacia su lugar como pelador de patatas—. ¿Es que no había robles o encinas en la tienda?

Dylan sonrió.

—Ya estoy lista —dijo Lexie detrás de él.

Se giró para mirarla y sus ojos fueron tan elocuentes que Lexie tuvo que apartar la mirada para que no pudiera leer en los suyos lo que le hacía sentir.

—Estás preciosa —dijo Eve sonriendo—. Hacéis muy buena pareja,

chicos.

—Espero que no haya que caminar mucho —dijo Lexie levantando una de sus sandalias—, no sé cuánto aguantaré subida a estos tacones.

Dylan bajó la vista y después la miró de nuevo a los ojos provocando un rubor instantáneo en sus mejillas. ¿Con podía leer tan fácilmente en sus ojos lo que estaba pensando?

—Tranquila, no dejaré que te hagan daño —dijo al tiempo que se acercaba y la cogía suavemente del brazo para salir de la cocina.

—Pasadlo bien —dijo su padre.

Lexie lo miró un instante y asintió con la cabeza.

—Y vosotros.

Se despidieron de los niños, que no les hicieron demasiado caso, y subieron al coche que Dylan había dejado aparcado en la puerta. Los primeros minutos de viaje charlaron de la música que sonaba en el reproductor. A Lexie le había sorprendido que le gustase Frank Sinatra.

—¿Creías que sería más de Bruce Springsteen?

—Por ejemplo —dijo Lexie asintiendo.

—Me gusta mucho la música en general —dijo él—, no podría elegir un género. Depende de mi estado de ánimo y del momento que vivo.

—A mí me pasa lo mismo —reconoció Lexie—. Por ejemplo, cuando trabajo suelo escuchar *country*, que es un género que me encanta, pero hay días que mi estado de ánimo no me permite escuchar ni una sola canción de ese género y entonces me pongo clásica o *jazz*. El *pop* también me gusta y el *rock*, por supuesto.

—En cuestión de música no tendremos problema, veo —dijo él con lanzándole una mirada pícaro.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella desviando la atención de ese comentario.

—Es una sorpresa, pero creo que te gustará.

Siguieron charlando animadamente deshaciéndose de la tensión que los había embargado en un principio. Llegaron a Greenwood y dejaron el coche en una zona de aparcamiento para después ir caminando hasta un pequeño restaurante de estilo griego. Lexie lo miró con una enorme sonrisa.

—Dijiste que querías ir a Grecia —dijo él sonriendo también—. Creo que deberíamos empezar por probar su comida, ¿no te parece?

Capítulo 18

Entraron al restaurante y los llevaron hasta una mesa en la terraza con unas vistas al mar espectaculares. Lexie no daba abasto entre mirar el propio restaurante, que estaba completamente decorado como una típica casa griega, y el mar iluminado por la luna llena. Dylan le pidió al camarero que les trajese una botella de Retsina, un vino típico, mientras revisaban la carta.

Lexie contemplaba el mar que brillaba bajo la luz de la luna y una sensación de paz la embargó.

—¿Te gusta? —preguntó Dylan después de que el camarero sirvió el vino en las copas y les tomó nota.

—Me encanta —dijo ella.

—Pedí que nos preparasen un menú *Gourmet* para que pudiésemos probar sus platos más típicos. Espero que te haya parecido bien la idea —dijo Dylan.

—Me encanta —dijo Lexie levantando su copa para que brindase con ella.

—Cuéntame —pidió él cuando hubo dejado la copa en la mesa—. ¿Qué tal tus pedidos? ¿Ya has iniciado la contratación de tus nuevos empleados?

—No te burles —dijo ella sonriendo—. Jack y Charles me han regañado porque mis plazos se han alargado mucho para nuevos pedidos.

—Tengo ganas de conocerles. Espero que vengan pronto a visitaros.

—Han dicho que vendrán en Navidad a pasar unos días.

Dylan asintió satisfecho.

—¿Cómo os conocisteis?

—Owen... —lo miró consciente de que aquel nombre no debería haber salido en la cena.

—Puedes hablar de él —dijo Dylan tranquilizándola—. Era mi hermano y tu marido, no vamos a olvidarnos de él jamás.

Lexie asintió dispuesta a continuar.

—Buscábamos casa y Owen se enteró de que ellos alquilaban una. Habían comprado dos casas adyacentes, una para vivir ellos y otra para alquilar.

Vieron que éramos jóvenes y que yo tenía una barriga a punto de explotar. Creo que decidieron adoptarnos a los tres.

—Ya veo.

—Se convirtieron en vuestros protectores —dijo Lexie sonriendo—. En serio, no sé qué habríamos hecho sin ellos. Ayudaron a Owen a buscar trabajo y cuando nació Megan y vieron el álbum que hice de su nacimiento se quedaron alucinados y me ofrecieron trabajo a mí. Era genial porque podía llevarme a Megan a la tienda y trabajar en la parte de atrás.

—Entiendo que los quieras tanto.

—Siempre estuvieron a mi lado, son casi como una segunda familia. O una primera, teniendo en cuenta mi relación con Cameron.

—Ahora aún tengo más ganas de conocerlos.

Lexie sonrió pero el camarero llegó en ese momento con los primeros platos y tuvo que esperar para decir algo.

—Ellos también quieren conocerte —dijo cuando volvieron a quedarse solos.

—¿Ah, sí? Eso significa que les has hablado de mí.

—Por supuesto —dijo llevándose un pedacito de *musaka* a la boca.

Toda la presión desapareció y siguieron hablando durante toda la cena como si aquella no fuese su primera cita. Lexie se reía a carcajadas con las bromas de Dylan y él no podía dejar de mirarla cuando se reía de ese modo desinhibido y espontáneo. Pero cuando llegaron a los postres Lexie sufrió un bajón de ánimo repentino. Dylan la observaba mientras daba vueltas con la cuchara a su *ravani* con yogurt totalmente distraída.

—El *ravani* debe estar mareado —dijo él sonriendo.

—¿Qué estamos haciendo, Dylan? —Preguntó Lexie soltando la cuchara de golpe.

Él la miró con serenidad y le hizo un gesto al camarero para que le trajese la cuenta. Cuando salieron del restaurante lo hicieron por las escaleras que daban a la playa. Lexie se quitó las sandalias y caminaron siguiendo las luces de colores del restaurante hasta la orilla.

—¿Para qué crees que es esto? —preguntó Lexie señalando las luces y el camino marcado hasta allí.

—Organizan bodas —explicó él.

Lexie miró hacia la tarima sobre la que descansaban sus pies y sintió un escalofrío. Bajó rápidamente a la arena como si temiese contagiarse de algo

muy grave. Dylan sonrió, se quitó los zapatos y arremangó sus pantalones para bajar con ella.

Lexie le mostró las sandalias con expresión desilusionada.

—¿Por qué tienen que ser tan incómodas y tan preciosas? Tiene que ser fruto del plan maquiavélico de una mente retorcida. La mayoría de las mujeres nos sentimos atraídas por estas herramientas de tortura como si nos gustase sufrir, pero no es cierto, no nos gusta.

—Son solo unos zapatos —dijo él riendo—. Seguro que pueden ser bonitos y cómodos.

—No —dijo rotunda mirándolo como si estuviese loco—. Eso es imposible. No existen los zapatos bonitos y cómodos. Te engañan diciéndote que sí. Que si tienen almohadillas, que si la plantilla es «ergonosequé», que si han utilizado un material de la NASA. Todo mentiras. Te los pones y al cabo de una hora tus pies gritan pidiendo auxilio.

Dylan se rio a carcajadas. Lexie se detuvo y lo miró de frente con expresión preocupada.

—¿No ves que esto es una locura? Los dos tenemos responsabilidades y cargamos con una mochila pesada...

—¿Estás tratando de seducirme? —preguntó él con ironía.

—Me gusta que seamos amigos —dijo Lexie que parecía dispuesta a cargarse la cita a toda costa—. Es beneficioso para ambos y muy gratificante.

—Me siento como si me comparases con una lavadora —dijo él sin perder el buen humor.

—Lo que quiero decir es que no deberíamos intentar convertirlo en otra cosa porque puede ser nefasto para todos.

—Ya veo —dijo él asintiendo—. Crees que si incluimos el contacto físico en nuestra relación podemos perder una gran amistad. Que nuestros hijos ya no pudiesen jugar juntos o hacer excursiones. Que no fuesen juntos a la universidad...

—Sé que no me tomas en serio, pero estoy en un momento crítico de mi vida. Todo mi mundo está patas arriba y mis hijas están incluidas en ese caos. Una relación fallida es lo último que necesito.

—¿No es un poco pronto para certificar la muerte de algo que apenas acaba de nacer? —dijo él sin acritud—. No me ofendo fácilmente, pero reconozco que te estás esforzando en conseguirlo.

Lexie lo miró turbada, no era aquella la conversación que tenía en mente

para esa noche, pero desde que terminaron de cenar tenía unas irrefrenables ganas de salir corriendo y su mente parecía estar trabajando en aquella huida emocional.

—Eres la primera mujer que me interesa de verdad en años —dijo él antes de que ella continuase por ese camino—. Respeto tu situación, sé quién eres y conozco tus prioridades. Comprendo que te preocupas por tus hijas, yo me preocupo por Will, pero Megan y Amy se avergonzarían si supiesen que las has puesto de excusa para no lanzarte a vivir. He visto cómo me miras, Lexie. —Dio un paso hacia ella y a Lexie se le cayeron las sandalias de la mano—. Y sé que tú sabes lo que siento. Voy a besarte y después escucharé cualquier cosa que quieras decirme.

Dylan la besó con la pasión que ella recordaba y una oleada de deseo anegó por completo todas sus dudas llevándose con ellas hasta el último vestigio de resistencia. Sintió que la noche los acunaba en sus brazos y el rumor del mar marcaba la cadencia de las caricias. Su lengua la invadió profunda y apremiante y Lexie rodeó su cuello como si quisiera asegurarse de que iba a seguir allí, en aquella misma posición, hasta que estuviese satisfecha.

Las manos de Dylan bajaron por su espalda y se posicionaron sobre sus nalgas. Lexie se había puesto un tanga y notaba aquellas manos sobre la fina tela del vestido como si pudieran quemarla. Aspiró el aroma varonil de su piel, un aroma que ya había memorizado y que actuaba como un activador de su sexualidad.

Dylan se separó lo suficiente para poder mirarla y sujetó su cara con las manos para que no escapara.

—Me deseas, Lexie Quennell, lo veo en tus ojos y lo siento en mi cuerpo. Somos dos personas adultas y libres y los dos sabemos que va a ocurrir. Hoy. Esta noche.

Lexie estaba de puntillas y seguía con sus manos enlazadas detrás de su nuca. No podía apartar los ojos de los suyos y asintió ligeramente consciente de que no tenía sentido seguir resistiéndose.

Dylan la cogió de la mano y juntos caminaron en dirección al coche. De pronto ella se detuvo y tiró de él.

—Me he dejado las sandalias —dijo riendo.

Entraron en la casa besándose con pasión. El deseo había eclosionado en

cuanto sus labios se tocaron y ahora ya no había vuelta atrás. Subieron la escalera a la carrera. Lexie se reía al saberse perseguida y su excitación burbujeaba en todo su cuerpo como diminutas chispas que la hacían estremecer. Dylan la alcanzó y rodeó su cintura en un apretado abrazo y Lexie lo sintió duro contra ella. En sus ojos vio que podría poseerla allí mismo, contra la pared o en el suelo y lo arrastró hasta su habitación tirando de él hasta caer en la cama.

Dylan estaba sumido en un tornado y apenas podía controlar el deseo que sentía. Se despojaron de la ropa que les incomodaba al tiempo que se acariciaban y besaban en un baile rítmico y acelerado. Lexie estaba tan excitada como él y se lo puso fácil guiándolo con sus movimientos hasta obtener lo que tanto deseaba. Durante un segundo, mientras él la penetraba tuvo la certeza de que después de aquello no habría marcha atrás e inconscientemente se resistió. Dylan sintió que ardía en el fuego del infierno al tener que detenerse y la miró haciendo acopio de toda su fortaleza, con el corazón en los ojos y el temor en los labios al formular la pregunta.

—¿Has cambiado de opinión? —musitó.

Le estaba dando la posibilidad de arrepentirse... Con un movimiento inesperado Lexie lo atrajo hasta su boca y lo besó con pasión activando hasta la última fibra de su ser. A partir de ahí no hubo ni suavidad ni delicadeza por parte de ninguno de los dos. La pasión descarnada los desbordó y se dejaron arrastrar por la tormentosa furia de los sentidos. Desafiándose mutuamente.

Lexie se preguntaba dónde había estado aquel fuego que la abrasaba por dentro y la hacía desearlo de un modo tan irracional. Dylan estaba despertando sensaciones que no reconocía y eso no la dejaba pensar con claridad. Gimió presa de un inesperado temor al darse cuenta de que nunca nadie la había hecho sentir así. Era como si le perteneciera a él, como si ya no fuese suyo ni el cuerpo que habitaba ni la mente que lo gobernaba.

Dylan seguía imparabile y sus manos la acariciaban inclementes al tiempo que la penetraba sin compasión, casi con ferocidad.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo estuvieron en aquel torbellino imparabile antes de que alcanzaran el clímax y cayeran juntos sobre el maltratado colchón, exhaustos y satisfechos. Dylan la rodeó con sus brazos y Lexie se acurrucó contra su cuerpo consciente de que había encontrado su lugar natural.

—Debería haber cenado más —dijo Lexie de pronto.

Dylan soltó una suave carcajada y le rozó el pelo con los labios en un ligero beso.

—Puedo prepararte algo —dijo.

Lexie inclinó la cabeza para poder mirarlo.

—¿Harías tortitas?

Él trató de sacar el brazo de debajo de su cuello para poder levantarse, pero Lexie no lo dejó.

—Tengo que ir a la cocina para poder hacer tortitas —dijo con aquella irresistible sonrisa.

—No —dijo ella con un mohín—. No quiero que me sueltes.

—Pues tendremos que pensar en algo —dijo volviendo a abrazarla.

—Esperemos un poquito más —dijo acurrucándose de nuevo.

—Podría quedarme así toda la vida —dijo él cerrando los ojos.

—Seguro que así es como las conquistas a todas.

Dylan se incorporó para poder mirarla.

—¿Te preocupan mis otras amantes?

Lexie acomodó la cabeza en su brazo para verlo bien.

—¿De cuántas estamos hablando? No sé si puedas mantener un ritmo aceptable si hay muchas.

—Vamos a ver, está la de los sábados. Esa viene a la hora de la siesta y suele despertarme mientras duermo. Luego tenemos a la de los lunes, que acude a la tienda a la hora de cerrar.

—Por eso siempre llegas tarde los lunes a buscar a Will, ¿eh?

Dylan hizo un gesto de disculpa.

—Le gusta que sea lento y meticuloso.

—Vaya. Tendré que probar ese método —dijo ella frunciendo el ceño.

—Pero hay más. ¿No quieres saber más?

—Adelante, adelante.

—Bueno, pues los miércoles viene la más caliente. Esa suele esperarme en la cocina y lo hacemos sobre la encimera.

—Que poco higiénico —dijo ella negando con la cabeza—, espero que después utilices lejía.

—Por supuesto —dijo él asintiendo.

Lexie se incorporó de golpe.

—Se me ha hecho tarde —dijo.

—¿Tarde?

—Debe estar esperándome en casa mi amante de los jueves —dijo girando la cabeza para mirarlo con picardía—. Es un maravilloso amante, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —Dylan se puso de rodillas y se estiró con pereza.

Lexie no pudo evitar que sus ojos se agrandaran con sorpresa.

—¡Dios! —exclamó al ver lo preparado que estaba.

—Creo que las tortitas van a tener que esperar —dijo antes de besarla.

Bajó del coche y puso mucho cuidado en no hacer ruido al cerrar la portezuela. Dylan la acompañó hasta la puerta de entrada y Lexie sacó las llaves del bolso.

—Me he dejado las sandalias en tu casa —susurró.

—Prometo no dejar que ninguna de mis amantes se las ponga —susurró también él contra su boca.

Lexie le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Fue un beso intenso y posesivo.

—A partir de ahora solo tendrás una amante —dijo haciéndole cosquillas con su aliento.

—Estoy desando que llegue el miércoles para empotrarte contra la encimera. —Ahora fue él quién la besó.

Cuando fue capaz de separarse Lexie se giró para meter la llave en la cerradura y sintió la presión de su sexo sobre las nalgas a través de la fina tela de su vestido. *¡Dios!* —exclamó para sí—. *Este hombre me va a convertir en una insaciable.* Se giró y lo empujó con suavidad permitiéndole solo un ligero beso mientras echaba el culo hacia atrás y abría la puerta con él para evitar el contacto.

—Hasta mañana —dijo antes de cerrar la puerta.

—Dulces sueños.

Lexie cerró y se apoyó en la madera con los ojos cerrados, consciente de que él estaba fuera y que lo querría dentro. Muy adentro.

—Lexie, Lexie... —murmuró mientras caminaba hacia la escalera—. Estás perdida.

Capítulo 19

—Lexie, ¡qué sorpresa! —Eve la recibió en la puerta de su casa—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, tranquila. Solo he venido a tomarme un café contigo. Me has dicho muchas veces que viniese y he decidido que ya era hora.

—¡Oh, claro que sí! Pasa, pasa...

Lexie entró detrás de ella y la siguió hasta la cocina.

—¿Qué tal la cita? —preguntó sonriente—. Por tu cara parece que todo fue bien.

Lexie sonrió abiertamente y asintió.

—Lo pasamos muy bien —dijo rezando mentalmente por no ponerse roja.

—Si quieres podemos tomar el café en el salón —dijo Eve—, aunque este es mi lugar preferido.

Lexie miró a su alrededor y no le sorprendió. Era la cocina más bonita que había visto nunca. A pesar de estar decorada como una vieja cocina victoriana tenía todo lo necesario para resultar perfectamente moderna y comfortable. En un saliente acristalado con cortinas de encaje había colocado una mesa redonda de madera con patas torneadas y cuatro sillas a juego.

—Puedes sentarte mientras preparo el café —dijo Eve señalándole la mesa.

—Es una cocina preciosa —dijo Lexie con sinceridad.

—¿Nunca habías estado aquí? —dijo Eve sorprendida.

—Sí, pero entonces tu cocina no era tan bonita —dijo ella sonriendo.

Eve frunció el ceño tratando de recordar cuándo había restaurado la cocina.

—Lo único que cambié fueron los electrodomésticos, hace unos tres años, pero todo lo demás está idéntico —dijo la mujer esperando a que el café terminase de gotear.

Lexie volvió a mirar la cocina con una sonrisa incrédula y poco a poco las

telarañas que cubrían aquella época pasada fueron desvaneciéndose y dieron paso a los verdaderos recuerdos que ocultaban. Miró a Eve con asombro.

—Es cierto —dijo como si hiciese falta—. No la recordaba.

—En realidad la recordabas como era entonces para ti —dijo Eve sacando la jarra de café de su base y llevándola a la mesa para llenar las dos tazas blancas y sin adornos—. No te gustaba nada venir y casi nunca pasabas del porche.

Lexie fijó la mirada en el oscuro líquido.

—Era muy repelente contigo, ¿verdad? —dijo.

Eve soltó una carcajada y cogió su taza.

—Mucho no me querías, no.

—Espero que estos meses hayan servido para que me perdones —dijo con sincero arrepentimiento.

—No seas tonta —dijo Eve dándole golpecitos en la mano—. No tengo nada que perdonarte. Eras una niña encantadora y a pesar de lo poco que yo te gustaba siempre fuiste educada conmigo.

—Lo que pasaba era que odiaba ver lo bien que Cameron te trataba y que tú siempre estabas de su parte. Me daba envidia.

Eve asintió con la cabeza, pero no la interrumpió.

—Ya sabes lo duro que era conmigo... Llegué a pensar que me odiaba por algo que no sabía. Que mi madre lo engañó o que murió por mi culpa.

—Tu padre no te ha odiado jamás, Lexie —dijo Eve con firmeza—. Es cierto que nunca supo cómo tratarte y que fue excesivamente duro contigo en aquella época, pero trataba de protegerte. En el fondo el que más perdió con ese comportamiento fue él, se lo dije millones de veces, pero nunca me hizo caso.

—¿Por qué? —La pregunta era directa y la mirada de Lexie no dejaba lugar para una respuesta ambigua—. ¿Por qué mi padre fue siempre tan duro conmigo? Y no me vengas con que tengo que hablar con él. De haber sido posible ya lo habría hecho, pero Cameron siempre me da la espalda por mucho que yo...

—Así que por eso has venido —la interrumpió Eve—. Sabía que algún día vendrías a preguntarme y me alegra que lo hayas hecho por fin.

Lexie frunció el ceño.

—Si querías contarme algo, ¿por qué no lo hiciste simplemente?

—Esto no tiene nada de simple, Lexie. Debías ser tú la que preguntase

cuando estuvieses lista para ello.

Lexie no pudo disimular su sorpresa. Había esperado toda clase de excusas, pero no estaba preparada para aquella reacción.

—Pero lo importante es que ya estás aquí y yo voy a contarte la parte de historia que me incumbe o de la que fui testigo. Para lo demás tendrás que preguntarle a Cameron, pero ya no podrá negarse a responder —sentenció—.

Lexie soltó el aire que había aguantado en sus pulmones y asintió agradecida. Después cogió la jarra de café y rellenó las dos tazas dispuesta a escuchar con atención lo que Eve quisiera contarle.

—De pequeños éramos todos amigos: Ethan, Cameron, Isobel y yo. Ethan y Cameron eran inseparables. Igual que Isobel y yo también estábamos siempre juntas. —Hizo una pausa para dejar que aquella idea se asentase en su cerebro—. Yo sabía que Isobel siempre estuvo enamorada de Cameron, desde pequeña lo miraba con devoción, pero ni él ni Ethan se dieron cuenta de ello. Cameron jamás se habría fijado en ella porque sabía que Ethan la quería y él era su mejor amigo.

Exactamente lo que dijo Dylan. Al pensar en él un inesperado calor recorrió su espina dorsal y tuvo que contenerse para no sonreír como una estúpida. Seguro que ya le habían entrado más de veinte mensajes en el móvil a los que no podría responder hasta acabar aquella conversación. Se obligó a escuchar y a no distraerse más.

—... y así los años pasaron y llegamos a la adolescencia —seguía Eve—, ya sabes, un montón de hormonas explotando sin control. En una fiesta de verano Isobel consiguió que Cameron la acompañara a casa. Él había bebido demasiado esa noche, yo fui testigo de ello. Discutimos y me marché. Ethan había tenido un accidente en el taller y estaba en el hospital. Supongo que al quedarse los dos solos Isobel lo tuvo más fácil. La cuestión es que lo llevó hasta el cobertizo de sus padres y lo hicieron allí, entre las herramientas y la cortadora de césped. Sabiendo cómo era Cameron aquello ya no tenía marcha atrás. Sus férreos principios no le permitirían obviar lo ocurrido y ella se encargó de hacerlo sentir mal llorando cada vez que lo tenía delante. Tu padre agachó la cabeza y salió con ella y su relación con Ethan entró en una fase autodestructiva.

—¿Te lo dijo él? —preguntó Lexie—. ¿Te dijo que se sintió obligado?

Eve asintió.

—No habría hecho falta, yo le conocía demasiado bien, pero sí, me lo

confesó. Y, a pesar de que Ethan no tenía nada que hacer con Isobel y lo sabía, eso rompió su amistad con Cameron. Aquel era el último verano antes de que nos marcháramos a la universidad, así que Cameron pensó que con la distancia se le pasaría. Pero al que no se le pasaba la angustia de estar con alguien a quién no quería era a él, así que rompió su relación con Isobel.

—¿Ethan era violento entonces? —preguntó Lexie.

Eve pensó un momento antes de responder.

—Era pendenciero, nadie solía enfrentarse a él porque le gustaba la pelea, pero tenía una actitud muy protectora con Cameron. A tu padre no le iba la gresca, evitaba siempre en lo posible cualquier enfrentamiento y era Ethan el que se encargaba de que nadie se metiese con él.

—Vaya... —dijo sorprendida.

—Sí, ya te digo que con tu padre tenía una relación muy protectora. Quizá por eso Cameron tardó tanto en darse cuenta de cómo era en realidad. Ethan también quería ir a la universidad, era su sueño. Quería ser ingeniero, lo sabía desde que era un crío. Pero su padre se rio de él diciendo que era demasiado estúpido para gastarse el dinero en sus estudios. Así que nosotros nos marchamos y él se quedó.

—¿Isobel también se fue?

—No. Isobel no quería estudiar. Solo pensaba en casarse y tener hijos.

—¿Con Cameron?

—Con Cameron —asintió Eve—. Lo pasó fatal cuando tu padre rompió con ella. No salía de la cama y cuando la llamaba por teléfono solo hablaba de morirse y acabar con todo. Me contaba que Ethan seguía intentándolo, que la acosaba y que no quería ni salir a la calle para no encontrárselo. Recuerdo la primera noche que salimos los cuatro cuando regresé para las vacaciones de verano, Isobel estaba muy delgada y tenía una mirada extraña, como si hubiese perdido la luz. Y Ethan también había cambiado, aunque de otro modo —movió la cabeza—. Se había vuelto un cínico y a mí me daba escalofríos.

Lexie tenía una mirada acerada y Eve sonrió.

—Di lo que estás pensando.

—Ethan McWinnell era un monstruo —dijo con desprecio—. Torturaba a sus hijos y a su mujer, no hay motivación que pueda justificar eso.

Eve asintió.

—¿Quieres comer algo? —preguntó al ver que habían vaciado la jarra de café—. No quiero que te sienta mal tanta cafeína. Tengo unas galletas que te

encantarán.

Lexie la observó mientras se movía por la cocina con agilidad y soltura. ¡Tenía la misma edad que su padre y parecía mucho más joven! Ojalá ella llegara a esa edad sintiéndose tan bien.

Eve dejó un platito con galletas sobre la mesa y esperó hasta que Lexie cogió una y la probó.

—Mmmm—se deleitó cerrando los ojos un momento—. Está deliciosa.

—Las hago yo —explicó Eve con orgullo—. Si quieres un día te enseño a hacerlas. A Dylan le encantan. Bueno, continuo. Cada vez que regresábamos de la universidad las cosas habían cambiado un poco más y resultaba más difícil mantener la amistad que habíamos compartido desde niños. Isobel no cejaba en su empeño y seguía acosando a Cameron y Ethan seguía cayendo en un pozo de oscuridad del que muy pronto no podría ya salir.

—Menuda situación para ti —dijo Lexie dándose cuenta de pronto de lo incómodo que debió ser todo para ella.

—Pues sí —reconoció—, para mí no fue nada fácil. Sobre todo el tercer año de carrera cuando Cameron se trajo a Alice Ralston a pasar las vacaciones a River Place.

—Mi madre —musitó Lexie.

—Sí, tu madre. —Alisó el mantel que estaba perfectamente planchado—. Al principio Isobel pareció aceptarlo bien, pero el último fin de semana antes de regresar a la universidad, en el baile de final de verano que organizaban cada año los Cook, los escuché discutir en el granero. Ella le suplicaba que dejase de torturarla, insistía en que él solo sería feliz con ella y que Alice era una estirada y una estúpida que no soportaría vivir en River Place. Cameron trató de calmarla y de impedir que lo besara, lo sé porque no paraba de decirle que dejara de intentarlo —explicó—. Isobel parecía desesperada, lo amenazó con quitarse la vida y él le dijo que ella jamás haría eso porque era muy religiosa. Entonces su tono cambió y muy fríamente le dijo que se casaría con Ethan y sería la mujer más desgraciada del mundo. Él le pidió que no hiciese algo tan ruin, que Ethan la quería de verdad. Ella se rio a carcajadas. «Lo destrozaré, acabaré con él y dejaré que él acabe conmigo. Ese será tu castigo. Tendrás que ver cómo nos destruimos por tu culpa». Esas fueron sus palabras.

Lexie se llevó una mano a la boca para ahogar una exclamación horrorizada.

—¿Y qué hizo Cameron?

—Salió de allí como una exhalación y se encontró conmigo. Nunca había visto una mirada como aquella, Lexie. Estaba completamente en shock. Me pidió que lo abrazara y durante unos segundos me apretó con fuerza como si necesitara sujetarse a algo para no caer. —Eve bajó la mirada como si recordar aquello la hubiese trastornado—. Después volvió junto a Alice y se la llevó de allí dispuesto a no regresar ningún verano más hasta que hubiese acabado la universidad.

—Dios mío —susurró Lexie profundamente conmovida—. Isobel cumplió su amenaza.

Eve asintió.

—Se casaron ese mismo año —sentenció.

—E Isobel destruyó a Ethan.

Lexie se dejó caer contra el respaldo mientras en su mente iban encajando las piezas como si se tratase de complejos engranajes.

—Le hizo creer que Dylan era hijo de Cameron —dijo Eve.

—Por eso llamaba a Cameron en lugar de a la policía. —Lexie pensaba en voz alta—. Torturaba a Ethan haciéndole creer que el que había sido su mejor amigo era ahora el amante de su mujer y su protector.

—Y cuando él hacía lo que ella esperaba corría a pedir ayuda a Cameron para cerrar el círculo —añadió Eve—. Era el fruto de una mente enferma.

—Pero ¿por qué Ethan no se hizo las pruebas de paternidad? Habría descubierto que todo era mentira.

—No lo sé. Quizá esa posibilidad lo aterraba más aún porque habría sido como reconocer que tu padre le ganaba hiciese lo que hiciese. La cuestión es que Isobel hizo un buen trabajo. Ethan se convirtió en un borracho, un despojo humano al que todos dieron la espalda. Incluido Cameron.

—Pero Isobel... ¿cómo pudo hacerle eso a sus hijos? ¿Qué clase de madre permite que torturen a sus hijos del modo en el que Ethan lo hacía? —Lexie sentía un profundo desprecio hacia aquella mujer. Recordaba todo lo que Dylan le había explicado y se enfurecía cada vez más.

—Supongo que, llegado un momento, si Isobel hubiese podido dar marcha atrás lo habría hecho. No puedo creer que quisiera que su hijo pagase el castigo que ella se impuso. Sobre todo después de que tu padre se diese por vencido. Alice era una mujer moderna, pero todo tenía un límite. No le gustaba River Place, nos consideraba unos paletos —dijo Eve sonriendo sin acritud—.

Intentó aguantar aquella peculiar relación entre la familia McWinnell y ellos, lo sé de buena tinta. No diré que fuésemos amigas, simplemente manteníamos una cordial relación por tu padre. Pero no muchas mujeres soportarían que otra se presentase en su casa buscando a su marido llena de moretones.

Lexie soltó un suspiro silencioso.

—No te voy a engañar. Cameron se sentía en parte responsable por lo que le había ocurrido a Ethan e Isobel, pero sobre todo lo sentía por Dylan. Sé que le partía el alma ver a ese niño siempre magullado, con aquella mirada asustada en los ojos. Alice le decía que lo dejase estar, que no acudiese cada vez que Isobel lo llamaba por teléfono presa del terror o cuando se presentaba en su casa llena de golpes. —Negó con la cabeza con expresión de fatalidad—. Hasta que un día se hartó, hizo la maleta y se marchó para siempre.

Lexie iba a morder una galleta, pero el dulce nunca llegó a su boca, la mano regresó hasta la mesa y la depositó lentamente sobre la servilleta.

—¿Que se marchó? —dijo con voz áspera.

Eve asintió sin apartar la mirada de sus ojos.

—Tu madre no está muerta, Lexie. Vive en Roma, en un palacete que heredó de su marido, un conde o duque o algo de eso, no sé.

Lexie estaba pálida como la muerte y miraba a Eve como si no consiguiese entender lo que decía.

—¿Mi madre está viva?

—Espera —dijo Eve poniéndose de pie—. Te traeré algo más fuerte, creo que lo necesitas.

Rellenó dos vasitos de aguardiente y empujó uno hacia Lexie que lo cogió sin decir nada y bebió.

—Mi padre me mintió...

—Uy, no te pondrás ahora en plan melodramática. A veces mentir es la única opción. ¿Qué querías que hiciera? —preguntó Eve con una sonrisa inexplicable—. Ahora eres una mujer adulta y tienes dos hijas. ¿Crees que habría sido mejor que te explicara que su mujer, tu madre, lo abandonó para irse a vivir la vida a Europa? ¿Que no quería el lastre de una hija y un marido presos en un pequeño pueblo de Virginia?

Lexie frunció el ceño perdida en su mente. Eve tenía razón, era una mujer adulta, muy adulta, y tenía dos hijas a las que adoraba. Pensó en Will y en la conversación que tuvieron sobre su madre. El muchacho lo tenía claro, aquella mujer no significaba nada para él. Lo abandonó, lo borró de su vida y él no la

echaba de menos en absoluto. Qué curiosa es la vida, resulta que ella estaba en la misma situación.

—Debería habérmelo contado —dijo mirando de nuevo a Eve.

—Yo lo habría hecho, sí —dijo Eve—, pero porque tengo mucha más fe en tu fortaleza. Cameron creyó que no te haría ningún bien saberlo, que te sería más fácil soportar la idea de que su marcha fue involuntaria y que eso te permitiría seguir teniendo una madre en la que pensar, mientras despotricabas del terrible padre que te había tocado en suerte.

—Cameron es demasiado retorcido —musitó.

—¿No deberías dejar de llamarlo así?

—Es su nombre.

—Pero es tu padre —dijo Eve con tristeza—, estoy segura de que no le gustaría morir sin que le hayas perdonado.

—No se va a morir —dijo Lexie mirándola irritada.

—Querida Lexie —sonrió con un suspiro silencioso—, me temo que eso es algo inevitable que ocurrirá tarde o temprano.

—No nos desviemos del tema. ¿Cómo sabes dónde vive mi madre?

—Me escribió hace años. Tuvo un momento de lucidez emocional y quería saber cómo le había ido la vida a su única hija sin tener que hablar con su ex marido.

—¿No ha tenido más hijos?

—Cuando me escribió me dijo que nunca entró en sus planes lo de ser madre y sacrificarse por otro ser humano. Que ella era un espíritu libre y que Cameron lo sabía cuando la conoció. También me dijo que nunca debieron casarse, que él nunca la amó, simplemente la utilizó para llenar el vacío de su existencia. —Sonrió con cinismo—. Perdóname, pero tu madre siempre fue muy snob hablando.

—¿No quiso ponerse en contacto conmigo?

—No. No quería un acercamiento. Supongo que era algo hormonal, ya sabes, un vacío aquí dentro —dijo Eve señalándose el bajo vientre.

Lexie la miró con los ojos entornados.

—¿Crees que se querían? —preguntó.

Eve la miró con franqueza.

—Supongo que en algún momento lo creyeron, sí.

—¿Debería odiarla?

—¿Para qué?

Lexie hizo una mueca con la boca.

—Lo cierto es que me es indiferente —dijo con sinceridad—. Tengo la sensación de que la mujer que me abandonó y mi madre muerta son dos personas distintas. Y, como puedo elegir, me quedo con la fantasía que viví durante años.

—Es una buena decisión. —Eve sonrió satisfecha—. No podemos hacer nada para cambiar el pasado, pero sí podemos negarnos a aceptar un pasado que no es el nuestro. Ellos no quisieron contarte la verdad, ahora tú tienes derecho a no aceptarla como tuya.

Lexie sonrió abiertamente.

—No sabes cuánto me arrepiento de haberte tratado tan mal —dijo—. Y sí, tenías razón, siempre creí que mi padre estaba enamorado de ti y que por eso te miraba de ese modo cuando estabas distraída. Su admiración por ti es demasiado evidente y tu cariño hacia él está fuera de toda duda.

—Hemos pasado una vida juntos —dijo Eve pensativa—. La mayoría de matrimonios no duran tanto.

—Desde luego —confirmó Lexie—. Pero ¿nunca hubo un acercamiento? No sé, me parece tan lógico que...

—Creo que deberías ajustar tus gafas de ver, Lexie —dijo Eve con una sonrisa irónica—. Si yo hubiese podido amar a algún hombre, ese hombre sería tu padre. Pero mis preferencias en cuestiones amorosas lo han hecho imposible. Yo he amado mucho en esta vida, aunque la persona más importante para mí solo estuvo a mi lado cuatro años. En aquel entonces yo trabajaba para una ONG y vivía en África. Ella era una pediatra que colaboraba con Médicos sin Fronteras. Una mujer apasionada y vital que amaba la vida por encima de todo. Tenía una alegría innata que no le permitía desfallecer ni en los peores momentos, cuando la enfermedad la torturó de un modo exacerbado. Vivimos felices durante esos años en los que pensé que esa sería mi vida para siempre. Después ella murió de cáncer y me dejó sola y triste. —Sonrió con ternura—. No diré que la haya olvidado, ha vivido conmigo cada día desde que se marchó, pero sí aprendí a aceptarlo, aunque me costó un poco al principio. Tardé un año en volver a River Place. Acepté un trabajo de profesora de ciencias y seguí con mi vida.

Lexie la había escuchado tratando de no mostrar sorpresa. ¿Cómo no lo había pensado?

—No me tengas lástima, conocí el verdadero amor. Aunque solo me

durase cuatro años fueron los más felices de mi vida. Con Gertru aprendí lo verdaderamente importante y me dio energía para vivir cien años más sin sentirme desgraciada. Es mucho más de lo que puede decir la mayoría.

—Yo, por ejemplo —dijo Lexie dibujando una flor en la mesa con la yema del dedo—. Creía que tenía un matrimonio feliz. Me escapé de casa con el que creía que era el hombre de mi vida y tuvimos dos maravillosas hijas. Pero resulta que no lo conocía en absoluto.

—Claro que lo conocías —dijo Eve poniendo una mano sobre la suya—. No me creo que no te dieras cuenta de que las cosas no iban bien. De hecho, imagino que si Owen encontró otro amor fue porque había perdido el tuyo.

Lexie levantó la mirada y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Fue culpa mía?

—No es una cuestión de culpa, cariño. Es más bien la naturaleza haciendo su trabajo.

—Pero yo sigo siendo... la misma.

—Eso crees tú, pero siento decirte que no es posible ser «la misma» sintiéndose distinta. Seguramente fueron pequeños detalles, cosas insignificantes, pero que para el otro son demasiado evidentes.

Lexie suspiró soltando el aire de golpe, como si necesitase espacio en su pecho.

—Le quise mucho —dijo limpiándose las lágrimas que habían escapado de sus ojos—. Todo el tiempo que pude.

—Nadie está obligado a más —dijo Eve apretándole la mano—. Y basta de lloriqueos, parecemos dos viejas contando batallitas. Solo nos ha faltado el «¡anda que yo!» y el «¡si tú supieras!» para estar acabadas.

Lexie sorbió un poco y terminó de secarse la humedad de los ojos.

—¿Tienes alguna foto? —preguntó.

—¿De Gertru?

—De las dos juntas.

Eve asintió sonriendo y se puso de pie.

—Ven, vamos, te la enseñaré.

Lexie sujetaba la fotografía en la mano y se detuvo en cada detalle de la imagen, observando el contexto. Gertru parecía una mujer de carácter, cogía de la cintura a una joven Eve con una actitud posesiva y segura. Era muy atractiva, aunque no tenía una belleza clásica. Llevaba el pelo a lo Bob y miraba a la cámara sin miedo. Lexie miró a Eve que tenía los ojos clavados en

aquella fotografía.

—Recuerdo ese momento como si fuese ayer. Casi puedo notar la firmeza de su mano en mi cintura.

Lexie asintió y volvió al montón de fotografías que Eve tenía metidas en una caja metálica de galletas.

—Deberías ponerlas en un álbum para poder verlas de vez en cuando —dijo revolviéndolas y mirando las que llamaban su atención—. Hay muchos recuerdos aquí que...

Una fotografía atrajo su atención. Tan solo se veía una parte de ella emergiendo por debajo de las demás. La sacó con cuidado y su corazón se aceleró.

—Ahí tenía diecisiete años —dijo Eve sonriendo—. Dios mío, me parece imposible que esa sea yo.

Lexie escuchó la voz de su padre resonando en su mente. Ella le había preguntado cómo supo que era ella, refiriéndose al momento en el que conoció a la persona que amaba y creyendo que hablaban de su madre, pero ahora, con aquella fotografía en su mano, todo cobró sentido.

—Recuerdo el momento exacto. Llevaba un vestido azul pálido con unas margaritas diminutas y unas trenzas enroscadas alrededor de la cabeza. Era verano y hacía mucho calor, pero la brisa movía la falda de su vestido y el sol brillaba en su sonrisa...

Y ahí estaba, el vestido de pequeñas margaritas y las trenzas enroscadas alrededor de la cabeza de Eve. Una jovencísima Eve que miraba a la cámara con una esplendorosa sonrisa.

Capítulo 20

Cameron la miraba como si hubiese dicho que acababa de ver a Ken Follet plantando cebollas en su huerto. Lexie estaba de pie frente a su mesa de despacho, con los brazos cruzados frente al pecho en actitud defensiva. Quería hacérselo pasar mal, no iba a ponérselo fácil.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó el editor recuperando la compostura.

—Eso da igual.

—Te dará igual a ti —dijo poniéndose de pie—. Claro que sé perfectamente quién ha sido porque solo hay una persona que sabe todo eso.

—¿Entonces para qué preguntas?

—No me puedo creer que me haya traicionado de ese modo. Creía que era la única persona en el mundo que jamás me traicionaría.

—Tú, en cambio, has podido traicionar a tu hija durante años sin despeinarte.

Cameron suspiró con cansancio.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que lo siento? ¿Que te privé de saber que tu madre estaba viva y poder reencontrarte con ella? Pues no pienso hacerlo. Alicia se marchó dejando muy claro que no quería saber nada de ninguno de los dos.

—¿Le preguntaste?

—¡Claro que le pregunté! ¿Por quién me tomas? Le dije que podía divorciarse de mí, pero que no era necesario que lo hiciese también de su hija.

—No me importa.

—¿Qué? —dijo él volviendo a mirarla como si pensara que había cambiado de idioma.

—Que no me importa. Para mí nada ha cambiado. Prefiero recordarla como imaginé que era. Es más sencillo así —dijo encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿para qué todo esto?

—No pensarías que ibas a irte de rositas. Ha llegado el momento de que

hablemos de unas cuantas cosas —dijo cogiendo la butaca que había frente a la mesa y apartándola un poco para sentarse—. Siéntate, no quiero que te de un infarto estando de pie, te caigas y te rompas la cabeza con el golpe.

—No me va a dar un infarto —dijo él malhumorado.

—Por si acaso —insistió ella señalándole la silla en la que estaba sentado cuando entró en el despacho y le soltó aquella bomba.

Cameron la miró unos segundos sin saber cómo tomarse su actitud. ¿De verdad había estado ocultándole durante años una verdad que le importaba una mierda?

—¿Qué quieres que te diga? —dijo al fin con expresión derrotada—. No fui capaz de retenerla.

—¿Querías? —preguntó ella con ironía.

—¿Qué significa eso? Claro que quería, me casé con ella y tuvimos una hija...

Lexie lo miraba expectante sin decir nada.

—¿De qué más te ha hablado esa traidora que yo creía amiga? —Cameron se movió incómodo en su asiento.

—De Ethan McWinnell y de Isobel.

—Maldita sea —dijo entre dientes—, no debería haberte dicho nada de todo eso, no es asunto tuyo.

—¿De verdad crees que no es asunto mío? ¿Por qué dejaste que Ethan creyera que Dylan era hijo tuyo?

Cameron se mordió el labio varias veces como hacía siempre que estaba nervioso.

—Ethan creyó lo que le dio la gana para poder seguir siendo un maldito cabrón toda su vida. Pero todo esto ocurrió hace demasiado tiempo, no entiendo qué buscas en ese montón de mierda.

Lexie estaba dispuesta a esperar lo que fuese necesario. Se cruzó de brazos y no dejó de mirarlo a pesar de que era evidente que se sentía incómodo y no quería hablar.

—Mamá, ¿puedo ir con Megan al pueblo y comprarme unos rotuladores nuevos en la tienda del tío Dylan?

Lexie se giró en la silla para mirar a su hija pequeña que había entrado en el despacho sin llamar a la puerta. Sonrió al tiempo que asentía.

—Está bien, pero mándame un mensaje con la cantidad exacta que te has gastado, que luego Dylan no querrá decírmelo.

—Ok, mami —dijo Amy.

—Amy —la detuvo su madre cuando cerraba la puerta—. Acostúmbrate a llamar antes de entrar, por favor.

—Perdón, abuelo —dijo la niña con expresión compungida.

Cameron sonrió con ternura y su nieta se marchó.

—Dylan no va a cobrarte esos rotuladores. Ahora menos que nunca —dijo Cameron con sorna—. El mes pasado tuvisteis una discusión por ello y aún no habíais salido a cenar...

—¿Y eso qué tiene que ver? No te preocupes por las finanzas de Dylan, soy más lista que él y llevo un control exhaustivo de todo lo que las niñas y yo compramos en su tienda.

—No te cogerá el dinero. Es demasiado cabezota.

—A testaruda no me gana nadie —dijo rotunda.

—Eso es cierto.

—Tengo a quien parecerme —dijo burlona—. Ahora existen las transferencias, pensaba que lo sabías, no creía que fueses tan viejo. Y que sepas que no acostumbro a ser una gorrana.

—Pues conmigo no te importa serlo.

—Tú eres mi padre —dijo entrecerrando los ojos con mirada asesina.

—¡Vaya!

—¿Vaya qué? —lo miró frunciendo el ceño.

—Ahora soy tu padre.

—¿Ahora? —dijo ella disimulando una sonrisa—. Hace treinta años que lo eres. Pronto treinta y uno.

Cameron apoyó los codos en la mesa y dio vueltas entre los dedos al bolígrafo que había cogido de encima del manuscrito en el que trabajaba.

—¿Qué quieres saber? —preguntó mirándola a los ojos—. No sé qué te ha contado Eve y no quiero repetirme.

—Te hago un resumen. Ethan quería a Isobel. Isobel te quería a ti y tú querías a... Bueno, eso ahora no importa. Isobel se casó con Ethan para destruirlo porque era amigo tuyo y así te castigaba a ti por no quererla. Ethan creía que Dylan era hijo tuyo y se dedicó a torturarlo hasta que fue lo bastante mayor para escapar. Esto lo sé por Dylan —aclaró—. Y también sé que estuvo a punto de matar a su padre en el funeral.

—Buen resumen —dijo Cameron y soltó un largo y sentido suspiro—. Habrías podido dedicarte a escribir las sinopsis de los libros.

—Gracias, prefiero seguir con mis álbumes.

—¿Nunca te arrepentiste de huir y no estudiar para sacarte una carrera?

Lexie lo pensó unos segundos y después negó con la cabeza.

—Entonces no tenía opciones, por lo que nunca me replantee mi decisión.

—¿Y con lo que sabes ahora?

—Ahora tengo dos maravillosas hijas a las que no cambiaría por nada en el mundo. No hay nada más que saber.

Cameron sonrió.

—Buena respuesta.

—¿Y tú? —lo interpeló directa—. ¿Nunca te arrepentiste de nada?

Cameron se reclinó contra el respaldo de su asiento y la miró a los ojos con total sinceridad.

—¿De nada? Me arrepiento de tantas cosas que no podría enumerarlas todas antes de que amaneciera el próximo día y son las cuatro de la tarde. Me arrepiento de los meses que salí con Isobel, de haber traído a Alice a este pueblo, de haberte obligado a marcharte, de no haber ido tras de ti...

Lexie sintió que los ojos se le humedecían y eso no estaba en sus planes. De ningún modo quería llorar delante de Cameron.

—Fui un padre horrible, no sé cómo pudiste soportarme. Otra hija se hubiese ido mucho antes —siguió con firmeza—. No tengo excusa, aunque me gustaría porque eso también te ayudaría a ti. Si te sirve, te diré que nunca fui feliz.

—No me sirve en absoluto —dijo ella apesadumbrada—. ¿Cómo podría servirme?

—Mi vida no ha sido ninguna fiesta, hija. No quiero que me tengas lástima, yo tomé todas aquellas malas decisiones y pagué por ello. Lo peor fue ver el sufrimiento de aquel muchacho inocente...

—¿Hablaste con Ethan? ¿Trataste de que entendiera...?

Cameron asintió repetidamente.

—No importaba nada de lo que yo dijera, Isobel era mucho más fuerte que yo. Lo torturaba día tras día, poniéndome de ejemplo, comparándonos en todo lo que hacía. Sé que incluso en los momentos íntimos me nombraba a mí. Crearon un vínculo de odio, una emoción tan poderosa como el amor porque tiene su mismo ADN.

—Pero ¿qué clase de hombre es capaz de apagar cigarrillos en la tierna carne de su hijo? —Los ojos de Lexie ardían por las lágrimas al recordar el

terrible relato de Dylan—. ¿Qué padre es capaz de pegarle con el cinturón, con una vara o de arrastrarlo por los cabellos simplemente porque no le gusta su tono de voz?

Cameron se tapó la cara con las manos. No quería recordar todo aquello otra vez.

—¿Cómo pudiste ser su amigo? —le recriminó llorando ya sin contención—. ¿Cómo pudiste?

Cameron se frotó los ojos y dio un golpe en el escritorio bufando con fuerza, como si se librara de una pesada carga.

—Ethan no tuvo una vida fácil. ¿Te parece que él era duro? Deberías haber visto lo que le hacía su padre a él. Cuando solo tenía seis años le puso una cuerda alrededor del cuello y ató el otro cabo en una viga del sótano y lo tuvo así dos días. Le dejaba el plato de comida a una distancia tal que, si quería comer, la cuerda le apretaba el cuello hasta ahogarlo. Ethan tenía pánico a las cucarachas y el sótano de su padre estaba infestado de ellas. Lo dejaba allí en su propio orín, con una pequeña luz, suficiente para que las viese corriendo a su alrededor. —Respiró hondo varias veces tratando de calmarse—. No puedo explicarte todas las cosas horribles que su padre le hizo, no quiero sufrir un infarto, pero te aseguro que Ethan ya había pagado con creces todo el mal que hizo después. Con creces.

—Eso no lo justifica.

—Claro que no lo justifica, no estoy tratando de justificarlo. Te explico por qué era su amigo y por qué durante años traté que recordara la persona que era conmigo y en lo que se estaba convirtiendo.

—¿Qué te hizo desistir?

—Tú.

—¿Yo? —Lo miró confusa.

—Cuando tú naciste comprendí que si no me apartaba de ellos toda esa podredumbre y violencia acabaría alcanzándote. Cuando tu madre me dijo, ahí de pie —dijo señalando la puerta—, que se marchaba para siempre, que nunca la había querido y que no se quedaría para convertirse en una amargada, también me dijo que si no me apartaba de los McWinnell destruiría tu vida. Esa misma noche, cuando Alice ya se había marchado, Isobel llamó a nuestra puerta, como solía hacer después de una paliza. Venía con el labio roto y la cara anegada en lágrimas. No la dejé entrar. Le dije que no volviera, que mi casa ya no estaba abierta para ninguno de ellos. Me gritó y me suplicó, pero no

cedí. Al día siguiente fui a ver a Ethan al taller y le solté una larga parrafada sobre la amistad y el amor. Le conté que Alice me había dejado y que tenía una hija por la que preocuparme y que ya no había sitio en mi vida para él y sus traumas. Le pedí que tratase de recordar a su padre y todo lo que le hizo. Que recordase el sótano, que yo no lo olvidaba. Pero le advertí que ahora tú eras mi prioridad en la vida y que no dejaría que toda su mierda te salpicase. Le supliqué que parase, le hablé de lo que podía obtener si lo hacía...

—Pero no sirvió de nada —dijo Lexie comprendiendo—. Y tuviste que ver cómo seguía torturándolos uno tras otro como habían hecho con él. Y tuviste que mantenerte al margen por mí. ¿Por eso eras tan duro conmigo?

—Quería protegerte de todo, sobre todo de ellos, pero tú te empeñabas en ir con ese muchacho y no había forma humana de impedirlo. Sabía que Isobel te odiaba y temía que hiciese algo contra ti. Por eso era duro y estricto y no te dejaba respirar. Fui un mal padre y te alejé de mí.

Lexie asintió lentamente.

—Qué complicadas somos las personas, ¿verdad? Habrías conseguido mucho más dándome cariño y dejándome que te quisiera.

—Quizá ahí radica toda mi existencia. —Cameron parecía ahora mucho más viejo y cansado—. ¿Merecía que nadie me quisiera? ¿Merecía ser feliz? Yo creía que no. Mi vida había sido un cúmulo de mentiras y errores. Mentí a Isobel, a Ethan, a Eve, a Alice... Yo sabía lo que Ethan sentía por Isobel, que la amaba desde que era un crío. Cuando ella se me entregó debí rechazarla. Nada de lo que ocurrió después habría sucedido.

—No lo sabes.

—Sí, sí lo sé —dijo Cameron con una férrea certeza—. Todos los actos tienen consecuencias. Me dejé arrastrar por un deseo juvenil, nada más. Ni siquiera la amaba, me dije que sí, que tenía sentimientos hacia ella, pero no era cierto. Solo la deseaba porque era el cuerpo caliente de una mujer y en esos momentos me sentía profundamente insatisfecho. Mucha gente ha pagado por aquella estúpida decisión. Y después hubo muchas más igual de nefastas...

—¿Se lo dijiste alguna vez? —pregunto mirándolo tiernamente a los ojos.

Cameron frunció el ceño sin comprender la pregunta.

—A Eve —aclaró Lexie—. ¿Le dijiste alguna vez que la amabas? No te molestes en negarlo, he visto la foto. Su vestido de diminutas margaritas y el peinado con esas trenzas. Era ella, la chica de la que me hablaste.

Cameron sonrió con tristeza.

—Debes pensar que soy patético —dijo con sinceridad y alivio—. Toda la vida enamorado de mi mejor amiga, que jamás me miró como miraba a Gertru. Y, respondiendo a tu pregunta, sí, se lo dije. Y ese fue el origen de todo. Cuando ella me explicó cuales eran sus preferencias no pude soportarlo. Fue esa misma noche la que me emborraché y acabé acostándome con Isobel.

—Y aun así seguiste amándola —dijo con ternura.

Cameron asintió.

—Y mentí, mentí, mentí... Mentí para esconderme, para protegerla, pero, sobre todo, para no tener que enfrentar que jamás me amaría —susurró apartando la mirada.

—Eres demasiado duro contigo, papá.

Lexie se levantó de la butaca, rodeó la mesa y lo abrazó con fuerza.

—Lo siento. Siento que hayas estado tanto tiempo solo, que no hayas sabido abrir tu corazón para dejarme entrar. Siento que me engañaras con tanta facilidad haciéndome creer que eras esa imagen que habías creado de ti mismo. Ahora te veo.

Cameron la abrazó también sin saber muy bien cómo reaccionar. No estaba acostumbrado a esas efusivas muestras de afecto, aunque sus nietas, sin saberlo, habían estado dándole clases masterizadas durante los últimos meses.

—Creo que vas a tener que practicar un poco más tus abrazos —dijo Lexie riendo entre lágrimas—. Ahora mismo son una basura.

Cameron sonrió y asintió al tiempo.

—Te prometo que voy a practicar todos los días, hija.

—Tampoco te pases, papá, no creo que tu corazón esté preparado aún para dar tanto amor.

Su padre cerró los ojos y dejó que su hija lo viese llorar. Aquella era la mayor muestra de afecto que podía ofrecerle.

Capítulo 21

—¿Lauren Winter? —Lexie miraba a Holly con expresión asombrada—. ¿Tú eres Lauren Winter? ¡No me lo puedo creer!

—Pues créetelo —dijo la otra sonriendo con una copa de vino en la mano y las piernas descansando sobre la mesa de su enorme y preciosa cocina—. Todo el mundo cree que la pasta que tenemos es de Harley, pero lo cierto es que es toda mía.

—¿En serio has estado escribiendo esas novelas de misterio sin que nadie sepa que eres tú?

—Y no se me da nada mal —dijo y después bebió un largo trago de su copa.

—A mí me encantan sus... tus novelas —dijo sin poder filtrar su asombro—. Leo todo lo que publicas.

—Pues qué bien, tengo una fan en mi cocina.

—¿Y Harley esta de acuerdo?

—En realidad lo del seudónimo fue idea suya, yo ni lo había pensado. Escribir era un entretenimiento para mí. Él descubrió uno de mis manuscritos, lo leyó y alucinó. Como tú ahora mismo.

—Es que nunca dijiste que te gustase escribir. Bueno, siempre estabas escribiendo. Recuerdo que llevabas una libreta en el bolso...

Holly asintió.

—¡Vaya! —Lexie se dejó caer contra el respaldo y se llevó la copa a los labios pensativa. Ahora que sabía su secreto empezaba a ver la lógica.

Holly la miraba con la cabeza ligeramente inclinada y con mucha atención. No se había dado cuenta de lo necesitada que estaba de una amiga hasta que Lexie regresó a su vida. Pero es que la relación que tenía con ella no podría haberla construido con nadie más. Se conocían desde el colegio y habían crecido juntas, con las mismas tonterías y compartiendo sus enormes y trágicos problemas cotidianos. Eso une mucho.

—Tengo que contarte algo —dijo poniéndose seria.

Lexie la miró sorprendida por el tono.

—Dylan y yo somos amigos desde que regresó. —Dejó la copa en la mesa

—. En realidad es el único amigo que tenía hasta que apareciste.

—No me irás a decir que os habéis acostado.

—No, idiota. Ya te he dicho que quiero a mi marido.

—Te has puesto tan seria...

—No me gusta contar mis cosas y no me gusta dar explicaciones a nadie de nada de lo que hago o dejo de hacer. Pero creo que contigo es mejor ir de frente y no dar sorpresas, así que creo que es bueno que sepas que somos amigos y que hablamos de ti.

—Ok. Gracias por decírmelo.

—Bien. Ha hecho algo a tus espaldas. Es algo bueno, pero seguro que te va a molestar, así que voy a contártelo.

Lexie frunció el ceño, desconcertada.

—Ha comprado la casa de Jonas Tighe y la ha puesto a tu nombre y al de las niñas.

Lexie la miró confusa.

—¿Qué ha hecho qué?

—Ha comprado la casa de Jonas Tighe —repitió Holly.

—No ha hecho eso.

Holly asintió con la cabeza.

—A pesar de ser un cafre, un desgraciado y un monstruo, Ethan McWinnell no era un manirroto. Además, de la propiedad también dejó una buena cantidad de dinero que aumentó cuando Dylan traspasó el taller de coches de su padre. Desde el principio Dylan quería repartir todo eso con Owen, aunque en el testamento su padre se lo dejó todo a él.

—Era lo justo —musitó Lexie.

—Sí, era lo justo. Después de todo Dylan fue el saco de boxeo de su padre y el protector de su hermano. Sé que quiso hablarlo contigo, pero que tú te negaste a escucharlo.

—No puede haber hecho eso —negó Lexie sintiendo que su enfado crecía por momentos—. Sabe lo que pienso, no tiene derecho...

—Antes de iniciar el melodrama que seguro que vas a interpretar —la cortó su amiga—, déjame que te diga un par de cosas...

Lexie se puso de pie y dejó la copa sobre la mesa con evidente malhumor.

—Lo siento, Holly, pero me temo que esto no es asunto tuyo. Ni siquiera deberías habérmelo contado tú. Esto es algo entre Dylan y yo —dijo y sin esperar respuesta echó a correr.

Holly volvió a coger su copa y puso de nuevo los pies sobre la mesa.

—Esto tengo que sacarlo en una de mis novelas.

Dylan escuchó los golpecitos en el cristal y levantó la vista del ordenador. Sonrió al ver que era Lexie y se apresuró a abrirle.

—Ya hemos cerrado, señorita, pero entre, va a caer una buena y aquí estará resguardada de la lluvia.

Lexie pasó junto a él sin un beso ni una palabra de saludo. Dylan cerró de nuevo la puerta, colocó el cartel de cerrado y bajó el estor que tapaba el cristal antes de volverse.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿Has comprado la casa de Jonas Tighe? —Su mirada no dejaba lugar a dudas.

—Sí.

—¿Y la has puesto a mi nombre?

—Sí.

—¿Cómo te atreves a hacer algo así sin decírmelo?

—No es cosa tuya.

—¿Qué? —Ahora sí que se había pasado tres pueblos—. ¿Que no es cosa mía que mi..., mi...?

De repente se dio cuenta de que no sabía cómo catalogar la relación que tenían. Habían salido unas cuantas veces, se habían acostado esas mismas veces, pero no habían puesto nombre a lo que fuese que pasaba entre ellos. ¿Y ahora venía él y le comparaba una casa? Hace unos años estaría claro lo que era aquello.

Dylan se acercó muy serio y cuando estuvo delante de ella se metió las manos en los bolsillos. Aquella conversación debían mantenerla sin que el deseo de abrazarla interfiriese en lo que tenía que decir.

—Vayamos a la trastienda, hablaremos más tranquilos —dijo señalando hacia la puerta—. Ese cristal no es muy grueso y si alguien se acerca lo suficiente oírás todo lo que digamos.

Se oyó un potente trueno.

—Nadie se va a acercar hoy —dijo Lexie, pero se encogió de hombros y

se dirigió al cuartito.

Una vez allí no quiso que Dylan preparase café y tampoco quiso sentarse, así que permanecieron los dos de pie, uno frente al otro. Dylan seguía con las manos en los bolsillos.

—Todo lo que mi padre dejó debía ser para Owen también. Me importa una mierda lo que Ethan decidiese, su opinión me la suda. Owen era mi hermano y tuvo que vivir en esa casa como yo, merecía la misma compensación.

—No estamos hablando de Owen...

—Cállate, Lexie —dijo rotundo lo que la hizo enmudecer—. Has preguntado y ahora vas a escucharme. Cuando Ethan murió descubrí que había hecho testamento. Ese detalle ya me sorprendió porque nunca creí que tuviese nada que dejar, aparte del dolor y el desprecio que sembró, claro. Pero resultó que sí, que había una buena cantidad de dinero, además del taller y la casa. Todo estaba a mi nombre. No sé qué clase de pensamiento retorcido le hizo creer que con eso pagaba algo de lo que me hizo, pero tampoco voy a perder un segundo en averiguar lo que sentía ni lo que pensaba. Siempre tuve claro que esto era de Owen tanto como mío, pero aún no estaba preparado para enfrentarme a él, así que decidí que primero me instalaría aquí con mi hijo y después buscaría a mi hermano y le daría su parte de la herencia. Él ya no está y mi cobardía para enfrentarme a él hizo que no pudiese ayudarlo con los problemas que tuvo. Si lo hubiese buscado no habríais perdido nada. Quizá, si no hubiese tenido tantas preocupaciones económicas, no hubiese sufrido el accidente con la bici y jamás habría conocido a Ruby. Podría estar vivo y vuestro matrimonio seguiría funcionando...

Lexie lo miraba sin dar crédito a lo que escuchaba. Sentía tanta rabia y tanto dolor que apenas podía respirar. Dylan vio que sus ojos se llenaban de lágrimas y apretó los dientes convencido de que había dado en el clavo.

—Por eso tengo que resarciros a ti y a las niñas de algún modo y por eso he comprado la casa de Jonas Tighe para vosotras. Ese dinero era de mi hermano, no me debéis nada.

Lexie se limpió una lágrima que escapó de su ojo y se dirigió a la puerta sin decir nada.

—¿Adónde vas? —Dylan la sujetó del brazo.

—Ya has dicho lo que querías decir —dijo ella mirándolo con tal frialdad que hacía daño.

—No te vayas enfadada, Lexie.

—Si hablase ahora diría cosas de las que después tendría que arrepentirme —dijo contenida—, prefiero marcharme.

Dylan no la soltó, al contrario su mano se apretó alrededor de su brazo.

—Di lo que tengas que decir, escucharé lo que sea. No será peor que lo que me he dicho yo mismo durante todo este tiempo.

Lexie se volvió despacio y sacudió su brazo para soltarse.

—¿Así que todo este tiempo has estado sintiéndote culpable por lo que, según tú, nos habías quitado? ¿Tu comportamiento con las niñas y conmigo era solo un modo de resarcirnos?

—Pero ¿qué dices? —Dylan frunció el ceño sin comprender.

—Te sientes culpable por todo lo que nos ha pasado —dijo Lexie sin apartar la mirada de sus ojos—. Owen y yo estaríamos juntos y felices si tú nos hubieses dado el dinero que él necesitaba. No habría caída con la bici, ni Ruby, ni accidente de coche... Nada. Todos seríamos felices y comeríamos perdices. Porque está claro que nuestros problemas conyugales se debían a que Owen nos había hipotecado hasta las cejas. Por eso habíamos dejado de querernos y nos habíamos convertido en un par de amigos que se acuestan de vez en cuando. Y todo eso lo has pensado mientras me cortejabas, salíamos juntos y te acostabas conmigo.

—No estoy entendiéndote, Lexie.

—Si te hubieras propuesto ofenderme la mitad de lo que lo has hecho no habrías podido conseguirlo.

—¿Te he ofendido?

—Sí, me has ofendido profundamente. Pero no te preocupes, me alegra que haya sido ahora, cuando aún hay tiempo de arreglarlo.

Echó a correr, necesitaba alejarse de él lo más rápido que pudiera si no quería que la viese llorar con desesperación. Dylan tardó unos segundos en salir de su confusión y lo hizo al escuchar el potente trueno que retumbó contra las paredes como una voz de alarma. Corrió tras ella y la alcanzó en mitad de la calle, que en esos momentos estaba desierta a causa de la torrencial lluvia que estaba descargando en River Place.

—Vamos dentro —dijo tirando de ella.

—¡No! —gritó Lexie contenta de poder esconder sus lágrimas con la lluvia—. Me voy a casa.

—Te llevaré —dijo él.

—Quiero caminar.

—Me da igual —dijo él hablando fuerte para que se le escuchase por encima del ruido que provocaba aquella tormenta—. No dejaré que te marches así.

Lexie se soltó con brusquedad y se dio la vuelta para seguir su camino, pero Dylan no estaba dispuesto a ceder y sin decir nada más la agarró por la cintura y la elevó del suelo alzándola sobre uno de sus hombros. Lexie se resistió y trató de que la bajara, pero su posición cabeza abajo no era muy segura y finalmente se rindió. Cuando Dylan la depositó en el suelo de la tienda ella lo miraba furibunda.

—¿Cómo te atreves?

El agua caía de su pelo y de su ropa y le daba un aspecto aninado y frágil. Dylan también estaba empapado y las gotas se escurrían de su melena cayendo por su rostro.

—Algo debo haber hecho muy mal para que mis palabras te hayan ofendido —dijo Dylan mirándola con el corazón en los ojos—. Ni en un millón de años encontrarás en mí el más mínimo deseo de ofenderte, Lexie Quennell. Estoy loco por ti. Tocaste mi corazón con la punta de tus dedos y convertiste un músculo seco y moribundo en una estrella. No sé si pueda llegar a vivir lo suficiente para poder demostrarte lo mucho que te quiero, pero te juro que voy a esforzarme todos los días de mi vida en que lo sepas.

—¿Y si yo no te quisiera? —preguntó ella temblando.

Dylan negó con la cabeza sonriendo.

—No cambiaría nada. Nunca había sentido esto por nadie antes y ya no podré sentirlo por otra persona que no seas tú. Quiero cuidar de ti, protegerte y hacerte feliz. Y lo haré aunque me obligues a alejarme de ti.

Lexie frunció el ceño.

—Eso es muy raro. Lo sabes, ¿verdad? —dijo esforzándose por no ablandarse.

Dylan sonrió.

—No me acercaré a ti si tú no quieres —dio un paso hacia ella—. Pero ojalá quieras.

—¿Te sientes culpable por quererme? —preguntó ella directa.

Dylan negó lentamente con la cabeza.

—¿Te sientes culpable porque yo te quiera? —preguntó de nuevo.

El rostro de Dylan se cubrió con una máscara de contención. Lexie dio un

paso hacia él y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos. Por primera vez era consciente de la enorme emoción que lo embargaba.

—La tormenta pasará —dijo serena—, y llegarán otras, pero juntos podríamos con todo. Yo te quiero, Dylan. Te quiero y dedicaré mi vida a hacerte feliz, si me dejas. Pero no quiero un alma atormentada, no quiero dudas ni sentimientos de culpa. No quiero ninguna de esas mierdas que destruyeron la vida de mi padre y la de todas las personas que nos precedieron en esta historia. Ellos escogieron su camino y yo escogeré el mío. No estaré con alguien que crea que podía cambiar el pasado y cargue con el peso imaginario de tener que resarcirme. —Negó con la cabeza—. No estaré contigo si no te tengo por entero. Libre y seguro.

Dylan apartó el mechón de cabello que se había pegado a su mejilla.

—No me he expresado con claridad —dijo con la voz ronca por las lágrimas que se negaba a dejar salir—. No me siento culpable, ahora, no. He tenido miedo, mucho miedo de amarte. Hasta ahora no es que haya sabido hacerlo muy bien.

—Amas a Will y lo has hecho increíble con él —dijo Lexie poniéndole las manos en la cintura y sonriendo ligeramente.

—Cierto —reconoció Dylan rodeándola con sus brazos—. Y sé que voy a hacerlo bien contigo porque eres la persona que he estado esperando toda mi vida y lo sé.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó ella dejando caer una tras otra todas sus dudas.

—Por tu simpatía, ¿no lo sabes? —dijo frunciendo el ceño—. ¿No te habías dado cuenta? Eres una mujer increíblemente simpática. Y cuentas muy buenos chistes.

—¿Ah, sí?

—Sí. Aún recuerdo el que contaste el día que hicimos aquella excursión al principio. Los niños aún se ríen al recordarlo. —Hizo un mohín mirando al techo—. Claro que no se ríen exactamente del chiste, más bien de ti, pero bueno, eso vale como simpatía.

Lexie entrecerró los ojos con mirada asesina.

—Pues yo sé que eres el hombre perfecto para mí porque así tendré papeles gratis. Y tintas.

—Sobre todo tintas —dijo él guiñándole un ojo—, hay que ver las que gastas.

—Pienso pag...

Dylan la silenció con sus labios y la elevó del suelo llevándola hasta la trastienda sin dejar sus labios y poniendo cuidado en no tropezar. Cerró la puerta, no para tener intimidad, sino para conseguir un poco más de sitio y la apoyó en ella cuando Lexie subió las piernas y las ató alrededor de su cintura.

—Me vuelves loco.

Lo dijo de un modo que encendió hasta el último resorte en el cuerpo de Lexie.

—Porque te irrito, lo sé —dijo con una risita.

—Sí, por eso —dijo él metiendo las manos por debajo de su vestido—. Echaré de menos esto en invierno cuando te pongas medias.

Lexie sintió la presión en su sexo y levantó la cabeza ofreciéndole el cuello como si fuese un vampiro.

—Yo también lo echaré de menos —susurró enmudeciendo con la primera embestida.

—Deberíamos comportarnos como adultos —dijo él sin dejar de moverse, suave pero profundo—. Se inventaron las camas para esto.

Lexie lanzó un gemido largo e intenso que lo excitó aún más poniendo en peligro su resistencia. Se movió cargando con ella hasta el sillón y se sentó sin que sus cuerpos se separasen.

—Quiero las manos libres —dijo tomando posesión de sus pechos e inclinando la cabeza hizo presa sobre uno de los botones erectos que lo retaba a mordisquearlo.

Lexie era ahora la que decidía sus movimientos y tomó el control dispuesta a torturarlo al máximo con suma destreza. Sus sentidos estaban completamente expuestos y su cuerpo hambriento de placer. Lo deseaba como nunca lo había deseado, porque ahora sabía que sería suyo para siempre tanto como ella era suya. Consciente de que a partir de ese día podría disfrutar de su cuerpo, de sus labios y de aquellas manos que la conocían tan bien. Pero, sobre todo, consciente de que sus almas habían encontrado por fin lo que tanto ansiaban.

El deseo se tornó entonces enloquecedor y sus movimientos se hicieron vertiginosos, como si se precipitase por una pendiente infinita y resbaladiza.

Ahora fue Dylan el que gimió mientras se concentraba en contener lo inevitable hasta que ella alcanzase el clímax. La pasión se desbocaba en su cuerpo y susurró su nombre como si se tratase de un conjuro mágico que pudiera mantenerlo en aquella permanente cima.

El tsunami pasó por encima de ellos elevándolos y luego los dejó caer al fin, exhaustos y con el cuerpo en llamas, mientras las sacudidas se sucedían una tras otra anegándolo todo. Lexie buscó su boca y ambos sintieron una conexión absoluta entre sus cuerpos y sus mentes.

Su ropa se secaba sobre el radiador y ellos estaban acurrucados en el sillón. Lexie, sentada sobre Dylan, apoyaba la cabeza en su pecho y él la mantenía arropada con la manta que los envolvía a ambos.

—¿Aceptarás la casa? —preguntó él y después puso los labios en su frente.

—Solo con una condición —dijo ella sin moverse—. Que sea para vivir juntos.

Dylan sonrió sin que ella pudiese verlo.

—Justo lo que esperaba —susurró.

Lexie levantó la cabeza para mirarlo.

—Serás...

—Hemos perdido demasiado tiempo vagando por ahí —dijo él—. No podemos estar más tiempo separados.

—Tienes razón.

—Temía que quisieras hacerte la difícil.

—Pues te equivocaste. —Lo miró con una enorme y feliz sonrisa—. Espero que aprendas de tus errores.

—Necesito saber que has comprendido lo de antes —dijo poniéndose serio—. Jamás diría nada para ofenderte.

Lexie asintió y volvió a acurrucarse entre sus brazos. Sentir su cuerpo desnudo era la sensación más comfortable que había experimentado nunca.

—Creo que eso ya está claro entre nosotros para siempre —dijo rotunda—. Ninguno hará daño al otro a propósito. Jamás.

—Jamás —confirmó él.

Lexie apoyó la mano en su pecho y se apartó para mirarlo.

—Te amo, Dylan McWinnell y espero que no olvides nunca que he tenido que hacer un largo viaje para regresar a buscarte.

Dylan vio el corazón que se asomaba a través de aquellos dulces ojos y sintió una punzada en el costado que lo dejó sin aliento.

—Todo lo que hemos vivido —siguió Lexie—, nos ha traído hasta este

instante. El universo ha confabulado para que tú y yo estemos juntos. ¿Cómo podríamos contradecirlo?

—Lexie Quennell, mi universo eres tú.

La atrajo hacia él apoderándose de su boca. La manta cayó sin que ninguno de los dos se acordase de ella. De repente volvía a hacer mucho calor.

Nota de la autora

Si te ha gustado *El momento perfecto*, te invito a dejar una reseña con tu opinión —un par de líneas bastarán— en la página de Amazon donde lo adquiriste. A ti te tomará solo un momento, pero para mí es muy importante, ya que animará a otr@s lector@s a descubrir la novela.

Si lo deseas puedes adscribirte a mi lista de correo enviándome un mail a dawsonkate43@hotmail.com, de ese modo podré avisarte de novedades y ofertas de manera personalizada. En ningún caso te enviaré propaganda o spam, tienes mi palabra.

A continuación te dejo el primer capítulo de otra de mis novelas, para que descubras el inicio de una nueva historia.

Un fuerte abrazo y hasta la próxima lectura.

Kate Dawson.

Una larga espera

Capítulo 1

Sebastian observaba a su familia, que hablaba distraída sin prestar atención a lo que decían los demás.

Los Friedel viven en Park Avenue, en Manhattan. El padre, Johann Friedel es el director de un banco de inversiones y su madre, Elise Leiningen, se ocupa de gastar el dinero que Johann atesora con placer.

Sebastian mira a sus hermanos. Le sorprende que aquellos dos seres tan diametralmente opuestos compartan su ADN. Valarie, dos años mayor que él, es mezquina, clasista y snob. Sí, ya sabe que esas tres palabras podrían considerarse sinónimos, pero es que Valarie es todo eso en grado superlativo. También es egoísta y cruel.

No, Sebastian no tiene una buena opinión de su hermana, pero es que ha tenido que sufrirla desde niño y padeció toda clase de torturas por su parte que le dejaron una huella imborrable.

Movió ligeramente la cabeza para observar a Ernst, su hermano pequeño. Le resultaba increíble que aquel muchacho perteneciese a aquella familia. En serio. Muchas veces se había preguntado si no lo habrían robado de alguna parte. Solía bromear con él diciéndole que se lo habían comprado a una caravana de gitanos.

Ernst era un chaval profundo y honesto. Alguien con quién te apetecía encontrarte en cualquier momento y situación. Alguien con quien no le importaría seguir conviviendo toda su vida.

Con el resto, no. Sebastian deseaba fervientemente irse de casa y vivir su vida, pero estaba atado con la cuerda más esclavista que existe: el dinero.

—No voy a ir a Viena.

En el comedor de los Friedel se hizo el silencio. Un silencio espeso y tenso que los recorrió a todos como un fantasma aterrador.

—¿Qué? —su padre lo miró con aquella severa expresión que de niño

provocaba que le temblasen las piernas.

Sebastian soltó el tenedor en el plato y cogió la servilleta para limpiarse los labios.

—No voy a ir a estudiar música a Viena. Quiero seguir en Julliard.

—Julliard es una gran escuela, hijo —intervino su madre—, pero el prestigio de Viena en cuanto a música clásica...

—No quiero hacer música clásica —la cortó su hijo—, quiero hacer mi propia música.

—Eso no es música —dijo su padre con la misma severidad.

Sebastian lo miró tratando de no perder los nervios.

—Es lo que yo quiero hacer.

—A mí me gusta mucho tu música —intervino Ernst.

—Tú cállate —ordenó su padre y el muchacho bajó la cabeza dispuesto a obedecer—. Que yo sepa, sigo siendo el cabeza de esta familia.

—Papá, he intentado hacer siempre lo que queríais de mí —argumentó Sebastian—. He estudiado piano desde los seis años, he dedicado horas y horas a mis estudios y jamás he suspendido una sola materia. Pero esto no puedo hacerlo, lo siento. Estamos hablando de mi futuro y ese no es el futuro que yo deseo.

—¿El futuro que tú deseas? —Su padre lo miraba rojo de ira—. ¿El futuro que tú deseas? Pero ¿quién te has creído que eres? ¡Vives bajo mi techo y todo lo que tienes lo he pagado yo! ¡El futuro que tú deseas...! ¡Serás malnacido!

—Johann... —su mujer trató de contenerlo, pero la mirada que le lanzó su esposo fue suficiente para que cerrara la boca.

—Estoy hasta las narices de ti —siguió su padre haciendo caso omiso a su mujer—. Te he tolerado todas las gilipolces que has hecho porque tengo claro que te espera un gran futuro y me devolverás con creces todo lo que he invertido en ti. Si no, hace tiempo que te habría quitado de mi vista.

Sebastian no movió un músculo y tampoco apartó la mirada del indignado rostro de su padre.

—¿Te crees que no sé a qué os dedicáis esos idiotas que tienes por amigos y tú todas las noches? —Johann lo apuntaba con el dedo—. ¡Hay vídeos de las carreras ilegales que hacéis, imbécil! ¡Si no os han detenido ha sido por mí!

Su madre lo miró furibunda.

—¿Así es como destrozaste el Lamborghini? —preguntó elevando el tono.

—Sí, querida —afirmó su marido—. Así destrozó tu precioso coche. Ya lo

creo que irás a Viena. Ya te digo yo que irás.

—No, no iré. —Sebastian no perdió la serenidad.

Lo había pensado mucho, sabía perfectamente a lo que se iba a enfrentar y lo tenía muy claro. Adoraba la música clásica, pero la adoraba para sentarse cómodamente en su sillón y escucharla con sus auriculares mientras se relajaba. No para interpretarla toda su vida. No era eso lo que deseaba. Quería hacer su propia música. Tenía una buena voz y cualquier artista pop le resultaba mucho más inspirador que Mozart.

—Hace tiempo que debería haberte puesto en tu sitio —dijo su padre con determinación—. A partir de ahora tendrás que conseguir tú mismo el dinero para tus gastos, no tendrás asignación económica y se acabó utilizar la casa de la playa para ir con tus amigos. Vivirás en esta casa y se te dará de comer, pero nada más. Ni ropa ni coches ni nada de nada.

Valarie se tapó la boca horrorizada, si le quitarán a ella todas sus cosas se suicidaría.

—A ver cómo haces para que pagarte el próximo curso sin dinero. —Lo retó Johann con una malévola sonrisa.

Sebastian empalideció y miró a su madre esperando algo de comprensión y complicidad, pero lo único que halló fue desprecio. Asintió despacio y apartando la silla se levantó de la mesa y salió del comedor sin pedir permiso.

Ya no le quedaba más que perder, así que cogió las llaves del coche antes de que se las quitaran, y salió de casa para airearse.

—¿En serio te vas a poner ese peto? —preguntó Latrice mirándola sentada en su cama, por encima de la lima de uñas.

Alissa se miraba en el espejo a través de sus gafas y no le veía nada malo a su atuendo. Era un peto de sarga color caqui, encima de una camiseta blanca de manga corta. Miró a su hermana que soltó una carcajada.

—No tienes remedio, chica —dijo Latrice—. Tienes dieciséis años, ¿no deberían empezar a importarte esta clase de cosas?

Alissa siguió mirándose durante unos segundos más, pero enseguida perdió el interés y se sentó en su cama con las piernas dobladas.

—Nunca harás de mí una mujer decente —dijo aludiendo a uno de los personajes de las novelas que tanto le gustaba leer.

Alissa era la pequeña de los Hayworth. En dos meses cumpliría diecisiete años y quería ser escritora. Lo supo desde que cumplió los ocho años y cayó

en sus manos el libro de Dickens *Grandes esperanzas*. Fue amor a primera vista. Desde ese momento su mayor pasión, su única pasión podríamos decir, fueron los libros. Estaban por todas partes. Su padre había tenido que hacer estanterías incluso para el baño.

Quinlan y Nathalie, los padres de Alissa y Latrice, eran dueños de una floristería. No era un negocio que fuese a hacerlos ricos, pero les había permitido mantener a su familia y ahorrar lo suficiente para proporcionarles unos estudios dignos cuando llegase el momento.

La familia Hayworth era una familia sencilla y feliz. No tenían grandes proyectos, ni elevadas ambiciones. Les gustaba sentarse los domingos por la noche frente al televisor para ver juntos una peli, mientras tomaban un café de Starbucks. Todos los años, en verano, pasaban unos pocos días en la playa y una vez al mes iban a cenar a un restaurante.

Alissa adoraba a su familia, no podía ni imaginarse lo que sería vivir lejos de ellos y por eso había planificado su futuro dando por hecho que siempre viviría en aquella pequeña casa de Brooklyn. Después de todo, se puede escribir en cualquier sitio.

Latrice era la joven más bonita del barrio, a Alissa no le cabía la menor duda de que era mucho más hermosa que la mayoría de las que salían en esas revistas, que había ojeado en la peluquería en la que trabajaba su hermana. Se parecía a su madre. Tenía una larga melena negra y unos ojos almendrados de largas pestañas que atraían la atención en cuanto la mirabas. En cambio, ella se parecía a su padre y, aunque adoraba a ese hombre y se sentía orgullosa de ser su hija, debía reconocer que no era tan guapo como su madre.

—Al menos cámbiate de zapatillas —dijo Latrice señalando el raído calzado.

—¡Oye! ¡Que te van a oír! —dijo Alissa fingiendo ofenderse—. Vosotras no le hagáis ni caso, es una snob.

—¿Yo snob? —Latrice le tiró la tortuga de peluche que seguía durmiendo en su cama.

La casa de los Hayworth no era muy grande, pero tenía suficientes habitaciones para que las dos hermanas pudieran tener intimidad. Sin embargo, ninguna de las dos había querido cambiarse cuando sus padres les propusieron hacerlo. Así que seguían durmiendo en el mismo cuarto como cuando eran niñas.

—Te van a mirar mal cuando vayas a por los Frapuccinos.

—Todos me conocen —dijo poniéndose de pie cuando escuchó a su madre llamándola desde abajo—. Ya saben que no tengo remedio.

Salió del cuarto y bajó las escaleras saltando los escalones. Su madre la esperaba abajo con el monedero en la mano.

—Toma, tú padre ya está escogiendo la peli.

—¡Oh, no! ¡Le toca a él! —exclamó Alissa poniendo cara de drama.

—Ni se te ocurra criticarlo —dijo su madre señalándola con el dedo—. La semana pasada te tocó a ti y nos obligaste a ver Jane Eyre otra vez.

—Jane Eyre es una historia preciosa —dijo Alissa arrugando el ceño—. Y era otra versión.

—Alissa, hija, la historia es la misma, no es suficiente con que cambien los actores —dijo llevándola hasta la puerta.

—No digas que no te encantó —dijo su hija mirándola con picardía—, los ojos te hacían chiribitas mirando a Rochester.

—Serás... —le dio una palmada en el culo y la echó de casa—. No te entretengas, anda.

Tuvo suerte y, a pesar de la hora, no había mucha gente en ese Starbucks. Se entretuvo charlando con los empleados mientras preparaban los cafés. Los conocía a todos desde hacía tiempo. Thomas y María eran los que llevaban más tiempo y prácticamente la habían visto crecer.

—¿Quién elige hoy? —preguntó Thomas mientras le ponía los cafés en el portavasos.

—Mi padre —dijo con resignación.

—Entonces hoy será de las que a mí me gustan —dijo María sonriendo.

Teniendo en cuenta que *El séptimo sello* era su película favorita, pues sí, seguro.

—A pesar de todo le queremos —dijo Alissa cogiendo el portavasos.

—Ten cuidado que el Mocca quema —advirtió Thomas cuando le puso los cafés en las manos.

Alissa asintió, se despidió de todos y salió de la cafetería.

Sebastian llevaba la música del coche a tope y cantaba a voz en grito tratando de librarse de la tensión que había acumulado durante la cena. Aquella calle estaba desierta y casi por inercia su pie se hundió en el acelerador. No la vio, apareció frente a él de improvviso y un grito se ahogó en

su garganta sin llegar a emerger mientras el pie del freno se clavaba hasta el fondo.

Alissa tenía buenos reflejos y tuvo el tiempo justo de lanzarse hacia atrás antes de que el coche la golpeará. Cayó al suelo junto a los cafés y sus gafas, que habían saltado por los aires. Sebastian bajó del coche con el corazón latiéndole desbocado.

—¿Estás bien? —preguntó angustiado.

—¿No has visto el paso de cebra? —lo recriminó agarrándose la mano izquierda.

Sebastian miró hacia la carretera y vio su coche pisando las marcas para peatones. Cerró los ojos maldiciéndose en silencio. Podría haberla matado.

—¿Te has hecho daño en la mano? —preguntó al ver que se la sujetaba por la muñeca.

—Sí, pero tranquilo, no me la he roto. —Alissa lo observaba tratando de descubrir si su preocupación era sincera o si lo único que le importaba era que no lo denunciase.

El chaval se sentó en el suelo junto a ella y se llevó las manos a la cabeza, como si le pesara. Después de unos segundos se giró bruscamente y vomitó.

—¡Hala! ¡Lo que me faltaba!

Alissa estiró la mano sana para recoger sus gafas, que por suerte habían salido indemnes, y se puso de pie rápidamente. Lanzó una exclamación al sentir un latigazo que le recorrió la pierna hasta la cadera.

Sebastian se limpió la boca con la manga y se apresuró a ayudarla.

—¿Te duele? Vamos, te llevaré al hospital.

—No digas tonterías —dijo ella apartándose—, no es la primera vez que me caigo. De hecho, soy una experta.

Sebastian siguió su mirada que iba hasta el lugar en el que habían caído los cafés. A unos pocos metros estaba el Starbucks en el que probablemente los había comprado.

—¿De verdad no quieres ir al hospital?

—No, no quiero ir. Mi madre puede vendarme la mano, no está rota, solo me he hecho un esguince.

—¿Eres zurda? —preguntó mortificado.

—No —respondió ella tajante.

Ya había aceptado que el chaval lo sentía sinceramente, pero creía que era bueno para él que mantuviese aquella pose hostil. No estaba bien el modo en

el que había conducido y si seguía haciéndolo acabaría atropellando de verdad a alguien.

—Entonces te llevaré a casa —dijo cogiéndola de la cintura y levantándola lo suficiente del suelo para que solo tuviera que apoyar ligeramente los pies, sin que éstos tuvieran que sostenerla.

Alissa se dejó llevar sin protestar y al tenerlo tan cerca todo su cuerpo reaccionó de un modo inesperado.

La ayudó a sentarse en el asiento.

—¿Qué habías pedido? —preguntó.

Alissa lo miró sin comprender y él señaló los cafés que seguían tirados en el suelo.

—No importa.

El joven levantó una ceja y la miró con determinación.

—Está bien —dijo ella—, si te hace sentir mejor... tres Frapuccinos de café y caramelo y un Mocca blanco.

—Me llamo Sebastian —dijo y antes de que ella respondiera cerró la puerta con suavidad, recogió los cafés del suelo, los tiró a una papelera y corrió a por otros.

Cuando pidió los cafés Thomas lo miró sorprendido.

—Qué casualidad, hace un momento Alissa ha pedido lo mismo —dijo mirando a Maria.

Sebastian no dijo nada pero se fijó en un carmelita que había pegado a la caja registradora.

—¿Necesitáis un camarero? —preguntó.

—¿Te interesa el trabajo? —Thomas lo miró ahora más atentamente. El chaval vestía bien y tenía un aspecto imponente, debía medir metro noventa por lo menos.

—Sí —respondió cogiendo el portavasos.

—Pásate mañana por la tarde que estará el jefe y hablas con él.

Sebastian asintió y salió de la cafetería. Quizá la noche no acabaría tan mal, después de todo. Dejó los cafés en el asiento de detrás y se sentó frente al volante.

—Me llamo Alissa —dijo.

—Lo sé —respondió él sin poner el coche en marcha—. Lo siento muchísimo. Si te sirve de consuelo voy a estar mucho tiempo sin conducir a partir de mañana.

Ella lo miró extrañada.

—¿Y por qué habría eso de consolarme?

Él la miró fijamente.

—Lo importante es que conduzcas bien, no que no lo hagas en absoluto —dijo con una seguridad pasmosa. Se volvió a mirar los cafés.

—Se me olvidó decirte que los compraras grandes —sonrió—. Menos mal que has acertado. Tienen que durar toda la peli y hoy será larga porque la elige mi padre.

Aquel comentario sorprendió tanto a Sebastian que no pudo disimularlo.

—No quería que sonara como una crítica —dijo Alissa pensando que era ese el motivo de su sorpresa—. Adoro a mi padre, pero es que tiene un gusto... digamos que... peculiar, para las pelis. Aunque lo cierto es que todos lo tenemos. A mi madre le encantan las románticas, mi hermana siempre quiere ver musicales y yo adoro el cine clásico en blanco y negro y las pelis basadas en novelas.

—¿Y tu padre? —no pudo resistirse.

Alissa sonrió.

—A mi padre le gustan las películas sesudas —sentenció. Y al ver que Sebastian ponía cara de no entender a qué se refería buscó el modo de explicárselo—. Películas con miga, complejas. De esas que tienes que parar varias veces para aclarar que lo has entendido.

Sebastian frunció el ceño.

—Bueno, pues hoy toca una de esas. Alguna la he visto tres veces y sigo sin entenderla del todo. —Alissa sonrió—. Y me temo que eso me convierte en uno de los motivos por los que mi padre la selecciona de vez en cuando para verla de nuevo. Se puede hacer —no podía dejar de hablar—, repetir una peli. Solo tenemos un bono cada tres. Lo que quiere decir que después de tres pelis nuevas, puedes elegir repetir alguna que ya hayamos visto.

—¿Veis pelis juntos todas las semanas? —Por fin verbalizó su sorpresa.

—Los domingos por la tarde. —Alissa asintió.

—¿Con tus padres?

—Y con Latrice, mi hermana. —No entendía cuál era el misterio.

Sebastian la miraba como si tuviese a un extraterrestre sentado dentro de su coche. Se sacudió ligeramente la cabeza y encendió el motor para ponerse en marcha. Le preguntó la dirección y se alejaron de allí.

Alissa lo dejó conducir sin distracciones. Parecía haberlo puesto nervioso

y no era su intención incomodarlo. Sabía que podía ser muy pesada con su charla y se dijo que eso era algo que debía cambiar si no quería convertirse en una apestada. Una de esas a las que nunca invitan a ningún sitio porque resulta cargante. Como la señora Smith, para la que había trabajado cuando tenía doce años. ¡Dios! ¡Qué mujer tan insoportable! Todo el tiempo quejándose de sus hijas, de que no iban a verla, de que nunca tenían tiempo para ella... Y luego, cuando la visitaban se pasaba el rato diciéndoles lo malas hijas que eran y las pocas alegrías que le habían dado en la vida. Hay que tener cuidado con lo que decimos. Eso nos convierte en un tipo de personas.

Se entretuvo mirándolo con disimulo mientras conducía. Tenía un físico imponente. Debía medir metro noventa y tenía el pelo muy rubio y los ojos de un azul demasiado claro. No parecía norteamericano, era como uno de esos vikingos que salían en las películas.

—Si te sirve de algo, te juro que he aprendido la lección —dijo Sebastian de pronto con expresión sincera—. Me he muerto del susto cuando te he visto.

—Ibas demasiado rápido, ¿verdad? —dijo ella con suavidad.

Sebastian asintió sin mirarla, de verdad parecía apesadumbrado.

—Sé que no es excusa, pero estaba muy disgustado y no pensaba con claridad.

—La próxima vez que estés disgustado sal a correr —dijo ella ya sin acritud—, no es buena idea tener una tonelada entre las manos si no piensas con claridad.

Él la miró un instante.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, casi diecisiete.

Volvió a mirarla un instante. ¿Cómo era posible? —se preguntó—. Era mucho más madura que él siendo un año más joven.

—Tranquilo, mi madre sabrá qué hacer con el esguince —dijo convencida—. Es una mujer increíble, sabe de todo.

Sebastian pensó en su propia madre y miró hacia otro lado. Jamás le había puesto ni una tiritita.

—No te preocupes —dijo Alissa llamando su atención. Sebastian la miró y sus clarísimos ojos azules mostraron claramente que seguía sintiéndose fatal—. Estoy bien, de verdad que no es nada.